

Al acecho de sí mismo

Prefacio

A los 33 años me sentía el hombre más infeliz del mundo. Me acababa de casar, tenía una esposa que me amaba y una hija recién nacida. Tenía un trabajo bien pagado, una casa, un auto, dinero... sin embargo, siempre estaba irritado, insatisfecho, inseguro de mí mismo. Maltrataba a mi esposa y trataba de escapar del cansancio de la realidad refugiándome en los amigos, las mujeres y el alcohol. Tomaba montones de medicamentos: para dormir, para despertarme, para el dolor de cabeza, etcétera. Incluso mi salud empezó a deteriorarse, a pesar de mi juventud y de haber practicado deporte desde niño.

En resumen, tenía los mismos problemas que muchos: problemas que me estaban destruyendo.

No creía en los milagros, porque era un hombre instruido y racional. Nadie cree realmente en los milagros, aunque rece a la Virgen o gaste dinero en boletos de lotería. Nuestra realidad niega todo lo que no encaja en sus reglas.

Sin embargo, un día empecé a pensar en recuperar mi salud y mi bienestar existencial.

¿Cómo? Resumiendo mi vida: desde el presente, idealmente, hasta el nacimiento. Lo hice siguiendo una técnica de respiración particular. Recapitular sin juzgar, como si fuera un observador externo. Así lo hice. Volví a mi pasado para recuperar la energía atrapada en eventos lejanos. Adquirí la capacidad no solo de recordar las escenas vividas, sino de revivirlas con alma y cuerpo.

Con los años, a la recapitulación le sumé meditación y contemplación. Los resultados positivos no tardaron en llegar. Cambié el rumbo de mi vida. Poco a poco, mi personalidad se transformó: me volví más fuerte y seguro de mí mismo. Sobre todo, me convertí en un hombre feliz y realizado.

A los 50 años empecé a practicar judo; a los 60, boxeo, MMA y grappling —disciplinas que sigo practicando hasta hoy. He cambiado no solo mentalmente, sino también físicamente: mi cuerpo se ha fortalecido, la grasa subcutánea se ha reducido sin necesidad de ninguna dieta en particular, y mi aspecto actual se asemeja al de un fisicoculturista, aunque no entrene como tal.

Lo sorprendente es que, gracias a la recapitulación y la contemplación —hechas a mi manera— cada año me siento más energético, fuerte y vital, aunque la lógica común indicaría lo contrario. Desde hace 25 años no tomo medicamentos, he perdido el

interés por el alcohol y dejé de fumar hace ya 20 años.

En este libro describo cómo, con procedimientos sencillos, logré transformarme a mí mismo y, en consecuencia, cambiar mi existencia. El libro está compuesto por relatos de mis experiencias vividas: a veces divertidas, a veces con tintes de thriller.

En resumen, querido lector: no te vas a aburrir.

Buena lectura.

Introducción

Creo que todos, en algún momento de la vida, hemos atravesado una etapa particular. Estamos acostumbrados a llamarla “época oscura”: cuando todo a nuestro alrededor se desmorona ante nuestros ojos. Cuando las personas en las que confiábamos ciegamente nos traicionan y todo empieza a salir mal. Yo no fui la excepción: me tomé cada fracaso muy a pecho.

En ese entonces, todavía no era capaz de comprender que una fuerza trascendental entra en la vida de cada uno de nosotros —y que podemos elegir: seguirla, o continuar como si nada, viviendo a la antigua. Yo elegí cambiar mi forma de existir y revisar todos los valores que había adquirido a lo largo de mi vida.

Desde pequeño tenía una vaga sospecha: que había algo en nuestro mundo y en nuestra forma de vivir con lo que no estaba de acuerdo. Por ejemplo, mi padre me educaba diciéndome: “No hagas esto, eso no se puede hacer”. Y yo le respondía: “Pero dime, ¿por qué haces exactamente lo mismo que ahora me dices que no haga?” Él replicaba: “Debes hacer lo que te digo, no lo que hago, porque quiero que seas mejor”. Yo callaba, porque discutir con papá era buscarse problemas.

Muy pronto me di cuenta de que los asuntos humanos son superficiales, contradictorios y vacíos. Con el paso de los años, aunque estaba obligado a obedecer a mis padres, a mis parientes, a mis maestros... en fin, a toda la sociedad que me rodeaba, dentro de mí siempre habitó una disidencia hacia la manera en que la gente vivía y se comportaba. Dudaba de los valores que me querían inculcar.

Arrastraba mi vida como un cachorro ciego, como si estuviera guiado por piloto automático. Según el programa instalado en mi conciencia: estudiaba, me convertía en médico, entraba al mundo laboral, me casaba...

De niño les hacía preguntas filosóficas y existenciales a los adultos, pero sus respuestas nunca me parecían convincentes. Tal vez porque, desde que tengo memoria, siempre he tenido iluminaciones nocturnas. Me acostaba en mi cama y, justo antes de caer en un sueño profundo —en ese estado en el que ya no estás despierto pero tampoco dormido del todo, en ese breve instante de conciencia disuelta y expandida—... yo veía y entendía las cosas.

Cuando pasé cierta edad, mi vida empezó a desmoronarse hasta quedar en ruinas. Me encontré en un callejón sin salida, rodeado de desastre. Poco después, comencé a sentir un aliento nauseabundo detrás de mí: era el aliento de la Muerte.

Tenía tres caminos frente a mí. El primero, y el más probable: morir accidentalmente. En esa época, muchos amigos míos morían, y yo, inconscientemente, estaba listo para

seguirlos. La segunda opción: si de alguna manera lograba escapar de la Muerte y sobrevivir, tendría que quedarme en el rebaño y arrastrar la choza de mi vida como siempre, bebiendo vodka a diario para escapar del vacío existencial. La tercera opción —que en realidad coincidía con la primera— era “morir”, pero conservando la vida física, mientras mi personalidad se deshacía y moría en pedazos.

Si dijera que tuve plena libertad para elegir entre esas tres posibilidades, mentiría... en realidad no tenía una opción libre. Fue justo en ese momento cuando conocí los libros de Carlos Castañeda, donde se describe un Conocimiento que, si tienes el deseo de practicarlo, te ofrece una posibilidad real: la de convertirte en un hombre libre.

El conocimiento transmitido por Carlos Castañeda incluye tres artes fundamentales: la Recapitulación, el Arte de Soñar y el Arte del Acecho. Estos saberes fueron revelados con detalle en sus libros.

Comencé a revivir mi existencia con rigor, partiendo del presente y retrocediendo hasta el nacimiento. Después de algunos años, empecé a componer el álbum de los eventos memorables de mi pasado —o de la vida de mis amigos. Este libro es el resultado de ese trabajo.

Desde niño amé el cine y la música. Por eso, he dedicado dos capítulos del libro a estas artes: uno al cine y otro a la música. Allí recordé las películas y los músicos que iluminaron mi camino, como las obras maestras del cineasta Federico Fellini y los álbumes del grupo Led Zeppelin.

Los eventos de mi pasado los observaba a través del lente del Arte del Acecho, es decir, del Arte de la Emboscada: un arte profundamente misterioso para la mente y electrizante para el corazón.

Seleccioné con sumo cuidado los relatos incluidos en este libro, procurando que cada uno cumpliera con una condición esencial: la impersonalidad. Cada historia es profundamente personal —porque habla de mí, de mis parientes o de mis amigos— pero al mismo tiempo debe ser impersonal, es decir, cercana al corazón de cualquier lector. Solo Dios sabe cuántas toneladas de hojas manuscritas descarté porque no cumplieran con ese criterio.

Mientras recapitulaba mi existencia, con el paso de los años comprendí con una claridad abrumadora que mi vida anterior había terminado mal porque solo perseguía deseos concretos y terrenales, heredados de la sociedad sin haberlos examinado a fondo. Al seguir esos deseos, comencé a perder energía; me drenaron la vitalidad, arrojándome al margen de la vida como una colilla usada.

No sé cómo terminará mi viaje por el camino del Conocimiento. En cualquier caso, en esta nueva vida he alcanzado bienestar: ahora soy infinitamente más feliz y más fuerte que antes, porque hoy solo sigo propósitos abstractos —esos que guían y encienden mi camino.

El Fin de la Ignorancia

Desde que nacemos, los demás nos dicen que el mundo es de cierta manera y, naturalmente, no tenemos otra opción más que aceptar que el mundo es como nos lo han contado.

En aquella época yo era un adolescente de quince años. Vivía con mi familia en la Unión Soviética, en una ciudad bastante grande. Casi todos los domingos la familia se reunía en casa de la abuela, madre de mi papá y de mi tío. Cada uno de nosotros aceptaba, como si fuera lo más natural del mundo, su propia sumisión hacia la abuela: ella era nuestra jefa. La anciana ya estaba jubilada. Antes de disfrutar del merecido descanso, había trabajado como médica principal en un hospital pediátrico. Tenía un carácter fuerte y dominante, y ejercía un poder considerable sobre todos los que la rodeaban.

En ese domingo de agosto, cálido y soleado, nos reunimos en casa de la abuela. En el amplio salón, alrededor de la enorme mesa del comedor, estaban sentados: mis padres, el abuelo, el tío, las dos tías, las primas, mi hermanita, yo —y en la cabecera, la abuela. Éramos catorce.

Yo era estudiante de secundaria. Mis estudios iban más o menos, y la familia evaluaba ese hecho de forma negativa, ya que, según ellos, no me permitiría tener una buena carrera en el futuro. Practicaba deporte desde los siete años, era buen nadador y en las últimas temporadas había sido seleccionado para el equipo regional y el republicano.

También ese día, la reunión familiar prometía ser igual a todas las anteriores. El escenario era el mismo, ejecutado con precisión ritual: mi mamá estaba de mal humor, porque odiaba esas visitas obligatorias a su suegra. La tía, esposa del hermano padrino, como siempre estaba cansada y con su habitual dolor de cabeza. Las nueras no se llevaban bien y vivían en un estado de “guerra fría”. El almuerzo transcurría como de costumbre. Después del segundo chupito, los adultos comenzaban las discusiones políticas. Ninguno de los dos hermanos lograba convencer al otro: mi tío era comunista de la vieja escuela, mientras que mi papá tenía una visión política ligada al “deshielo de Krushev”. Mi mamá apoyaba a su esposo, mientras que mi tía y mi prima mayor apoyaban al jefe de equipo de mi tío.

El abuelo permanecía callado. Si insistían en conocer su opinión, respondía con frases alusivas, diplomáticamente correctas. La abuela vigilaba que las pasiones no se desbordaran y, si la discusión se ponía demasiado intensa, calmaba a todos con una frase: “Cantemos algo de nuestro folclore”. Luego comenzaba a cantar, despacio, y los demás se unían. La paz se restablecía.

De todos modos, en ese domingo de verano, cuando el almuerzo llegaba al café y a los postres, surgía otro tema en la agenda, lejos de la política: “¿Qué hacer con este muchacho travieso?” (se referían a mí).

Mi papá iniciaba la conversación. Era ingeniero constructor y trabajaba en una gran fábrica de la industria de Defensa Nacional. Tenía bajo su mando a unos cincuenta ingenieros. Con trazos fuertes y oscuros, pintaba el cuadro de mi rendimiento escolar. Según él, no tenía ganas de estudiar y no sabía qué hacer conmigo.

Unos años antes, mis padres habían decidido que, al terminar la secundaria, debía continuar mis estudios en la universidad para obtener una licenciatura en medicina. En aquellos tiempos, ser médico era muy prestigioso. Otras posibles vías para mi futuro ni siquiera se consideraban dignas de mención.

Entre la familia de mi papá y la de mi tío había cierta rivalidad. Mi prima, justo en esos días de agosto, había sido admitida en la universidad. Y yo, constantemente, escuchaba de parte de mis padres: “Svetlana ya es estudiante, será una futura médica. Tú también debes convertirte en médico, así les demostrarás a los que hablan mal de nosotros que tú también vales”.

A veces les proponía a mis padres: “Quiero estudiar en la Facultad de Educación Física y Deportes”. Pero todo el coro familiar, despreciando mi propuesta, aullaba: “¿Quieres ser entrenador con un salario de 110 rublos mensuales? ¿O instructor en el gimnasio municipal de las viviendas sociales por 80 al mes? ¿Bebé...?”

De vez en cuando escribía versiones sobre mi futuro: “¿Y si estudio Biología? Quiero ser bioquímico, científico”. “¿Pero qué estás diciendo?”, desaprobaba la familia. “Sí, vas a venir a mi policlínico, al laboratorio, a hacerte análisis de orina con un sueldo de 90 rublos” —se burlaba con desdén la tía, jefa de servicio del distrito sanitario provincial.

Ese domingo soleado, mi papá seguía acusándome. Narraba ante la asamblea mi pésima conducta, mis travesuras en la escuela, las quejas de los profesores y mis escasos logros académicos. Haciendo un balance, concluía que si no tenía ganas de estudiar, entonces ni siquiera debía pensar en los exámenes de ingreso a la universidad, porque ahí la competencia era altísima, y solo ganaban los mejores.

—Hijo —dijo mi papá—. ¿Puedes responder? Si no tienes ganas de estudiar, entonces ve a mi fábrica a hacer de aprendiz de mecánico.

—¡Iván! ¿Qué tonterías estás diciendo? —interrumpió mi mamá.

—Claro que nuestro hijo quiere estudiar medicina.

—¿Y cómo piensa entrar con esas notas mediocres? —observó irónicamente la tía, la que fue maestra de primaria.

Entonces, tímidamente, saqué mi carta de triunfo: la natación.

—No importa que seas buen deportista —intervino la prima estudiante, que también era buena atleta—. Necesitas tener buen conocimiento de las materias del examen y calificaciones altas en el certificado de bachillerato. Todo en su actitud gritaba: ¡Ven conmigo! ¡Como yo!

La discusión se encendía, las voces se alzaban. Mi mamá me defendía, decía que mis estudios no eran tan malos, que solo debía prestar un poco más de atención a física y química, que en las demás materias escolares era fuerte. Los otros parientes dudaban de lo que ella afirmaba. Solo la intervención de la abuela logró calmar la asamblea. El abuelo, con aire imperturbable, terminaba su porción de tarta.

—¿Sergej? —me llamó mi papá con voz severa—. ¿Tienes ganas de estudiar en serio o no?

Estoy sentado con la cabeza gacha, para no ver los rostros de mis verdugos, pero siento sobre mí los ojos de todos. Están fijos en mí y me oprimen. Me siento mal, tengo náuseas. Los adultos aplastan mi ser hasta el fondo. El poder de la familia me obliga a hacer lo que no quiero. Desesperadamente siento que soy un maldito esclavo de su voluntad. No tengo escapatoria ni alternativas.

Sí, claro, podría ir a trabajar a la fábrica, como irónicamente propuso papá, pero por supuesto, la idea de ser mecánico era una broma, y nadie la tomó en serio. La tensión aumenta. Las mentes de mis familiares, con despiadada ferocidad, me empujan a pronunciar: “Sí”.

Y yo, en esta atmósfera amenazante y opresiva, como un títere, respondo: “Sí, quiero estudiar en serio”.

Después de mi respuesta afirmativa, la palabra pasó al tío. Él trabajaba en una escuela: por la mañana era profesor y por la noche entrenador de atletismo. El tío anunció que terminaría la secundaria en su escuela. Efectivamente, era una de las mejores de la ciudad, ubicada en una zona prestigiosa, no como la mía actual, en las afueras, cerca de la fábrica de mi padre.

—Mírame, Serguéi —dijo el tío con tono severo—. Ni se te ocurra estudiar mal y dejarme mal donde trabajo. ¿Entendido? Y córtate el pelo.

—Si en la nueva escuela haces el tonto —amenazó mi padre—, vendemos a tu perra.

Eso ya era un golpe bajo. Todos sabían cuánto amaba a mi gran danés, Arabella.

Querida mamá, querido papá, ¿qué es este infierno por el que me han hecho pasar? Día tras día viven mi vida a través de mí, imponiéndome lo que es correcto o incorrecto, censurando cada uno de mis movimientos, arrancando todo lo que nace de la inspiración, realidades prohibidas.

Vivo como un ciego.

Dos años deberían separar ese domingo de agosto de los exámenes de ingreso a la universidad. En septiembre comenzó una maratón que podría durar dos años.

La alarma sonaba a las 6:00. Mientras regresaba de los Mundos de los Sueños a Nuestra Realidad, mi madre preparaba el desayuno y me acompañaba hasta la puerta. El primer entrenamiento comenzaba a las 7:00, después de lo cual, a toda prisa, tenía que correr a la escuela, donde la campana sonaba a las 8:30. En la primera clase no entendía casi nada, por el cansancio de la piscina. De regreso a casa, antes de hacer los deberes, lograba echarme una siesta. A las 19:00 tenía el segundo entrenamiento en los carriles azules.

Antes de dormir, mientras mi padre veía televisión, mi madre me llevaba a su habitación y me leía las tareas orales de historia, socioeconomía, etc. Cuando mi atención se apagaba y me iba a los Reinos de los Sueños, ella me sacudía, me despertaba y me hacía preguntas sobre lo que acababa de leer. A pesar de estar aturdido, podía responder.

Desde el primer día de clases, comencé a odiar la nueva escuela. El edificio anterior era moderno, con aulas y pasillos amplios, ventanas grandes, luminosas y soleadas. La nueva sede, en cambio, había sido construida hacía muchos años. Tenía muros gruesos, pasillos como laberintos, estrechos y complicados, con muchas escaleras y pasajes. Las aulas eran más oscuras por las ventanas angostas.

La atmósfera en la escuela anterior era libre y democrática. La mayoría de los estudiantes venía de familias obreras y, como se dice: “Los proletarios no tienen nada que perder más que sus cadenas”. Muchos profesores no eran considerados por nosotros, los quinceañeros, como autoridades serias. En mi clase, los chicos mayores que repetían curso eran como entretenimiento; la mayoría tenía problemas de alcoholismo y drogadicción. Ni siquiera los demás alumnos podían presumir de sobriedad diaria. Algunas chicas se prostituían y asistían poco a clases. En resumen, allí me sentía libre, como pez en el agua.

La nueva escuela me recibió de forma sofocante. En la clase mandaban las chicas de familias de la alta sociedad, hijas de generales y jefes del partido comunista. Los chicos prácticamente estaban sometidos. Al principio me sorprendía el silencio durante las clases y el poder absoluto de los profesores. Entre los alumnos reinaban relaciones interpersonales complicadas. Por primera vez en mi vida sentí una fuerte envidia y mala vibra entre los niños. Pero el nivel académico era alto, y yo tenía que esforzarme para alcanzar ese estándar.

Mi día a día consistía en estudiar y entrenar, bajo el control y la presión en casa por parte de mis padres, y en la escuela por parte de mi tío. Mi alma solo descansaba en los breves retiros deportivos y durante las competencias fuera de la ciudad, cuando podía dormir todo lo que quisiera en la litera del tren o en la cama de un hotel.

Pasaban los días, las semanas, los meses... El destino me apretaba cada vez más fuerte. Mi vida se había vuelto deprimente, repugnante y absurda. Por las mañanas, mientras me acercaba a la escuela, a veces sentía arcadas. El edificio escolar representaba para mí una Bastilla espiritual: oscura, inamovible, nauseabunda y opresiva.

Poco a poco comenzaron a llegar los primeros frutos de los titánicos esfuerzos familiares. Llegaron las buenas calificaciones, los logros deportivos: en una carrera logré maravillar incluso a mi escéptico entrenador.

El final llegó de forma inesperada y rápida.

A medianoche, el Señor hirió a todos los primogénitos en la tierra de Egipto. Desde el primogénito del Faraón que se sentaba en su trono hasta el primogénito del prisionero en la cárcel, y todos los primogénitos del ganado.

En la víspera de Pascua, al caer la tarde, paseaba con mi perra por el parque cercano a casa. La correa, de cuatro metros de largo, tenía un par de nudos de origen occidental. Mientras caminaba, solía entrenarla. También esa noche le di una orden a mi perezosa danesa —me ignoró, porque había encontrado algo en la hierba. Repetí el comando y, con fuerza, tiré de la correa: el nudo me golpeó el ojo izquierdo.

Ese golpe cambió el curso de mi existencia.

El ojo se hinchó de inmediato y se puso rojo. No dormí bien en toda la noche y, por el dolor, vomité. En la mañana del Domingo de Pascua, mi madre me llevó en taxi a una clínica oftalmológica para ver al médico de guardia. Después de una semana, perdí la vista del ojo izquierdo.

Se necesitaron dos meses para tratar, operar y vendar el ojo en varias clínicas, las mejores de la Unión Soviética. Los doctores dictaron sentencia: “Hay que cuidar la vista del chico, reducir el régimen, no estudiar por unos meses, esperar antes de pensar en la universidad, y que olvide el deporte competitivo”.

Como tenía un año libre de estudios, fui a la fábrica de mi papá a trabajar como aprendiz de mecánico.

Sueños de Gloria

Todos nosotros, viejos y jóvenes, de una forma u otra, hacemos figuras frente a un espejo.

Examina cuidadosamente lo que sabes sobre la gente.

Intenta pensar en cada ser humano que existe sobre la faz de la tierra y, sin duda, descubrirás que, sea quien sea, piense lo que piense de sí mismo o crea lo que pueda hacer, el resultado de sus acciones es siempre el mismo: figuras insensatas frente a un espejo.

Cuando llegué por primera vez a Italia, conocí a un hombre de nacionalidad croata llamado Pietro. Me quedé cerca de él durante seis meses, porque trabajábamos juntos y éramos vecinos. Pietro era un hombrecito de 1.60 metros de estatura, con un cuerpo atlético, seco, ágil y fuerte. Tenía los brazos largos y su rostro se asemejaba al hocico de un mono. Su nariz era pequeña, con las fosas nasales hacia afuera, y su cara estaba surcada por muchas arrugas. Tenía 58 años. Los últimos nueve había trabajado en el mismo lugar donde yo trabajaba en ese momento: mudanzas, desalojos, limpieza de sótanos, etc.

Pietro deseaba constantemente dominar en nuestra pequeña comunidad. De forma insistente, siempre trataba de tomar la iniciativa. Su punto fuerte era que le gustaba trabajar. El croata era el hombre para todo en la casa. Se divertía haciendo de cocinero, electricista y fontanero.

Yo y el héroe de nuestra historia nos hicimos amigos de inmediato. Desde nuestro primer encuentro, empezamos a trabajar juntos. Por lo general, cada mañana, después del café, salíamos con el camión a trabajar: hacíamos una mudanza o vaciábamos un trastero. Yo buscaba su compañía, porque en ese entonces aún no sabía hablar italiano, mientras que Pietro lo hablaba muy bien. Él sabía un poco de ruso, y yo algo de croata. Me enseñaba italiano con gusto, corregía mis errores, y yo le estaba muy agradecido.

Además del trabajo, a Pietro le gustaban las mujeres —nunca perdía la oportunidad de lucirse frente a alguna. Tenía esposa. Ella, después de una grave enfermedad, se había quedado coja. Pietro, obviamente, se avergonzaba de ella cuando su media naranja visitaba nuestra comunidad.

Pietro tenía un hijo de treinta años que había combatido en la guerra contra los serbios y había quedado mentalmente traumatizado. A menudo, después del trabajo, se emborrachaba y, de vez en cuando, lloraba por causas fútiles.

Durante la jornada laboral con Pietro, a veces recorriamos cientos de kilómetros en

fila con el camión. En el camino, me contaba sobre su vida. Según sus relatos, había trabajado como mecánico en grandes barcos mercantes y había navegado por todo el planeta. Me hablaba de América, Japón, África, Australia, Inglaterra e India. Yo lo escuchaba con la boca abierta, soñando despierto con esos países exóticos.

Después de seis meses cambié de trabajo y veía a Pietro solo de vez en cuando. Un domingo, en la casa donde vivía con mis amigos, vino el hijo de Pietro con un amigo en común. Charlábamos tranquilamente sobre varios temas. Él me contaba su vida, hablaba de su familia. Luego, de repente, dijo:

—¿Sabes, Serguéi? Mi papá trabajó treinta años como cartero en nuestra ciudad en Croacia. Llevaba el dinero a los jubilados.

Lo dijo como quien afirma que el Estado ya debería pagarle la pensión.

Lo miré asombrado. ¡Espera! Empecé a hacer cuentas mentalmente:

Pietro tiene 58 años... bueno, 59 más o menos. Donde trabaja ahora, lleva 9 años.

Como cartero, trabajó durante 30 años.

$30 + 9 = 39$.

$59 - 39 = 20$.

¡Veinte años!

¿Es posible que haya estudiado mecánica naval, se haya convertido en profesional, haya navegado por todo el mundo, dejado el trabajo de marinero... y luego se haya hecho cartero? ¿Y si todo eso ocurrió antes de cumplir veinte años?

El pequeño de estatura, feo de rostro, Pietro, quería ser grande e importante. Narraba mentiras para realizar sus sueños ocultos. Para escapar de la realidad, de su vida torcida y fatigosa.

¿Solo nuestro héroe cuenta mentiras?

¿Quizás la mayoría de nosotros queríamos parecer más importantes y más ricos al contar nuestro pasado? ¿Nuestro presente? ¿Nuestro futuro?

Escudos Perdidos

*Lo desconocido está oculto al hombre,
quizás velado por un contexto aterrador;
pero aun así permanece al alcance del hombre.
A su debido tiempo, lo desconocido se vuelve conocido.
Lo incognoscible, en cambio, es lo indescriptible.
Es algo que nunca conoceremos —y sin embargo existe.
Impresionante y aterrador en su inmensidad.*

Era un día de verano despejado. El sol había alcanzado el cenit, pero gracias al aire fresco que atenuaba el calor, el clima era muy agradable. Pasaba la segunda semana de mi estancia en Italia. Ese día trabajaba en el patio de una guardería, preparando los areneros. El camión descargó tres metros cúbicos de arena y se fue. Con él partieron también los obreros.

Me quedé solo. Tenía la carretilla, la pala, el montón de arena y una tarea sencilla: llenar los areneros donde jugarían los niños después de las vacaciones de verano.

Los árboles enormes, plantados alrededor, me ofrecían una sombra agradable. Trabajaba con gusto, sin sentir fatiga.

De repente, el mundo se detuvo, como si el tiempo hubiera interrumpido su eterna carrera. Sentí que el sol, allá arriba, se había quedado inmóvil.

Todo mi ser fue presa de una angustia terrible. Me observé desde arriba, como si estuviera suspendido en las eternidades del cosmos. Parecía una pequeña e insignificante hormiga haciendo cosas inútiles y absurdas allá abajo, en la Tierra.

Ese día, bajo el sol, me sentí desnudo y vulnerable. Ondas energéticas provenientes de las profundidades del universo golpeaban sin piedad todo mi “yo”. Mi cabeza y mi cuerpo se sentían aplastados por el aire denso. Mis oídos estaban tapados por un silencio glacial.

En unos minutos, el agarre del escalofrío cósmico soltó su despiadada presa. La angustia se fue, pero dejó en mí una comprensión, un conocimiento. Ese día de verano comprendí con absoluta certeza que me había quedado sin escudos protectores.

En mi vida anterior, en mi patria, desde niño estuve rodeado y protegido: por la familia, los amigos y el Sistema —todos me envolvían como escudos. Cuando tenía problemas, podía acudir a mis padres en busca de ayuda. Frecuentaba a mis amigos para sentir algo humano y cálido. En el pasado, a veces podía comportarme como un cobarde o un indiferente, y siempre tenía la posibilidad de esconderme detrás de esos escudos y atravesar las tormentas a salvo. Pero ahora... no.

Las ondas energéticas del universo me hicieron entender que, de ahora en adelante, no puedo esconderme detrás de nada. Que debo adoptar una nueva forma de estar en el mundo. Que debo revisar mis patrones de conducta y asumir la responsabilidad de cada una de mis acciones, de cada una de mis palabras.

En mi vida anterior era importante: para mi familia y para la sociedad. Mi padre me veía como el heredero que debía continuar nuestro linaje. Siempre estuvo orgulloso de nuestro apellido y de ser ruso, como una partícula de una gran nación. Según él, yo también debía estar orgulloso de todos esos conceptos heredados. Mi esposa me consideraba importante para ella y para nuestra hija. Mis amigos buscaban mi compañía, las instituciones gubernamentales explotaban mis capacidades para sus fines.

Pero ahora todo ha cambiado.

Puedo cavar la arena —pero también puedo no hacerlo. Podría quedarme aquí, pero también soy libre de irme. Nadie notaría mi ausencia, o... tal vez alguien preguntaría:

¿Dónde se fue ese ruso?

Podrían hablar del tema unos minutos... y pronto olvidarse del asunto.

Mañana, otro emigrante manejará el montón de arena.

Medianoche de Pascua

*Ojos extraños llenan
habitaciones extrañas.
Voces anunciarán su final cansado.
La anfitriona sonríe,
sus invitados duermen
después de pecar.
Días extraños nos han alcanzado
y a través de sus horas raras
nos demoramos, todos solos.
Cuerpos confundidos,
recuerdos abusados,
mientras huimos del día
hacia una noche de piedra, extraña.*

Viví muchas aventuras antes de llegar a Italia. Al alejarme de mi tierra natal, recorrí varios miles de kilómetros con relativa facilidad. Crucé los estados postsoviéticos, hasta que me topé de frente con una frontera de verdad...

Era temprano en la mañana. Estaba acostado en la cama de un hotel pequeño, cerca de la frontera de un país ex socialista. Temía tener que cruzarla clandestinamente. Mi cuerpo temblaba ante lo desconocido — y ese miedo lo hacía vibrar. Toda mi carne, desde la cabeza hasta los talones, se sacudía con escalofríos fríos y húmedos, como si fueran eléctricos. Sudaba como un animal, por puro pánico. Me aterraba lo que tendría que hacer por primera vez en mi vida: enfrentarme al Sistema, ese que protege las fronteras de los Estados.

Sabía perfectamente que los centinelas militares, a veces, sin pensarlo mucho, son capaces de apretar el gatillo.

Mi experiencia de vida no me daba seguridad sobre cómo actuar ni qué podría pasar. La razón calculaba las distintas posibilidades de cómo abordar la zona prohibida. Estaba acostado, y el miedo se transformaba en terror. Solo pensar que esa mañana me lanzaría hacia lo desconocido... me asustaba.

“Mañana”, me dije — y en ese instante, el cuerpo se relajó. Dejó de temblar y de sudar.

Me duché. Luego bajé al restaurante del hotel para desayunar.

Vagué por las pocas callejuelas del pueblo. Buscaba una señal, algo que me dijera cuándo era el momento de dirigirme hacia lo desconocido.

De repente, la realidad cotidiana empezó a disolverse en mi conciencia. Atravesando

las barreras de lo habitual, me invadieron imágenes de mis sueños — los que veía seguido en los últimos dos años: pasillos, habitaciones enormes, paredes grises, desconchadas, lúgubres y sucias. Muchas camas, donde dormía mucha gente: hombres, mujeres, niños. Caminaba entre ellos, mostrándoles a los jóvenes desconocidos sus lugares para dormir.

Una reja de hierro con una puerta dividía el pasillo. Detrás, estaban sentados unos carceleros. No eran malos, incluso parecían amigables... pero al mismo tiempo, indiferentes. El olor a orina era fuerte, y el baño estaba sucio.

Hace dos años le conté ese sueño a mi padre. Él me respondió:

—Hijo, capaz te tiraste un pedo bajo el edredón... y por eso soñaste eso.

Decidí que cruzaría la frontera el domingo por la mañana. Compré una bicicleta barata en el supermercado y comida para dos días de viaje.

Domingo, cinco de la mañana — todavía está oscuro afuera. Salgo de la habitación del hotel. Cargo la maleta en el portaequipajes de la bici. Por los ruidos que hago, el portero de turno se despierta. Está molesto, pero no dice nada. Me abre la puerta que da a la calle.

Salgo. El aire está fresco y húmedo. Reviso el mapa y me dirijo hacia el límite estatal.

Según mis cálculos, la frontera no debería estar muy lejos. Recorro campos y bosques. A veces me acerco a la carretera para revisar la señalización. No estoy acostumbrado a andar en bicicleta: las piernas se cansan rápido, los músculos se ponen duros, como si estuvieran llenos de plomo. En las subidas empinadas, me dan calambres en los cuádriceps.

Finalmente, después de unas horas, veo el letrero: Límite estatal. Me desvío hacia el bosque. Calculo por dónde sería mejor cruzar. Creo que un par de kilómetros más a la derecha estaría bien. La frontera entre los dos países corre a lo largo del río.

Mientras camino por el bosque, me topo con un grupo de leñadores. Me acerco. Uno habla algo de ruso. Saco dinero y le explico que estoy dispuesto a pagar si me ayudan a cruzar.

Uno de ellos, quizás el jefe, se va en un jeep.

Dejo la bicicleta apoyada en la pared de la casita de los obreros y decido echar un vistazo al final del camino. Mientras regreso, veo a dos hombres que vienen hacia mí. No sé por qué, pero creo que los conozco del hotel. Se acercan, y en la mano de uno noto una pistola. En ese instante, el otro extiende la mano y ordena:

—¡El pasaporte!

“Policías”, concluyo seco.

Están nerviosos — se nota que tienen miedo. Yo, despacio, saco el pasaporte y lo pongo en la mano extendida...

Estoy en la oficina de policía. Incluso está el jefe de los leñadores. Con aire de lamebotas, le cuenta algo al comandante. Mientras habla, me lanza miradas feas e

irónicas.

Apenas termina la requisa, me hacen un interrogatorio preliminar y me encierran en una celda.

Tengo muchas ganas de fumar, pero no tengo cigarrillos. Le pregunto al carcelero dónde puedo comprar. Me ofrece un paquete recién abierto: faltan dos o tres. Acepto. Empujo un billete grande entre los barrotes — no tengo cambio. El carcelero lo toma y me da unas moneditas. Vacía su cartera frente a mí, para mostrar que no tiene cambio exacto. Me ha estafado, el cabrón. Pagué diez veces el precio, por el maldito vicio de fumar.

Después de un par de horas, me hacen subir a la parte trasera de un coche de policía y me llevan a la cárcel para extranjeros. Finalmente, el trayecto termina: llegamos a la zona vigilada y me encierran en una celda provisional.

Ya entrada la tarde, llega el traductor junto con el comandante de turno de la guardia penitenciaria. Me interrogan otra vez. No confiscan nada, salvo el pasaporte. Eso me hace pensar que esta cárcel no es tan agobiante.

El día termina. Se acerca la medianoche.

Estoy solo en la celda. Se escucha el clamor de una fiesta salvaje que da miedo: las voces masculinas tienen un aire de alegría maliciosa y arrogancia. Las paredes están cubiertas de grafitis en varios idiomas, incluso en ruso. Una señorita rusa sentimental, incluso, escribió un poema.

Como no tengo nada que hacer, también dejo mi letrero:

Fuerza y honor.

De repente, la puerta pesada se abre con un chirrido agudo. En el umbral aparecen dos hombres con uniforme militar. Tienen un aspecto amenazante, huele a humo de hachís. Entendí de inmediato el revuelo que causaron los militares. Me llevan hacia arriba. Pasamos por pasillos, subimos escaleras. Otro pasillo, una reja. La puerta de hierro se abre y entro. Camino hacia adelante. La puerta se cierra detrás de mí.

Sigo avanzando por el pasillo. Veo habitaciones enormes, las paredes grises están desconchadas, sucias, mugrientas. Observo numerosas camas donde duerme mucha gente: hombres, mujeres, niños. Giro la cabeza, miro hacia atrás, hacia la reja de hierro con una puerta que divide el pasillo. Detrás están sentados los carceleros. Si no fueran malos, hasta podrían parecer amigables... pero son indiferentes.

El olor a orina es fuerte. El baño está sucio.

—Hijo, capaz te tiraste un pedo bajo el edredón... y por eso soñaste eso.

Era medianoche.

La Comprensión Cuesta

El primer principio en el arte de la emboscada es que el guerrero elige su propio campo de batalla.

Un guerrero nunca va a la batalla sin conocer el terreno.

Tenía un amigo, en esa época, que se llamaba Jura Danko. Un tipo imponente, de un metro noventa, hombros anchos, extremidades largas y ágiles. Ya desde la universidad había empezado a perder el cabello. En pocos años, se quedó completamente calvo. Tal vez por eso siempre llevaba barba. O quién sabe... quizá era por su esposa, que era mayor que él. Ella era doctora de urgencias, de esas que no se impresionan con nada.

Jura trabajaba como psiquiatra en una clínica de salud mental diurna. Su presencia imponía respeto: gafas con montura de cuerno, voz baja y modulada, mirada penetrante. Un retrato clásico de psicólogo.

De joven había sido un excelente nadador. Luego, en la universidad, se pasó al levantamiento de pesas. Pero entrenaba a su manera, sin seguir métodos probados. Durante años lo vimos delirar con movimientos raros y sin progreso. Finalmente, reconoció sus errores y empezó a entrenar como todos nosotros, sin reinventar la rueda. Los resultados no tardaron en llegar. Jura empezó a competir como levantador de pesas.

En la época de la que hablo, ya había dejado las competencias. Iba al gimnasio solo para mantenerse en forma: estiramientos, karate, algo de pesas. Pero ya no entrenaba con ganas. Le faltaba tiempo. Y motivación, también.

Además de su trabajo en la clínica, Jura había fundado un partido extremista a su alrededor, algo que recordaba a los skinheads nazis. Como si eso no bastara, se había metido en el crimen organizado. Con otros calvos como él, extorsionaban a médicos privados y cooperativas de salud. Un círculo de acero que se cerraba cada vez más.

Jura Danko era un tipo inteligente. Conocía a fondo la psicología humana y, en otros tiempos, habría tenido futuro en la política. Pero en la Rusia de fines del siglo XX, el poder ya estaba en manos de grupos violentos e implacables, capaces de aplastar a cualquiera que intentara surgir.

Así fue como el doctor-estafador terminó encerrado en una cárcel de investigación. Casi un año pudriéndose ahí. Durante el juicio, sus abogados lograron negociar con la fiscalía... y el juez lo mandó a casa, como si nada. Un hombre libre, en el papel.

Pero nosotros sabíamos. Cuando caes en las garras de la Seguridad Nacional, se acabó: no te sueltan más. Podés apostararlo.

Poco antes de irme de mi ciudad, fui a casa de Jura Danko para despedirme por última vez. Me recibió en la terraza —el departamento, bajo vigilancia, estaba lleno de chinches. La terraza daba a un bulevar ruidoso y concurrido: era el único lugar donde se podía hablar, aunque fuera en voz baja.

Jura estaba tranquilo, resuelto. Me dijo que seguiría su camino hasta el final. Sus héroes de la Historia Nacional —así los llamaba— vivían unos cuarenta años, y luego morían heroicamente, en batalla, por la Justicia y la Libertad. Amén.

Pero me estoy yendo por las ramas. El episodio que quiero contar ocurrió años antes. Decir que Jura era mi amigo no sería del todo preciso. Nuestra relación tuvo altibajos. Hubo épocas de amistad cálida, seguidas de fases de antipatía helada. En el gimnasio, durante los entrenamientos, discutíamos seguido —y no solo por cuestiones técnicas. Ninguno quería ceder, sobre todo frente a los demás atletas. El orgullo pesaba tanto como los discos de hierro fundido.

Pero los tiempos de hostilidad estaban quedando atrás, y volvía el sol del entendimiento. Competíamos juntos con nuestro equipo en varias ciudades de la Unión Soviética, y a veces en Europa. Si nos cruzábamos por la calle, nos deteníamos a charlar —de deporte, de la vida.

Cuando en la Federación Rusa empezaron a privatizar los espacios públicos, nosotros, un grupo de amigos culturistas, fundamos un gimnasio. Años después, logramos mudarnos a una sede más grande, cómoda y luminosa. Todos nos fuimos para allá, menos Jura Danko.

Él se quedó en el gimnasio viejo, donde formó su propia banda. Se entrenaban en artes marciales y pesas: una manada silenciosa y decidida.

Un día, Jura vino a saludar a los chicos en nuestra nueva sede. Y entre nosotros —como en los viejos tiempos— pasó un gato negro. Me burlé de él: estaba demacrado, pálido, lejos de su mejor forma. Jura, con sarcasmo, me preguntó por qué mi masa muscular parecía exiliada. Reímos, pero por dentro algo ardía.

Al final, se encendió el desafío: ¿quién de los dos levantaría más peso en banco plano? La competencia sería en dos meses. Yo propuse hacerla en nuestro nuevo gimnasio. Pero Jura insistía: tenía que ser en su “cueva”, el viejo gimnasio. Y yo —como buen cretino— acepté.

Durante esos dos meses nos cruzamos varias veces. Yo me hacía el fanfarrón, como Cassius Clay en sus mejores días: lanzaba promesas, provocaciones, chistes. Pero el rival se mantenía tranquilo. Pocas palabras, nada de show. Y mientras tanto, su cuerpo cambiaba: se ensanchaba, los músculos explotaban, la cara se redondeaba como una píldora de esteroides farmacéuticos.

Finalmente llegó el día. Llegué puntual al gimnasio del retador. Ya estaban reunidos —desconocidos para mí y claramente poco recomendables— los cabezas rapadas, hinchas de mi rival.

Durante el calentamiento, empecé a comportarme con arrogancia, intentando hacerle

un juego psicológico a Danko. Y caí en la trampa: Jura, que me conocía bien, solo esperaba su momento. Con el respaldo de su equipo, me aplicó una presión psicológica infinitamente más agresiva, más feroz.

Llegué al punto en que mi mente fue invadida por una sensación gélida: **Ahora esos cabrones me van a matar.** La barra, para mí, se convirtió en una montaña. Para el doctor, en cambio, era una pluma. Jura ganó — entre los aplausos y los gritos triunfantes de sus partidarios.

Ese día fui derrotado. Me sentí humillado. El sufrimiento me quemaba por dentro, lo reflexionaba con dolor. Ese día sentí la rabia impotente de la **Maldita Presa**, y no la determinación del Guerrero.

Mi mente estaba cerrada. No podía entender que justo ese día —sí, justo ese— el destino me había regalado un don inmensamente valioso: **Una lección en el Arte del Acecho.**

Acecho al cazador

*Descartar lo superfluo es el segundo principio del Arte del Acecho.
Un guerrero no complica las cosas: busca la simplicidad.*

Para los seres humanos, buscar algo espiritual debería ser natural. Aquellos que no pertenecen a la raza del *homo consumicus* sienten que “no solo de pan vive el hombre”. Sin embargo, nosotros —como siempre, y no sé por qué— complicamos las cosas. Y es por ese motivo enigmático que sofisticamos lo que es simple: los occidentales viajan hacia Oriente en busca de espiritualidad, y los orientales hacia Occidente.

Siguiendo ese instinto misterioso, me nació un deseo irrefrenable de partir hacia México, más precisamente al desierto de Sonora, donde en los años 60 y 70 frecuentaban Carlos Castaneda y don Juan Matus.

El deseo de mudarme a México alcanzó su punto máximo en un verano tórrido y seco.

En esa época llevaba viviendo en Italia aproximadamente un año, pero no tenía todos los documentos necesarios para ir tan lejos, al otro lado del océano. Sin pensarlo mucho, decidí ir a España, matando dos pájaros de un tiro: aprender el idioma necesario y tener tiempo para resolver los trámites burocráticos.

En Italia me movía en bicicleta, como los otros migrantes que aún no tenían carné de conducir. Entendí enseguida la ventaja de ese medio y decidí partir precisamente en bicicleta. Terminé un trabajo de temporada, cobré todo el dinero, compré una bici de turismo nueva, cargué todo lo que pude y me lancé hacia lo desconocido.

Viajar en verano por las rutas Bolonia, Pisa, Génova, Montecarlo, Niza, etc., me salió caro. Al principio comía en trattorias y dormía en hoteles, pero después de un tiempo el presupuesto se agotó. Entonces empecé a comprar en supermercados y a dormir en las playas mediterráneas.

En España, en Tarragona, me quedé sin dinero. A partir de ese momento comenzó mi vida en la calle, como vagabundo.

Cuando era niño, mi madre llegó un día muy agitada y empezó a contarme historias horribles sobre las malas compañías. Se había enterado de que el hijo de una amiga suya había sido condenado a pasar unos años tras las rejas. Lo conocía desde que era un buen chico, y le costaba creer lo que había pasado.

Con pasión, mi madre empezó a meterme en la cabeza los peligros de juntarse con gente de mala vida. Me imploraba que no me involucrara con matones ni vagos. Durante años me repetía:

—Hijo mío, tenés que estudiar bien, hacer deporte, estar siempre ocupado. ¿Tenés una hora libre? Jugá con la aspiradora, lavá los platos o, por último, leé un libro. Pero por el amor de Dios, no te metas con los gamberros de la calle.

Me contaba que esos beben vodka, se hacen “las peras”, roban, caen presos, arruinan sus vidas y hacen sufrir a sus madres.

Pasaron los años. De adolescente, volviendo a casa por la noche después del entrenamiento, veía seguido a mis compañeros del barrio y de la escuela. Se habían juntado en pandillas. Entre ellos también había chicas. Bebían alcohol, se divertían, a veces estallaban en carcajadas.

Por un lado, yo también quería estar con ellos, porque abrazaban a las chicas, tocaban sus primeros “pechos-nalgas”, y yo, mirando todo, me sentía un forastero. Pero por otro lado, algo dentro de mí decía que mi madre tenía razón: conocía chicos de mi escuela literalmente destruidos por el alcohol.

Un compañero de clase contó un día que la noche anterior lo habían arrestado y llevado a la comisaría. Allí lo registraron y lo golpearon sádicamente (sin dejar marcas) una inspectora de menores, mujer.

En España me detuve en Barcelona, porque se me ocurrió la idea de vivir allí. Anduve un par de semanas por la ciudad y sus alrededores, y encontré trabajo en una obra. En esa época, en toda la costa mediterránea de Cataluña se construían muchos edificios; por eso, conseguir trabajo como peón no era difícil.

Sin embargo, después de unos días, el capataz me llamó, me pagó más de lo esperado y me despidió. Dijo que no podía arriesgarse a tener un peón irregular, y que mi permiso de residencia italiano no servía allí.

Alguna fuerza inexplicable me empujaba a seguir hacia el sur. Por una razón irracional decidí que tenía que llegar a Valencia. A mitad de camino me encontré con Armando.

Ese día iba en bicicleta por la carretera estatal 340. A mi izquierda, el mar se acercaba o se escondía tras las colinas; a la derecha, la montaña a veces parecía empujar la carretera hacia el mar. Era una tarde tórrida de agosto, un verano abrasador. Estaba agotado por las subidas largas y por los descensos demasiado cortos para descansar. En las pendientes empinadas, el cambio de marchas empezó a fallar. Me irritaba y me desesperaba.

Durante todo el viaje por las carreteras italianas, francesas y españolas, los vehículos que me adelantaban nunca me habían causado problemas. También ese día, los camiones pasaban cerca, pero solo provocaban una ligera turbulencia.

De repente, un camión que me adelantó lanzó una densa ola de aire. Un golpe violento me arrancó la gorra *Nike* y se la llevó. Al girar la cabeza, alcancé a ver con el rabillo del ojo cómo la gorra impactaba en la cabeza de un hombre que venía detrás de mí, a unos diez metros. Ese señor, como yo, viajaba en bicicleta, cargado de bolsas.

Se detuvo, apoyó la bici al borde de la carretera y salió corriendo tras la gorra, que el

viento se había llevado.

Ignorar a ese hombre, decirle solo un seco “gracias” y seguir como si nada... no podía hacerlo. La Fuerza que me guiaba lo señalaba claramente. Así que seguimos el viaje juntos.

Se llamaba Armando (como Diego Armando Maradona, subrayó él). Era un portugués de unos cincuenta años, estatura media. Atlético, ágil y muy alegre, a veces cómico, con la boca de un recién nacido: no tenía ni un diente. Hablaba un poco de italiano y bastante alemán. Yo, un poco de alemán y suficiente italiano. En resumen, encontramos un idioma común de inmediato.

En esa época me costaba hacer nuevas amistades y confiar en desconocidos. Sorprendentemente, con Armando me sentí cómodo desde el primer momento. El nuevo amigo decía que lo mejor era ir más al sur, hacia la ciudad de Castellón de la Plana, donde había un albergue de Cáritas. Allí se podía dormir y recibir tres comidas diarias durante una semana. Según él, en esos siete días habría buenas posibilidades de encontrar trabajo y una nueva casa. Mientras viajábamos, Armando me enseñaba cómo conseguir comida gratis, incluso en pequeñas urbanizaciones.

Al llegar a Castellón, encontramos alojamiento sin dificultad y nos pusimos a buscar trabajo y nuevas amistades. Al día siguiente ya éramos tres: el último en llegar fue José. Él, en nuestra brigada internacional, representaba a España. José era un joven de veinticinco años, alto, corpulento, bien alimentado, tranquilo y amable.

El nuevo amigo había vivido los últimos tres meses en la comunidad RETO. Había salido hacía pocos días y trataba de reintegrarse a la vida común y al mundo laboral.

Yo no hablaba español. Mis oídos captaban algo vagamente familiar, pero... En Barcelona, la primera palabra que me vino a la mente fue *mañana*, porque la escuchaba todos los días mientras buscaba trabajo. Según mi diccionario de bolsillo, *mañana* significaba tanto “mañana” como “por la mañana”. Mientras insistía en ser contratado, los encargados me rechazaban con esa palabra mágica: *mañana*.

Los nuevos amigos, en cambio, eran educados, y Armando me incluía en las charlas, traduciendo las conversaciones.

Unos días después, Armando me aconsejó:

—Sergio, mira, ahora trabajo para ti, aquí no hay. Tú no hablas español. ¿Por qué no te vas —dijo— a vivir a la comunidad RETO, donde estuvo José? Diría, por tres meses, ¿eh? Aprenderás el idioma, y en tres meses maduran las naranjas —podrás ir a trabajar a recogerlas.

José, por su parte, añadió:

—En la comunidad se come muy bien, tienen casas bonitas y cómodas. Pero... —José se detuvo, dudando— allí tendrás que estudiar la Biblia. Y está prohibido fumar, porque es una comunidad cristiana.

La idea de vivir en comunidad me pareció excelente. ¿Estudiar la Biblia? ¡Magnífico! ¿No se fuma? ¡Mejor aún! Tal vez limpie mis pulmones y me libere de esta adicción.

Un techo sobre la cabeza, comidas calientes... ¿qué más podría pedir alguien sin caprichos como yo?

Estaba tan decidido a irme allí, que no investigué nada: ni el microclima, ni las costumbres, ni qué tipo de gente vivía allí ni qué hacían.

El lunes siguiente, a las 8:30 de la mañana, me planté frente a un cobertizo donde se había instalado el mercadillo de segunda mano de la comunidad RETO. Se llamaba *Rastro*. La comunidad vivía de la autofinanciación y ganaba bien vendiendo cosas usadas.

Frente a mí, unos chicos regordetes y alegres cargaban muebles en un camión. Comandaba un hombrecito de rostro descontento, delgado, de tez oscura, que parecía árabe. Tenía unos cincuenta años y se llamaba —como supe después— Ramón, proveniente de Barcelona.

Me acerqué y le expliqué que quería estar con ellos. Los chicos, curiosos, se acercaron para escuchar. Ramón, con aire sospechoso, observando mi físico, me preguntó si era drogadicto. Me quedé desorientado, pensando:

¿Qué carajo está preguntando este?

Respondí, controlando mi ira:

—No.

Los chicos que presenciaban la escena estallaron en una risa alegre, pero me miraban con simpatía. Ramón me dijo bruscamente que RETO era una comunidad para drogadictos. Aturdido, miré a los chicos y le pregunté al más cercano:

—¿Eres drogadicto?

—Sí —respondió todo el coro.

Se divertían a mi costa, viendo mi confusión. Por primera vez en mi vida vi personas que, abiertamente y sin vergüenza, reconocían un problema doloroso que tenían.

Ramón me dio cita para mediodía. Cuando volví, me invitaron a subir a la furgoneta Volkswagen de pasajeros, y fuimos a casa.

Así me convertí en miembro de la comunidad.

Templar y madurar

Un guerrero debe cultivar la percepción de tener todo lo necesario para ese extraño viaje que es la vida.

Lo que importa para un guerrero es estar vivo.

La vida, en sí misma, es suficiente, completa, y tiene su propia justificación.

La leyenda cuenta que un cristiano estadounidense tuvo un sueño profético: en la visión onírica apareció el mapa del mundo, y sobre España caían del cielo semillas de trigo. En esa tierra crecerían campos densos, listos para una rica cosecha.

Aquel predicador cristiano, a quien todos llamábamos *Jefe* —que significa “amo”—, después de hablar con sus hermanos sobre las revelaciones nocturnas, tomó una suma de dinero y se fue a vivir a España. Compró una casa en las afueras de Santander.

Allí, Jefe empezó a reclutar desde lo más bajo de la sociedad: drogadictos y prostitutas, gente que quería hacer tregua con sus vidas tortuosas, o incluso cambiar sus existencias desesperadas.

Con los recién llegados, Jefe hablaba más o menos así:

—Muchacho, eres un drogadicto apestoso, pero nuestro Señor Jesucristo tiene el poder de transformar tu vida de mierda. ¿Sabés que tenés la posibilidad de convertirte en hijo de Dios?

En ese momento hacía una pausa, luego proponía una solución:

—Para cambiar tu vida, tenés que orar con todas tus fuerzas a nuestro Señor, para que te dé un corazón nuevo. Tenés que pedirle al Espíritu Santo que lave tus pecados.

Poco a poco, la casa se fue llenando con los primeros comunitarios. Fue necesario comprar otra. Cuando yo entré en la comunidad, estaban celebrando el vigésimo aniversario de RETO España. En Santander ya había once casas propiedad de RETO. Y la comunidad seguía comprando propiedades en toda Europa.

La casa de RETO Castellón estaba en los suburbios, rodeada de plantaciones de naranjos. RETO era dueño de un terreno hermoso, donde habían construido la casa, galpones e instalaciones deportivas.

Allí se realizaban varias actividades empresariales: teníamos tres mercadillos de segunda mano. Con vehículos propios hacíamos mudanzas, desalojos y otros trabajos. RETO no gastaba dinero en víveres. La comunidad tenía acuerdos con supermercados para recoger productos con envases dañados o próximos a caducar. En Castellón había muchas tienditas, panaderías, etc., cuyos dueños regalaban comida todos los días.

Dos chicos, con una furgoneta, se dedicaban exclusivamente a recolectar los alimentos. Los demás acomodaban la mercancía: lo bueno iba a los estantes de la despensa, lo malo se les daba a los cerdos, que criábamos para Navidad.

Durante mi tiempo en RETO Castellón, vivían allí entre 35 y 45 chicos —así nos llamaban. A unos cientos de metros había otra casa, más pequeña, donde vivían dos familias: nuestro director, Fali, y su ayudante, Manolo.

El reglamento de la comunidad era el siguiente:

- **7:00** – despertar e higiene personal
- **7:20** – desayuno rápido, luego reunión religiosa: cantábamos himnos, rezábamos, y uno de los chicos veteranos —considerado buen cristiano— compartía lo que tenía en el corazón. Leíamos la Biblia.
- Cada lunes por la mañana, en la mesa de anuncios se colgaba *la lista*, con los nombres y destinos laborales de cada uno para la semana.
- Los chicos se dividían en parejas: cada uno tenía su *sombra*. Una semana se trabajaba en el Rastro, otra en casa, en la obra (donde siempre se construía algo), o en la cocina. La tercera semana se hacían mudanzas, etc.
- **12:30** – pausa del trabajo
- **13:00** – almuerzo. Seis o siete meses al año, después de comer, disfrutábamos de una siesta de tres horas.
- **16:00–19:00** – reanudación del trabajo
- Después del trabajo, ducha obligatoria y cambio de ropa.
- Dos o tres veces por semana, antes de la cena, se estudiaba la Biblia (la palabra *catecismo* estaba prohibida por el reglamento). Por lo general, los maestros venían de otra ciudad, otro país, o incluso de América.

La mayoría de los chicos eran muy jóvenes, entre 20 y 25 años. Predominaban los españoles, pero siempre había portugueses, brasileños, argentinos, o —como yo— chicos del Este, que simplemente eran etiquetados como *polacos*. Casi todos eran drogadictos; pocos como yo estaban en dificultades temporales o permanentes, es decir, marginados.

Apenas llegué a la comunidad, se me acercó un chico llamado Antonio Badalona. Se acomodó cerca de mí en el sofá donde estaba sentado y anunció que sería mi *sombra*. —Bueno... —pensé— ¿“sombra”? Entonces está bien “sombra”.

Todavía no entendía el significado de esa expresión (el error común es que aceptamos cosas sin entender exactamente qué significan, por vergüenza de parecer incompetentes).

Después del almuerzo, durante el cual Antonio no se despegaba de mí como chicle en la suela, me preguntó si necesitaba ir al baño.

—¿Y a vos qué te importa? —pensé.

Pero respondí que sí, que sería bueno ir. Antonio me acompañó hasta la puerta del baño y se quedó afuera, vigilándome.

Después de recomponerme, salí con la intención de dar un paseo por el patio. Pero

Antonio me alcanzó y empezó a explicar:

—Nosotros somos *sombra*. Eso significa que donde vayas vos, yo también tengo que ir. Tenemos que estar siempre juntos. En nuestro caso, yo soy responsable de vos. Por eso, tenés que seguirme. Y entonces: yo mando.

—Bueno... —pensé— estamos bien.

Después de unas horas, le hice una pregunta:

—Oye, Badalona, ¿cuánto tiempo llevás acá en la comunidad?

Me mató con su respuesta:

—Dos años.

Me quedé atónito. Yo pensaba quedarme solo tres meses, y ya desde el primer día me estaba aburriendo de sus reglas.

En RETO todo es distinto a lo que consideramos “normal”. Ahí tu libertad está limitada. Los novatos sufren más que los demás, porque tienen que adaptarse rápido a las nuevas condiciones de vida. Si no querés quedarte en la comunidad... Bueno, sos libre de irte a buscar las venas desaparecidas para drogarte.

Las dos primeras semanas, los recién llegados tienen el estatus de *chico nuevo*. Eso significa que están bajo control estricto de su sombra. En los primeros días, incluso si no sos adicto y no tenés síndrome de abstinencia, igual sentís la falta de muchas cosas a las que nunca les habías dado importancia. ¿Estar solo? No. Te tienen que proteger, por si intentás conseguir alcohol, cigarrillos o drogas. Sos el chico nuevo, y tu responsable te enseña las reglas. Te mete en la cabeza el cristianismo según RETO.

Por la noche, antes salías o te quedabas en casa consumiendo televisión, internet, drogas, lo que fuera. En la comunidad, en cambio, todo eso es “no”. Todos están reunidos en la sala leyendo la Biblia. Los sábados y domingos a veces les ponen películas (no siempre), o ven fútbol.

Al principio, extrañaba dolorosamente la posibilidad de estar solo. Pero también entendía perfectamente que la Fuerza que guía mi destino me había llevado ahí, a ese callejón sin salida, para perfeccionarme en el Arte del Acecho. Para pulir y afilar mi carácter.

Sin embargo, mi cuerpo reaccionaba con dolor. Los primeros días me sentía como un animal salvaje, capturado y enjaulado. Sufría mucho: el cuerpo sudaba con mal olor, las articulaciones parecían sueltas, estaba débil y deprimido.

Después de una semana en la comunidad, empecé a pensar en irme. Pero desde lo más profundo de mi ser, perforando todas las preocupaciones de la vida cotidiana, apareció una voz. Esa voz sometía mi mente y ordenaba:

¡Oye, chico! Tranquilo, pórtate bien. Tenés que enfrentar todo esto y templarte.

Todavía por otro año, cada mañana, mientras abría los ojos y volvía a nuestra realidad, me repetía a mí mismo:

¡Mierda! Otra vez estoy acá en este maldito RETO... ¡puta Eva!

Vejez y Sabiduría

*Un guerrero dedica toda su concentración a decidir si entablar batalla o no, porque cada batalla es por la vida.
Este es el tercer principio del Arte del Acecho.*

Como un soplo, como un sueño, volaron tres años de mi vida en la comunidad RETO. Durante ese tiempo adquirí cierta autoridad en el ambiente: me convertí en chico responsable. Predicaba en las reuniones, les hablaba a los chicos sobre el Bien y el Mal. Dirigía las actividades de evangelización entre la diáspora de los “rusos” que se reunían cerca de la estación central.

En ese momento, nuestros operadores trajeron a un chico nuevo. Lo habían encontrado frente a la estación, mendigando y bebiendo vino. Estaba cansado de esa vida arrastrada y se acercó a nuestros empleados. Se llamaba Roman Polansky. Polaco, 52 años, corpulento, 1.80 de estatura, pelo rojo. Incluso los ojos y la nariz tenían un tono rojizo, por los capilares rotos que cubrían su cara como una telaraña.

Roman, además de su lengua materna, hablaba ruso a la perfección. Así que me encargué de él. Me contaba historias de sus recorridos por el metro de la estación central: cómo hacía dinero, cómo lo bebía con otros señores como él. Un litro de vino en cartón costaba 50 céntimos, y Roman no se esforzaba mucho para conseguirlo. Para ahorrar energía, pasaba semanas sin ducharse ni cambiarse de ropa. Poco a poco se había transformado en un ser vivo con escasa semejanza al *homo sapiens*.

Hay que decir que en RETO no se practicaba la desintoxicación médica. Los recién llegados pasaban el período de abstinencia caminando al aire libre. Si se sentían mal, sufrían o se quejaban, se les preparaba una manzanilla con azúcar.

Roman fue lavado, afeitado, vestido. Y volvió a parecer humano. Tuvo dos episodios parecidos a crisis epilépticas leves, pero sobrevivió, como todos los anteriores. Porque nadie muere de abstinencia.

Durante dos semanas, Roman y yo fuimos inseparables. Solo antes de dormir lo entregaba a otro chico responsable. En la comunidad, los chicos dormían en literas: abajo el responsable, arriba el nuevo. En teoría, si el nuevo necesitaba ir al baño de noche, el responsable debía acompañarlo.

Durante un mes me alejé con otros tres chicos responsables, a bordo de una autocaravana. Recorrimos Europa distribuyendo folletos, calendarios y la palabra de Dios, según RETO. Normalmente nos deteníamos frente a estaciones de tren o en barrios marginales de grandes ciudades, esos con edificios semirruinados, sin policías, donde la gente se reúne por la noche alrededor de un barril con fuego, que

les da calor y la ilusión de tener un hogar.

Hacíamos propaganda entre ellos, buscando voluntarios dispuestos a entrar en la comunidad. Los enviábamos a las casas RETO más cercanas.

Después de un mes, volví a casa y me reencontré con Roman Polansky. De inmediato empezó a quejarse e indignarse por las reglas y el comportamiento de los chicos.

—¡Sabés, Serguéi! —espetó— ¡Aquí en RETO no hay respeto por los mayores!

—Roman —respondí— el respeto se gana.

—¡No! ¡Mierda! ¿Cómo pueden estos mocosos permitirse tratarme mal? —seguía indignado— ¡Son unos putos cabrones, estos drogadictos de mierda!

—Por favor, sin palabrotas, Roman —dije. No tenía ganas de discutir, pero sentía un fuerte deseo de explicarle algo que había comprendido en esos tres años.

—¿Y vos, Roman? ¿Sos bueno y talentoso? ¿Tratás bien a los chicos? ¡No! Acá nada está bien.

Hacía como si no me escuchara, pero dejó de vomitar obscenidades.

—Aquí, en RETO —dijo— es como si estuviéramos en una gran olla, y nos pusieran a cocernos todos en nuestro caldo.

—Roman —le dije— todos estamos acostumbrados a ver los defectos en los demás. Empezá por vos. Relajate, cambiá de actitud. Sé un poco más dulce.

—¡No! —replicó— ¡Los ancianos deben ser respetados!

—¿Querés seguirme? —le dije, caminando hacia la parte de la casa donde estaban los baños.

Nos detuvimos frente a un espejo.

—Cuídate bien, Roman. ¿A quién ves frente a vos?

Desde el espejo nos observaba el rostro de Polansky: agresivo, con expresión malvada. Tenía un tic nervioso en los músculos faciales. La nariz grande, azul-violeta, rodeada de mejillas rosadas en forma de copa. Los ojos locos ardían.

—¡Qué mierda me estás mostrando acá! —espetó Roman, serio— ¡Sos igual que ellos!

—Roman —respondí con calma, buscando el camino hacia su mente— tenés que entender que tu edad no te da indulgencia automática. La autoridad se gana con sabiduría, no con maldad.

—¡No! ¡No entendés nada!

—Eh sí, no entiendo nada. Aunque acabo de aterrizar de la Luna y hoy es mi primer día en RETO —respondí con ironía.

Roman Polansky tenía razón en algo: la gente en la comunidad era pesada. La mayoría de los jóvenes venían de familias acomodadas. Habían pasado años en la niebla de la heroína, y ahora se despertaban y jugaban como cachorros. Para que no

hicieran travesuras, se necesitaban reglas de hierro y ocupación total.

La ausencia de mujeres, drogas y discotecas generaba tensión en esa sociedad masculina. Todos allí llevaban una carga subconsciente que explotaba de vez en cuando, incluso por motivos fútiles.

Polansky, como yo, había crecido y sido educado en el mundo del Este, detrás de la Cortina de Hierro. Allí, un toxicómano no era considerado enfermo, sino delincuente. Lo mandaban a la cárcel, sin opción. Roman no había tenido escapatoria. Al volver a la libertad, ya era un criminal.

En Rusia, dentro de la sociedad de los delincuentes, se habían desarrollado leyes y códigos muy estrictos: trabajar, no —solo robar o estafar. Vender drogas era considerado un oficio indigno. Si un delincuente era visto vendiendo drogas, podía terminar mal, humillado, o incluso transformado en pederasta.

En ese ambiente, la homofobia era feroz. Aquí en Europa, ser homosexual parece algo natural. Allí, en aquella época, no.

Muchos chicos, antes de ingresar a la comunidad, para conseguir una *pera* se prostituían o vendían drogas. Roman lo sabía. Y por eso... odiaba a los chicos.

Mientras observaba a nuestro héroe, me recordaba a mí mismo. Las primeras semanas en RETO casi no saludaba a nadie. Los esnobeaba, los despreciaba. En mi cabeza los llamaba maricones y deficientes. Si alguien se acercaba, intentando establecer una relación más o menos amistosa, interrumpía sus intentos con grosería y arrogancia. Mis aberraciones mentales me impulsaban a mostrar desprecio hacia toda la comunidad.

Me esforzaba al máximo por ayudar a Roman Polansky. Trataba de favorecer en él la comprensión de la necesidad de cambios interiores. La autoobservación me hizo entender por qué Roman trataba al mundo que lo rodeaba de esa manera.

Los años pasan. En mi camino, me encuentro constantemente con personas mayores. Y veo que la mayoría se ha detenido en el desarrollo mental a los 20 o 25 años. Conducen sus vidas como caballos con anteojeras, concentrados solo en su propio ego, sin querer ver nada más.

El apego al ego les cierra la mente y no permite que la sabiduría entre. No logran sacar ningún beneficio de los años que pasan inútilmente, consumidos en vano. Vidas desperdiciadas, cuerpos destruidos.

“Vanidad de vanidades. Todo es vanidad”, dijo el rey Salomón.

Cuando mi estancia en RETO superó el año, llegó un chico nuevo llamado Salvador. Era un hombrecito de unos ciento cincuenta centímetros de altura, delgado y frágil. Tenía el pelo y la barba blancos y largos, que le fueron cortados el primer día de su nueva vida con nosotros.

Salvador era el clásico marginado que vaga por el sur de España. Lo empujó a la comunidad la necesidad de tener un techo, ya que el invierno ya hacía guiños, y nuestro héroe se había cansado de luchar contra la vejez y la insuficiencia

cardiocirculatoria.

Tenía fobias y un carácter difícil, egocéntrico y hosco. Yo no estaba convencido de poder con él, pero los chicos responsables decidieron que ya estaba lo suficientemente curtido como para cuidar a un tipo pesado como Salvador.

Desde pequeño estaba acostumbrado a que alguien se ocupara de mí. Al crecer, aprendí a cuidarme solo. Las preocupaciones de mis padres y de mi esposa las consideraba normales. Pero preocuparme por alguien más... nunca se me había ocurrido.

Viviendo en comunidad, después de unos dos meses, una noche, recién salido de la ducha, me encontré frente a un chico nuevo que temblaba tanto que no podía vestirse. Me quedé plantado, desesperado, buscando su sombra. Pero había desaparecido.

Los otros chicos fingían no notar las dificultades del recién llegado.

No había nada que hacer. Fui yo quien tuvo que asistirlo.

Los chicos que pasaban cerca, observando la escena, me dijeron sonriendo:

—Bravo Sergio, finalmente incluso vos empezaste a ayudar al prójimo.

Amén.

Vuelvo a Salvador. Era hostil, odioso. De vez en cuando estallaba y se desquitaba con alguien. Una vez presencié cómo el sesentón Salvador intentaba golpear a un chico responsable de treinta años. En ese momento parecía una mezcla entre gallo de pelea y Toro Salvaje. Nosotros, los espectadores, terminamos animándolo. El adversario, desconcertado por el ataque, se retiraba y le rogaba al matón desatado que parara.

Salvador era un ateo de corazón duro. No quería oír nada sobre la Biblia ni el cristianismo. Durante los estudios religiosos, cuando llegaban maestros de lejos, a menudo lo enviaban a dar un paseo por los naranjales, acompañado por su sombra. A veces yo tomaba ese encargo. Salvador me tenía miedo, así que... nos llevábamos bien.

En Navidad, la comunidad organizó una gran cena para los chicos y los invitados. Después de comer, hicimos teatro y concierto. La puesta en escena, la dirección, los actores —todo estaba a la altura. Entre nosotros había un chico apasionado por la fotografía, tan bueno que lograba capturar imágenes improvisadas, a veces sin que lo notaran.

Unas semanas después, las fotos estuvieron listas y nos las repartieron. También recibí una.

En la imagen se veía a un hombre misántropo, sentado frente a la mesa en soledad (lo sabemos: mejor solo que mal acompañado), con la mirada fija en ninguna parte. La primera impresión fue:

¿Quién es ese? ¿Y qué tengo yo que ver con él?

Entonces brilló una conjetura:

¿Quizás es Salvador? Claro, ¡sí que es Salvador! No...

...soy yo.

Mi rostro era malo y tenso. Tenía un aspecto amenazante, tipo “cuidado con el perro” o “no acercarse, muerde” o alguna otra tontería. De repente llegó la vergüenza. La vergüenza, como un tanque, lo arrasó todo y se me vino encima, estrangulándome el cuello. El malestar provocó dolor físico, las lágrimas me llenaron los ojos.

Mierda, pensé, ese hombre está convencido de que está luchando contra sus aberraciones mentales. Cree que aplica el Arte del Acecho a la vida cotidiana. Sabe que debería ser dulce y amable con los chicos de vez en cuando.

La realidad, cruda y desnuda, estaba ahí. Registrada. Puesta ante mis ojos como un objeto comprometedor. Con pudor y la cara morada, escondí la foto en el bolsillo.

Ese día, una fuerza trascendental entró en mi vida.

Entró en mi conciencia.

Y comenzó a guiar mi viaje hacia la **Libertad**.

Asumir la responsabilidad

Detenerse demasiado en el yo causa una terrible fatiga.

Un hombre en esa condición

es sordo y ciego a todo lo demás:

es el cansancio mismo lo que le impide ver las maravillas que lo rodean.

Estaba nervioso y preocupado. No me sentía preparado para asumir la tarea que me habían asignado. No estaba seguro de poder soportar la responsabilidad que querían ponerme sobre los hombros.

Éramos tres: Gustavo, Pascual y yo. Íbamos rumbo al aeropuerto en la furgoneta Volkswagen de pasajeros. La misión era clara: recibir a un chico nuevo que llegaría esa noche desde Grecia en el vuelo Atenas–Valencia. El chico era un *pontio*, es decir, un griego nacido y criado en la Unión Soviética. En los años oscuros de las limpiezas étnicas en el Cáucaso, en la década de 1990, había sido repatriado junto a su familia a Grecia.

En esa época yo llevaba nueve meses viviendo en RETO. Entre nosotros había un chico-líder llamado Fran San Sebastián. En España, los padres suelen llamar a sus hijos con nombres comunes: Juan, Pedro, José... Por eso teníamos varios Juan, Pedro, José. Para distinguirlos, les añadíamos el lugar de origen.

Fran tenía treinta y tres años, estatura media, cuerpo atlético y seco. Su rostro era armonioso, pero sin rasgos marcados. No era líder porque lo pidiera ni porque buscara dominar. Era líder porque poseía una fuerza interior que todos percibían. Una fuerza que lo hacía destacar, incluso desde la sombra.

Los primeros días después de mi llegada a RETO no entendía quién mandaba. Los chicos responsables se lucían, imponían reglas, mantenían el orden. Eran visibles. Fran, en cambio, prefería operar desde bambalinas. En su tiempo libre, casi siempre estaba sentado con una guitarra en las manos, rodeado de chicos. Cantaba con el aire de un artista, no de un administrador.

Ese día, Fran me informó que llegaría un chico desde Grecia que hablaba ruso, y que yo debía ir al aeropuerto a recibirlo y hacerle sombra. No me entusiasmaba la idea de tener que cuidar a un rebelde y desgraciado. Pero sabía perfectamente que hacer sombra a un chico era necesario para mi crecimiento interior, para evolucionar.

En mi memoria afloraban las páginas de los libros de Carlos Castaneda, donde se describen los esfuerzos diarios de su maestro, Don Juan Matus. Él estaba obligado a transformarse continuamente: no solo para instruir a su discípulo, sino también para las relaciones más simples del día a día. A veces el pésimo carácter del alumno le

provocaba náuseas. Pero precisamente ese carácter agudizaba la disciplina necesaria para quien tiene la intención inflexible de evolucionar.

Llegamos al aeropuerto con media hora de anticipación, pero el vuelo desde Atenas no aparecía en las pantallas. Después de un par de horas, anunciaron que el avión había aterrizado en Barcelona y que los pasajeros serían trasladados en autobús hasta Valencia. Al amanecer, finalmente, llegaron los diligencias.

Mientras Gustavo se quedaba en la furgoneta, Pascual y yo rastreábamos la multitud que bajaba de los autobuses.

—Ese es él —me dijo Pascual con certeza, señalando a un chico entre la gente—. Sergio, pregúntale si es nuestro chico.

Me acerqué a un joven de unos veinte años, estatura media, físico de luchador, y lo saludé en ruso:

—Hola. ¿Viniste para unirme a la comunidad RETO?

El chico estaba tratando de encender un cigarrillo. Interrumpimos sus intentos de dominar el encendedor rebelde.

—Sí —respondió, con aire sospechoso—. ¿Y tú quién sos?

Hablaba con largas pausas. Todo en su actitud decía claramente:

No tengo nada que ver con ustedes. Déjenme en paz. Circulen.

Pascual interrumpió la conversación estancada:

—Sergio, decíle que tire el cigarrillo. Tenemos que apurarnos.

El chico nuevo era lento, encerrado en su mundo interior. No quería caminar a nuestro ritmo. No tenía intención de tirar los cigarrillos, que estaban prohibidos en RETO. Mostraba una especie de superioridad. Respondía con los dientes apretados.

Gustavo y Pascual, comunitarios curtidos que lo habían visto todo, sonreían con comprensión. Yo, en cambio, no sabía qué hacer con ese tipo. ¿Cómo tratarlo? Pensé:

¿Lanzarle un puñetazo en la cara a ese hijo de puta?

Bueno... no se puede. En RETO está prohibido poner las manos encima.

Debería haberlo enfrentado de una manera que, en ese momento, aún me era desconocida.

Misha —reaccionaba a ese nombre— mientras volvíamos a casa, se lamentaba por no haber podido fumar el último cigarrillo. Lo habíamos obligado a tirar casi todo el paquete a la basura. Seguía diciendo que tenía ganas de fumar. Yo, con paciencia, trataba de explicarle... lo que debía aclarar.

Luego Misha, con gusto, me contó a su manera nauseabunda y lenta cómo se había hecho el último agujero en el baño del aeropuerto de Atenas. A escondidas de sus padres y de su esposa, que lo protegían, había logrado astutamente perforarse en las últimas veinticuatro horas.

De camino a casa, revisamos su equipaje, quitando las cosas prohibidas por la

comunidad. Después de una breve siesta —la noche ya había pasado— nos pusimos a trabajar.

Recibimos un encargo ligero y poco exigente: el departamento de lavandería. La tarea era sencilla: cargar las lavadoras, sacar la ropa lavada y tenderla bajo el pórtico. El sol del sur y el aire fresco la secaban rápido.

Misha no quería ayudarme. Se demoraba en la angustia y la nostalgia por su hogar y por la vida que llevaba antes de venir con nosotros. Nuestro director, Fali, mientras tiraba muebles rotos al contenedor, me enseñó:

—Sergio, no debés dejar al chico sentado, aburrido y cansado.

—Pero él dice que tiene mononucleosis —respondí.

—¿El mono? —dijo Fali, señalando su cabeza con el dedo índice.

Nuestra mente nos hace creer en cosas que no existen. Involucralo. Agítalo. Haz que te ayude a tender la ropa.

Comprendiendo que no lo dejarían en paz, Misha empezó a esforzarse. De vez en cuando, otros chicos se acercaban para conocerlo, saludarlo, sonreírle, animarlo. El director nos vigiló toda la mañana. Cuando Misha se aburría y dejaba de ayudarme, sentándose en alguna silla, Fali intervenía y me explicaba qué decirle al chico nostálgico.

Después del almuerzo, llevé a mi sombra a la playa. Durante todo el trayecto, Misha se quejaba: que el camino era largo, los zapatos demasiado calientes, la camiseta demasiado ajustada, y que el jugo y los dulces en la mochila no eran de su agrado. Le propuse detenernos junto al sendero, en la hierba rizada, para hacer un breve picnic. Misha se acomodó en la hierba suave, pero se levantó de un salto: tenía miedo a las serpientes.

Durante el camino, me rompía la cabeza buscando desesperadamente temas para conversar con él, para animarlo, para ofrecerle una especie de asistencia psicológica.

—Mirá —le dije— ¡en qué lugar tan bonito estamos! Esto es un Paraíso Terrenal: perfume de jazmín, naranjos, mandarinos, limones, todo verde. Los vecinos de las villas de por aquí son tranquilos y educados: holandeses y alemanes. Mirá, toda Europa viene acá a vivir, pagando una fortuna. Nosotros, en cambio... ¡nos alojamos gratis!

—No —respondió Misha— si comparamos este lugar con Atenas, acá todo es una mierda.

Recordé, a propósito, una discusión con los chicos. El tema era: el mejor lugar para vivir bien. El venezolano Mario, que había vivido en Nueva York durante 14 años, elogiaba la vida en esa ciudad. El brasileño Roberto, en cambio, insistía en que São Paulo era el mejor lugar del mundo. Y así sucesivamente.

“Dios mío”, pensé, ¿qué tiene que ver el lugar donde vivís?

El meollo del problema está en otra parte, allí donde, como siempre, no estamos acostumbrados a buscar. La pregunta no es dónde vivís —sea en un pueblo perdido o

en una capital importante. El problema es que estás sangrando, estás perdiendo la vida, por la macabra conjugación entre tu ego y tu dolor psicológico.

Porque tu sufrimiento —que considerarás angustiosamente como la Cosa Más Importante del Mundo— es, desde tu punto de vista, siempre más fuerte que el que sufren, naturalmente, los demás...

Se suicidan jóvenes neoyorquinos guapos y ricos. Las estrellas de Hollywood frecuentan clínicas de salud mental.

En resumen, como decía mi papá:

Son más bonitos esos lugares donde nunca hemos estado.

En la tercera mañana de su estancia en RETO, Misha me anunció que había dejado de drogarse hacía tres días, lo que significaba —según él— que sería para siempre. En otras palabras, afirmaba estar curado y que debía dejar su lugar para otro necesitado. Así que, según él, era hora de volver a casa, lo antes posible.

Bueno... me quedé perdido por cómo estaban cambiando las cosas, a pesar de mi esfuerzo titánico.

En resumen, lo llevé a Fran. El líder, en cuanto vio nuestras caras, entendió de inmediato de qué tipo de conversación se trataba.

—Misha, ¿qué pasó? —preguntó Fran con aire de extrema preocupación (los escenarios teatrales sin duda perdieron a un gran actor).

—He pensado y decidido irme de RETO.

El inicio de la frase lo pronunció con tono seguro, pero el final se deshilachó en la duda.

—¿Y eso es todo? —preguntó Fran, con un alivio casi teatral.

—Sí... —Misha empezaba a perderse.

—¿A dónde vas a ir? —continuó Fran San Sebastián, astuto, con aire compasivo.

—A casa. A Atenas —respondió Misha, mecánicamente, sin pensarlo mucho, sin sospechar la trampa.

—¿Y el dinero, lo tenés? —preguntó nuestro directivo, sacando el as de la manga.

—No... —Misha estaba perdiendo la batalla, desesperadamente.

—¿Y cómo pensás recorrer todo ese camino? Son miles de kilómetros —insistió Fran, ganando terreno. El chico estaba derrotado. No sabía qué responder.

—Oye, Misha —continuó Fran con tono paternal. Con la mano derecha le abrazó los hombros y con voz serena y cálida, añadió:

Has venido acá para liberarte de la droga, la que te estaba matando. Resistí un poco. Te veo con buenos ojos, ¿sabés? Sos un auténtico macho. ¿Hacías lucha libre?

—Sí —respondió Misha.

—¿Eras atleta de competición?

—Sí.

—Yo también hacía lucha —dijo Fran— judo. Por eso te respeto. Yo siempre estoy de tu lado. ¿Sabés? Resistí tres meses... ¿qué te cuesta? Solo tres meses, y después te vas a casa. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

El espíritu rebelde, por unas horas, había sido derrotado.

En los días siguientes, Misha se enfadaba sin motivos evidentes. Se lamentaba. Lanzaba maldiciones contra su tía:

Es culpa de esa perra si estoy acá. Vuelvo a casa y la mato, ¡esa perra!
...y así sucesivamente.

Su familia llamaba de vez en cuando a la comunidad. Hablé con la tía, con la madre y con la esposa de mi sombra. Una vez, para bajar la presión en la olla, le pasamos el teléfono a Misha. Conversó con su media naranja.

De vez en cuando, cuando me cansaba de sus exigencias y me hartaba de enfrentarlo, lo llevaba —como por arte de magia— a Fran. El líder sonreía, bromeaba con Misha, contaba anécdotas y chistes.

Mientras observaba a Fran, estaba perplejo. ¿Cómo podía sonreír y bromear con ese tipo? A su lado, yo me sentía torpe y rudo, como un elefante en una tienda de porcelana. Fran, literalmente, me mataba: mostraba flexibilidad, ligereza y una sabiduría que me dejaba sin palabras.

Mirándolo, sentía envidia. Pero en el buen sentido.

Por primera vez en mi vida, tenía delante un ejemplo vivo al que quería parecerme.

¿Qué pasó después?

Después de un mes, la familia de Misha tuvo piedad del pobre niño. Envío el billete de vuelta, y el chico voló a su casa.

Un año después, como supe más tarde, nuestro héroe regresó a RETO Madrid. Pero ya no se parecía a un luchador. Parecía alguien que había salido de Auschwitz.

La vida se deshace como un ovillo de hilos de lana. Las situaciones se repiten, ofreciéndonos la posibilidad de perfeccionar sus resoluciones. El presente se cruza con el pasado. La Fuerza te da el poder de ver el futuro.

“Lo que fue, será; lo que se hizo, se hará; no hay nada nuevo bajo el sol.”
Como siempre, el rey Salomón... tenía razón.

El Llamado de la Selva

*El guerrero es cazador,
calcula cada cosa.
Este es el control.
Pero una vez hechos sus cálculos,
actúa y deja ir.
Esto es el abandono.*

Al comienzo de la crisis socioeconómica en la Unión Soviética, dejé mi trabajo en el sector de la salud, di un giro y me metí en el mundo de los negocios. Era la época del capitalismo salvaje. Al principio tuve suerte, pero luego me dio la espalda para sonreírle a otros.

La competencia era despiadada. La vida de un empresario no valía mucho: se había abierto la temporada de caza de emprendedores. Mataban desde los más poderosos hasta los más insignificantes. Muchas almas fueron enviadas a la nada también en el ambiente banditesco: las guerras por territorios se habían vuelto rutina. El aire postsoviético se había convertido en una jungla.

Mataron a algunos de mis amigos más queridos. Con algunos hablaba por la mañana, planeando el día, pero por la tarde ya pensaba en su funeral.

Mis negocios se volvieron desfavorables, quizás porque en ese momento no sabía decir “no” cuando era necesario. Había sido educado de tal forma que me avergonzaba ser despiadado y determinado en el mundo empresarial.

Probablemente mis bloqueos mentales venían de mi formación humanística: leía demasiado a Tolstói, Dostoievski, Chéjov... Mis héroes eran los personajes de *Guerra y Paz*. Me comparaba con Andréi Bolkonski y Pierre Bezukhov: quería ser como ellos, honesto, generoso, noble.

Tenía obstáculos psicológicos para decir: “No, no es así”. Fui excesivamente ingenuo ante la “Ley del garrote y el colmillo”. Cualquier mocoso gitano (o “rom”, como se dice ahora de forma políticamente correcta) era más sabio y mejor adaptado a la realidad que yo.

Eso significaba que, en el mundo depredador de la jungla, te esquilaban, te estafaban, y a veces te robaban a plena luz del día.

Un día, acorralado, dije: “¡No!”

Ese “no” desató un conflicto donde nadie bromeaba. Me enfrenté directamente al director de una empresa con la que colaboraba y, como resultado, desafié a los criminales que la protegían.

Los bandidos no eran de nuestra ciudad. Venían del Cáucaso sur y estaban

respaldados por la Federación Deportiva Provincial de Lucha. En resumen, también los mandé a la mierda.

Mi situación se complicaba aún más porque les debía dinero a los parientes de mi esposa y a algunos amigos. Cerraba los agujeros financieros vendiendo mi jeep, vaciando el fondo “intocable”, pero no era suficiente para liquidar todas las deudas.

En esa época tenía un amigo del alma, Konstantin. Su vida parecía dividida en dos. En la primera parte, fue un campeón de alpinismo: alegre, audaz, rodeado de amigos y admiradoras.

La segunda parte comenzó después de un accidente gravísimo en las alturas caucásicas. Sobrevivió de milagro, pero su personalidad cambió radicalmente. Se volvió un hombre de mal genio, mezquino y pesado. Aunque fue operado y rehabilitado por los mejores médicos de la Unión Soviética, sus rodillas no se doblaban más de treinta grados. Obtuvo la invalidez.

Era una noche otoñal cualquiera: desesperada y torpe. Otro día de mierda estaba por terminar. Estaba en mi casa, comprada años antes, cuando los negocios iban bien. El teléfono sonó de forma tortuosa. Verifiqué el número: era mi esposa.

—Hola, Serguéi —empezó a piar con voz melosa.

—Sel-l-l-gej —dijo con asco.

—¡Ser-r-r-gej! Hola, por favor, no me imites. ¿Sabés, cariño? Te saluda la tía Lena. ¿Te acordás de lo que te prestó en primavera?

—¡Está bien! —corté seco esa conversación desagradable—. Decile que vuelvo la semana que viene, que se relaje y que no se rompa. ¿De acuerdo?

—Bien, bien, bien —dijo—. ¿Venís a dormir a casa esta noche?

—Sabés —dije— todavía tengo mucho que hacer... si no... llegaré mañana. ¿O.K.?

—Bien, bien, no te preocupes tanto, cariño, ya sabés. Hasta mañana, entonces. ¡Ay!

—exclamó— ¡La bañera ya está llena! ¡Tengo que correr! ¡Adiós, adiós, cariño! ¡No te ahogues!

—¡Hola! —se rió mi esposa y colgó el teléfono.

Unos minutos después, el llamado electrodoméstico volvió a sonar. Verifiqué el número: era malo. Eran enemigos. Apreté el botón del contestador automático.

—¿Sientes tú? —dijo la voz ronca y resfriada del jefe de seguridad de la empresa enemiga—. Tenés que venir mañana a nuestra oficina. ¿Entendido? Si no venís, tendrás problemas. Hasta mañana.

Vaffanculo, dije para mis adentros.

El teléfono volvió a sonar: era mi amigo Konstantin.

—Hola, Kosty —lo saludé.

—Buenas tardes, Serguéi —respondió. Intuí por su tono que tenía algo serio que discutir.

—¿Estás ocupado ahora?

—No, Kosty, no —repetí.

—¿Puedo subir a tu casa?

—Sí, claro. Ven, te espero.

Colgué el teléfono, me levanté y fui a abrir la puerta. Salí al rellano. Oí la puerta del primer piso, donde vivía Konstantin, hacer ruido. Lo vi subir las escaleras con paso torpe, apoyándose fuertemente en la barandilla con la mano izquierda.

Nos acomodamos: yo en el sillón, él en el sofá frente a mí.

—Serguéi, ¿te acordás? —empezó— Tenía un amigo llamado Sasha Xmyr.

—No, no lo recuerdo —respondí.

—¿Cómo que no? ¿No te acordás que trabajaba en nuestra editorial como periodista? Alto, pelo largo, despeinado y siempre graso. ¿Ahora sí?

—No.

—Después de que me lastimé en la montaña, él venía seguido a visitarme.

—Kosty, acá recibías a muchos invitados, pero ese Xmyr no lo recuerdo en absoluto —repliqué.

—Bueno... en fin —concluyó la introducción—. Cuando, después de todas mis desgracias y operaciones, finalmente me quedé en casa, tenía en mi cuenta de ahorros ocho mil rublos.

Un día, Xmyr vino y empezó a rogarme que le prestara dinero. Su turno para comprar el coche finalmente había llegado, y tenía que pagar y llevárselo. (En la URSS, en aquella época, para comprar un coche había que esperar años en la cola).

No tenía todo el dinero necesario. Yo no lo necesitaba en ese momento, así que decidí prestarle cinco mil rublos por tres meses. Sasha me llevó en taxi al banco, y en poco tiempo cobré y le entregué el dinero.

—¡Vaya! —levanté las cejas.

—Han pasado más de tres años —continuó Kosty— y ahora me toca a mí comprar el coche. El dinero que tengo no alcanza. ¿Me ayudás, Serguéi? ¿Creés que podría recuperar lo mío?

—¡Claro que sí, te voy a ayudar, Kosty! —respondí. Solo tenemos que calcular cuánto te debe hoy ese hijo de puta.

Me sentía capaz de hacer ese trabajo. Consideré la propuesta de Konstantin como una oportunidad para resolver también mis propias dificultades financieras. Había madurado para asuntos de ese tipo. Estaba harto de ser un hombre de negocios-presa. Mi espíritu estaba sediento de batalla.

Como decía Fidel Castro: **¡Libertad o muerte!**

Como gritaba Dolores Ibárruri: **¡No pasarán!**

Sin querer ser presuntuoso, comparándome con los bandidos que cazaban en nuestra jungla urbana, me consideraba más fuerte y más preparado que muchos de ellos.

Así que empezamos a calcular la suma que se había llevado Sasha Xmyr. Los rublos soviéticos habían sufrido una inflación considerable en los últimos tres años. Por eso convertimos todo a dólares estadounidenses. También tuvimos en cuenta el precio actual del coche BA3-2106, más intereses, daños morales, etc.

Al final salió una buena suma para desembolsar.

¿Dónde estaba el periodista-automovilista? Puede que se hubiera mudado de nuestra ciudad hacía dos años. Konstantin suponía que vivía en Brumsk, en casa de su segunda esposa, y que trabajaba como director de una asociación deportiva.

Esa misma noche me puse en marcha. Los teléfonos son para Klaus.

—Hola, Santo Klaus.

—Buenas tardes, Serguéi —respondió.

—Hay trabajo —dije.

—O.K. Voy para allá en una hora —respondió el socio, siempre ligero para lanzarse a la aventura.

—Te espero.

—Hola —saludó él.

Klaus era un joven de veinticinco años de apariencia engañosa. Alto y delgado, cabello rubio claro, ojos azules, nacionalidad alemana. Mi esposa decía que parecía un niño. Pero en realidad, Klaus era un criminal despiadado.

Cuando aún era menor de edad, en un tren, acuchilló hasta la muerte a un tipo como él, poco recomendable. Afortunadamente, su presa sobrevivió, y Klaus solo cumplió dos años de cárcel.

Al regresar a casa, se convirtió en un delincuente solitario. No quería pertenecer a ninguna banda organizada: robaba y extorsionaba por su cuenta. Sin embargo, a veces era contratado por los grupos criminales del barrio para echar una mano.

Klaus sentía atracción hacia mí. Una vez me confesó que, de niño, de vez en cuando iba con otros mocosos al gimnasio donde yo entrenaba, y me miraba con admiración.

El socio llegó después de unos cuarenta minutos. Le expliqué todo lo que necesitaba saber sobre nuestro compromiso y le prometí que, si todo salía bien, recibiría unos mil dólares. Klaus estaba contentísimo.

—¿Cuándo empezamos a trabajar? —preguntó.

—Inmediatamente —respondí—. Vamos a la estación de tren. Hice algunas llamadas para recopilar información. En la dirección necesaria hay un montón de trenes.

Otoño. Los días se acortan a la vista. El atardecer llega inesperadamente temprano. La oscuridad se apodera del mundo. Llueve con gotas pequeñas y pegajosas. Caminamos a toda prisa hacia la estación, casi corriendo.

Alrededor, todo se vuelve surrealista. Nuestros ojos parecen luces láser apuntando al lugar donde reina la despiadadez. Un torrente humano fluye por las calles, como sangre en vasos que se ramifican en las callejuelas. A nosotros ese flujo no nos molesta: lo cortamos como si fuera niebla fantasma.

En la estación, frente a las taquillas, había largas colas. No perdimos tiempo y fuimos directamente a las vías. Encontramos el tren necesario y caminamos largo rato por el convoy. Frente a los vagones, los mozos revisaban los billetes.

Mientras caminaba, observaba los rostros. Esa chica... esa dejaría entrar sin entrada, decidí. Klaus eligió instintivamente a una joven de rostro redondo, campesina, con mirada bizca de mentirosa. Es verdad: después de mi guiño, entramos y nos acomodamos en los asientos más cercanos a la entrada.

Después de que el tren partió, la Buena Samaritana me invitó a su compartimento. Empezó a calcular la suma a pagar por el servicio, multiplicando los kilómetros por los rublos. Después de un breve tratamiento, mi dinero se deslizó en su bolsillo y —no sé por qué— la chica se ofendió. Bueno...

Klaus vagaba por el vagón. Hablaba dulcemente con la gente, hacía amigos. En mi cabeza no cabía ni un solo pensamiento de que mi socio simplemente estuviera evaluando qué podía robar. Yo, por el contrario, mataba el tiempo tratando de dormir.

Llegamos a la parada necesaria en plena noche. Klaus me dijo:

—Sergej, ve adelante, no me mires. Te alcanzo después.

Bajé del carruaje y me dirigí hacia la salida. El socio me alcanzó poco después. Llevaba una chaqueta robada encima de la suya.

—Klaus, escúchame —dije con los dientes apretados, temblando de rabia—. Escuchá bien: vamos a ganar miles de dólares, y vos, como un auténtico ladrón de gallinas, podrías quemarte por esta mierda que tenés encima. Mierda.

Pero él replicó con desdén, diciendo que siempre debía mantenerse en forma.

Hasta Brumsk faltaban aún unos cien kilómetros. Cerca de la estación de tren estaba la de autobuses. Nos dijeron que no había combustible. Si lo traerían por la mañana o no, nadie sabía. Y si saldrían los autobuses para Brumsk, eso también era incierto. La información ferroviaria decía que había un tren diésel eléctrico a las 6:00, pero no estaban seguros de que saliera. Caos humanitario, en resumen.

Va bien... paciencia.

En la sala de pasajeros, abarrotada de viajeros y personas sin hogar, encontramos dos asientos. Klaus me divertía, explicando su estrategia para llevarse el equipaje de los viajeros distraídos. Observaba cómo estaba sentada la gente y cómo estaban colocadas las maletas, etcétera.

A las 6:00, el tren diésel eléctrico apareció. La multitud allí dentro era increíble.

“Como en las películas ambientadas después de la guerra”, pensé.

Después de unas horas, llegamos a la ciudad de destino. Encontramos la dirección

deseada. Toqué el timbre del apartamento. Un chico de treinta años, con aspecto de paleta, abrió la puerta. Era evidente que lo acabábamos de despertar.

—¿Sasha Xmyr? —pregunté con voz ronca y amenazante.

—¡No! —respondió, asustado.

—Con permiso —dije, y empecé a revisar el apartamento: abría y cerraba puertas.

—¡Muéstrame tu pasaporte! —ordenó Klaus, como un policía.

El ciudadano perturbado colaboró de buena gana. Resultó que no era nuestro cliente. ¿Dónde estaba Xmyr? El chico no lo sabía. ¿Por qué vivía allí? Se había casado con la hermana de la segunda esposa del ex periodista.

Era evidente que no mentía, y que estaba asustado.

Nos informamos sobre dónde podría estar la asociación deportiva donde se suponía que Xmyr trabajaba, y nos dirigimos allí.

Mientras buscábamos la dirección, nos perdimos en esa ciudad desconocida. Para obtener indicaciones, me dirigí a un policía. Observándome con curiosidad, preguntó por qué buscábamos esa asociación. Le respondí que queríamos saludar al director.

—No son los únicos, chicos, que buscan a ese Sasha Xmyr —ironizó—. También lo estamos buscando.

—¿...?

—Xmyr robó la caja fuerte del lugar donde trabajaba y desapareció con el dinero en una dirección desconocida para nosotros.

No hay nada que hacer. Volvimos atrás. Afortunadamente, nuestro viejo amigo, el tren diésel eléctrico, también regresaba.

Vacíé los bolsillos y, con el último centavo, pagué los billetes de vuelta.

En la estación donde teníamos que cambiar de tren, intentamos subir astutamente a algunos convoyes sin boleto. En la vía número uno estaba por salir el intercity rápido que iba lejos, hasta las Repúblicas Bálticas, y hacía parada en nuestra ciudad.

Cuando el tren partió, localizamos un vagón con una puerta aún abierta. Mientras el tren aceleraba, logramos saltar dentro. Decidimos quedarnos un rato en el baño, esperando poder mezclarnos luego entre la gente en algún vagón.

Había llegado el atardecer. La oscuridad estaba a punto de vencer al día. La luz se retiraba del campo de batalla. Un poco más, y la noche recuperaría su dominio sobre nosotros, los seres vivos.

En todos los vagones, los asistentes del tren nos identificaron de inmediato como extraños y nos echaron. Vagando, finalmente encontramos un carruaje donde los asistentes estaban de fiesta y se despreocupaban de su deber. Klaus y yo nos acomodamos en las literas libres de arriba. Estaba cansado y hambriento, pero me quedé dormido enseguida.

No sabría decir cuánto dormí, porque me despertaron de golpe. Una auxiliar me

gritaba en la cara y me tiraba de la camilla. Estaba borracha, con ojos locos y fuera de órbita. No lograba despertarme del todo: caminaba con dificultad, como si estuviera soñando con los ojos abiertos, mientras ella me arrastraba entre empujones, gritos y tirones hacia una zona reservada.

Allí también estaba Klaus, rodeado por un grupo de trabajadores ferroviarios borrachos. Lo golpeaban, no fuerte, pero lo suficiente para dejar claro quién mandaba.

—¿Y tú, de qué carajo te reís? —me preguntó el jefe de la banda—. ¿Querés una porción también? ¿Eh?

—Te hacés el grande solo porque llevás uniforme —espetó Klaus.

—Basta, basta, chicos. ¡Así está bien! —intervino una asistente de cierta edad—. Yo ya lo perdoné, a este chico —dijo señalando a mi socio. Como supe más tarde, Klaus había tenido una pelea con ella.

—Si no tienen dinero —proclamó generosamente el jefe de la banda—, vengan a mí y digan: “No tenemos dinero, ¿nos das un aventón gratis?” ¡Y yo los llevaré!

El escándalo se apagó, y nos permitieron quedarnos y terminar el viaje sin más molestias.

Volviendo a nuestra ciudad, mientras caminábamos por una avenida concurrida, vimos que estaban descargando pan frente a una tienda de comestibles. Klaus, sin detenerse, tomó una hogaza de pan caliente y sabroso, pero un obrero corpulento lo alcanzó y se la quitó.

A causa del cansancio y de todas las aventuras pasadas, Klaus estaba en un estado de ánimo filosófico. Dijo:

—Si no tenés suerte hoy, significa que tiene que ser así.

Acordamos hablar en dos horas y nos separamos.

Al regresar a casa, llamé inmediatamente a Konstantin. Su respuesta fue breve:

—Llego enseguida.

Estaba emocionado, casi alegre: gracias a ciertos conocidos, había encontrado la dirección y el número de teléfono de la madre de nuestro cliente, y existía la posibilidad de que se alojara allí. Después de mi solicitud, Konstantin me dejó el dinero para el viaje y se fue.

Solo, marqué el número de la madre de Xmyr.

—¿Aló? —respondió la voz femenina, de cierta edad.

—¡Buenas tardes! —dije con tono aterciopelado, tratando de encantar a la señora—. Soy Vasily Ivanovich. ¿Podría pedirle la cortesía de hablar con Sasha? Debo hablarle de trabajo.

Le hice entender que era colega de su hijo, para no despertar sospechas.

—Vasily Ivanovich, lo siento, pero Sasha volverá de Moscú solo esta noche tarde —

respondió ingenuamente la señora, lamentando no poder satisfacer la encantadora voz masculina.

—Nada grave. Gracias, señora. La llamaré mañana. Adiós.

¡Mierda! ¡Qué suerte, joder! ¡Qué suerte! —exclamé para mis adentros, pero me quedé callado.

—Adiós —respondió la madre. Y por su voz percibí que en su cabeza empezaban a nacer dudas: *¿Habré cometido un error...?*

Llamé al socio.

—Klaus, tenemos que darnos prisa. Tengo la dirección de Xmyr. Vive con su madre en Leninsk y vuelve a casa tarde esta noche. ¡Vamos!

Comprimir el tiempo: este es el sexto principio del Arte del Acecho.

Incluso un solo instante cuenta.

En una batalla por la supervivencia, un segundo es una eternidad.

¡Tenemos que irnos! ¡Debemos!

La fatiga desapareció. Estamos de nuevo en la estación... el tren acelera... Llegamos a Leninsk sin dificultad.

Encontramos la casa del exdirector en el centro histórico de la ciudad.

En medio de la noche, la puerta de entrada está cerrada, pero en el edificio de enfrente, no.

Entramos. Subimos por las escaleras hasta el último rellano.

En el techo identificamos una trampilla cuadrada, cerrada. Miramos alrededor: en algún lugar debía estar la escalera escondida. Aquí está —la encontramos detrás de un pilar.

Entramos al altillo. Los adolescentes habían creado allí un escondite para el ocio. Habían traído un sofá destartado y un par de colchones. Hoy dormimos nosotros.

El lugar era estratégicamente perfecto: desde la pequeña ventana se veía la entrada de la casa de Xmyr.

No puedo dormir bien por las chinches, que están por todas partes. Aplastándolas una tras otra, murmuro:

—Xmyr todavía me debe cien billetes más... otros doscientos... por los daños...

El socio está feliz. De vez en cuando se ríe entre dientes.

La noche se disuelve. Al primer gris del amanecer, vemos por la ventanilla que del edificio de enfrente sale un señor mayor a pasear al perro.

¡Ahora!

¿Listos? ¡Ya!

Llegamos a la puerta de la casa de Xmyr al mismo tiempo que el anciano, que regresa con su perro. Abre la puerta con su llave y entra, subrayando con su gesto la diferencia entre él y nosotros.

Klaus me dice con voz segura:

—Svetlana y Olga te esperan desde hace una hora.

Lo dice para explicarle al señor —y al perro— que nuestra irrupción en el edificio tiene una causa legítima.

Entramos libremente.

Una vez, Klaus me contó una leyenda —o tal vez era una parábola. Se hablaba de un cocinero japonés que vivió en la época medieval.

Vivía al servicio de un samurái. Un día, el chef logró alegrarle especialmente el estómago y el corazón. El generoso samurái le preguntó:

—¿Qué recompensa deseas? No te negaré nada.

El cocinero respondió:

—Si me permitís usar vuestra ropa, la armadura con las espadas, y montar a vuestro caballo por la ciudad, solo por un día.

—Así sea —consintió el Maestro.

El chef, disfrazado de samurái, paseaba pacíficamente hasta que, cerca del Gran Sasso, se cruzó con un guerrero auténtico.

—Somos samuráis desde hace diez generaciones —le dijo el otro—. A los quince años, derroté al gran Ku-Ro-Sava, acertándole una flecha en el ojo desde ochenta pasos. Te desafío: al amanecer, en este mismo lugar.

El cocinero, obligado, aceptó.

Desesperado, fue a la escuela de artes marciales. Le explicó su problema al maestro San Sei. Sin perder tiempo, entrenaron todo el día. El cocinero aprendió bien la guardia. Para el resto, no había tiempo.

Al despedirse, San Sei le dijo:

—Mañana por la mañana te matará. Ya podés considerarte muerto.

Recordá: **ya estás muerto.**

De vuelta a casa, el cocinero no durmió. “Estoy muerto, estoy muerto...” se repetía.

Al amanecer, llegó puntual al lugar del duelo. El samurái auténtico también llegó.

Se alinearon. Las miradas se cruzaron. Y el samurái vio en los ojos del cocinero... **su Muerte.**

Esa agarró con su pata ósea el corazón del guerrero. El frío mortal le congeló el alma.

Cuánto tiempo permanecieron frente a frente no se sabe: quizás cinco segundos, quizás toda la eternidad.

Saliendo del letargo, el samurái reconoció su derrota.

...

Toco el timbre del apartamento. La puerta se abre: es la madre. La saludo con una sonrisa encantadora. Le explico que soy colega de su hijo, que tenemos una cita esta

mañana. La señora no sospecha nada y deja entrar a los usureros en su casa.

Se abre una puerta lateral. Aparece el Protagonista —la causa de todo el asunto— el ex periodista Sasha Xmyr. Lo reconozco enseguida. Me enderezo con toda mi fuerza:

—Hola, Xmyr.

Me acerco y le pongo una mano en el hombro, cerca del cuello. Con fuerza.

La mejor técnica para desmoralizar a la presa: sin palabras, solo contacto físico.

La gente común —no un luchador— se paraliza. El cuerpo no está acostumbrado. La mente se asusta. Todo se vuelve surrealista. Amenazante.

—¿Qué está pasando? —pregunta la señora, finalmente alarmada.

—Mamá, nada grave, ve a la habitación —dice nuestro héroe.

Suelto el agarre y dejo que Xmyr acompañe a la señora lejos del escenario.

—¡Vamos, mamá, vamos! Te lo explico después...

La anciana se va, girando la cabeza, lanzando miradas sospechosas a toda la puesta en escena.

—¿Y entonces, chicos? Ustedes... ¿son...? —El Cagasotto intenta parecer animado.

—Te saluda Konstantin —digo. Claro, ¿idiota?

—Sí, sí, chicos, lo entiendo. Vamos a la cocina a hablar.

—Vamos —respondo, y lo empujo con fuerza hacia adentro. Mueve un mueblecito, se cae una silla —un desastre.

—¡Sasha! —la madre abre la puerta. Se oye llorar a un niño.

—¡Madre! —interviene Klaus—. No se meta en los asuntos de su hijo. Mejor si se ocupa del nieto.

—¡Sí, sí, mamá! —suplica Xmyr—. Después te lo explico... por favor...

En el vestíbulo, en el estante, encuentro un teléfono. Arranco el enchufe de la pared: caen trozos de yeso. Lo llevo a la cocina. Klaus cierra la puerta y se planta al lado.

—Chicos, por favor, no extiendan las manos —gimotea Xmyr—. ¿Cuánto le debo a Konstantin?

Sin avergonzarme, con descaro, le disparo una cifra casi el doble de lo acordado.

—Está bien, está bien —acepta sin pensarlo demasiado.

Klaus se queda en casa vigilando a los rehenes. Yo, junto con el empresario, voy a su oficina. De ahí, él trae el dinero.

Para quedar bien durante el mal juego, el ex periodista me pregunta para qué grupo trabajo. Le disparo el nombre famoso de la jungla, cuyo dueño conozco desde la infancia.

Durante el viaje de regreso, en el vagón del tren, le pago a Klaus generosamente. Más de lo prometido.

Mientras cuenta el salario, el socio me confiesa:

—Por una madera tan hermosa... se puede incluso matar.

Epílogo

¿Cómo siguieron las cosas?

Logré cubrir mi presupuesto. Restituí todas las deudas.

El dinero, con la misma velocidad con la que entró... así se fue.

Durante un año entero, Klaus me llamó todos los días. Venía a verme, me proponía proyectos al estilo vaquero. Decía que había entrado en el *Periodo de la Fortuna* de mi vida —los bandidos son muy supersticiosos.

Unos años después nos separamos definitivamente. Yo tomé otro camino.

Klaus, en cambio, se hundió por completo en el mundo delictivo: terminó cometiendo robos y saqueos con asesinatos.

Ahora se pudre en la cárcel (si es que sigue vivo).

Konstantin compró el coche y el carné de conducir.

Conducía mal. Peligrosamente.

Un par de años después desapareció en un accidente de tráfico, dejando en el mundo a una viuda con dos hijas.

Sasha Xmyr, poco tiempo después de nuestro encuentro, fue asesinado en Moscú por un sicario profesional.

Ruleta rusa

*No existe empresa más digna que perfeccionar el espíritu.
No perfeccionar el espíritu es buscar la muerte,
y eso equivale a no buscar nada,
porque la muerte se lo llevará de todos modos.
Buscar la perfección del espíritu
es la única empresa digna de nuestra provisionalidad y nuestra humanidad.*

El cortejo fúnebre llevaba los restos de Mario Rossi hacia su última parada. También estuve allí, para darle el adiós final y agradecer al Espíritu por todo lo que había aprendido trabajando con él.

La procesión se arrastraba como una serpiente gigante por la calle, pasando por la casa donde Mario había nacido sesenta y ocho años antes.

Pero la casa ya no le pertenecía, ni siquiera si estuviera vivo. Había sido embargada el año anterior y puesta en subasta.

En el camino, junto a la casa, estaba aparcado el coche que Mario había usado en los últimos tres años. No era suyo, sino de su compañera, Mirella.

De vez en cuando discutían, y ella le quitaba las llaves y el libretto, escondiéndolos. Pero Mario conocía todos los rincones oscuros de la casa: los encontraba, y luego, incluso sin los documentos necesarios, salía a trabajar igual.

A veces arrancaba páginas del talonario de cheques de Mirella, escribía cifras encima y cobraba el efectivo.

Después de eso, Mirella —con todo el derecho del mundo a blasfemar— se presentaba en nuestra empresa, y con su voz potente hacía temblar a todo el vecindario pacífico.

Comencé a trabajar para Mario Rossi cinco años antes de su desaparición.

Ese mismo año, dejó de pagar al banco el dinero que había tomado prestado para comprar el cobertizo.

Durante casi cuarenta años, Rossi se había dedicado al montaje de stands para ferias industriales en todo el mundo.

Con equipos de carpinteros, montadores, pintores y electricistas, armaba los stands en Chicago, Moscú, Londres, París, Leningrado... etcétera.

Yo, trabajando para él, recorría Europa occidental.

Ir a trabajar para Mario me permitió conocerlo de cerca.

Ese día llegué a la empresa a las siete de la mañana. Me enviaron con un artesano altamente cualificado a desmontar el stand de la feria de Verona.

Mientras salíamos con el camión, un hombre se cruzó en nuestro camino y se acercó a la ventanilla.

Tenía unos sesenta años, pero era sorprendentemente ágil. De estatura media, rostro rojo pálido de albino, nariz larga y recta.

En la cabeza, una melena blanca lo hacía parecer un “diente de león” o incluso Albert Einstein.

Vestía de pies a cabeza con jeans.

El artesano frenó. Nuestro Einstein pidió que lo lleváramos a Verona.

Inesperadamente, el colega se enfadó y rechazó la idea con palabras irritadas. Luego aceleró, dejando al solicitante en la entrada de la fábrica.

—¿Quién era ese señor? —le pregunté. Pero mientras hablaba, ya lo intuía.

—Es el dueño de la empresa —respondió el compañero—. El jefe.

Esa noche, alrededor de las seis, después de descargar el stand, Mario se acercó y me pidió con amabilidad que lo ayudara a montar unos carteles publicitarios de carretera.

Respondí de inmediato:

—Sí, voy contigo. Para eso vine a trabajar.

Mario se alegró. Se notaba que mi respuesta había dado en el blanco.

Durante el trabajo, su celular sonaba continuamente.

Cada vez revisaba el número antes de responder, murmurando algo con tono molesto.

Pensé: *Estamos bien. Otra vez me metí en un ambiente asqueroso, donde el dueño es un cretino que no sabe afrontar las situaciones y se esconde.*

En esa época la empresa tenía mucha demanda, y yo me esforzaba cada día.

Mario conmigo era amable y sociable.

Pero en cuanto intentaba hacer preguntas claras —¿cuánto me pagás por hora?, ¿tenés intención de contratarme?, ¿hacemos un contrato?— él se ponía muy ocupado y se escapaba.

Un mes después, finalmente encontró una hora para tratar conmigo.

Era un domingo por la mañana, con el sol alto y arrogante.

En la oficina estaban: el propietario, el contable y yo.

La cifra que me ofrecieron era la mitad de lo que esperaba.

Bueno... en fin... *“no solo de pan vive el hombre...”*

A partir de ese momento, cualquier cuestión relacionada con los pagos, Mario se la descargaba en el contable:

—No sé nada de eso. ¡Ve a ver a Mesalio!

Cuando iba a verlo, se enfadaba enseguida. Decía que no tenía idea de lo que hablaba, como si no me conociera.

Según él, el dinero era asunto del dueño y su cabellera blanca.

En resumen: los dos montaban una farsa de payasos, de esas malogradas y provincianas.

Mesalio trabajaba para Mario desde tres años antes que yo. Quizás por eso me ignoraba.

Su actitud era la de quien ve a un perro callejero entrar en casa y pregunta: *¿Qué hacen los perros aquí dentro?*

Tenía sesenta años, medía al menos 1,85, corpulento pero no gordo, con aspecto elegante.

El rostro redondo albergaba una nariz maciza y aristocrática, coronada por unas enormes gafas bifocales con montura de cuerno.

El contable conoció a Mario en un bar. Lo fascinó, y fue contratado.

En esa época, dormía en casa de un conocido y se movía en bicicleta.

Después de un mes, Mesalio se mudó a una pensión cercana con tres comidas al día. Otro mes más, y ya andaba en coche.

Su día transcurría detrás del escritorio, junto a la puerta siempre entreabierta.

Si alguien pasaba por allí —aunque solo fuera para ir al baño— Mesalio cambiaba apresuradamente la disposición de las cartas: las hojas de arriba terminaban abajo, otras aparecían como por arte de magia.

Los movimientos eran secos, precisos, afilados — fruto de ejercicios diarios de toda una vida.

Un año después de nuestro primer encuentro, Mesalio fue arrestado por los carabinieri por estafas cometidas en el pasado.

Mario, que tenía reflejos de fugitivo profesional, se disfrazó inmediatamente de pobre víctima del timo y aportó material adicional al juicio.

Después de la condena, Mesalio fue trasladado al hospital: parecía terminal.

La justicia, en un arrebato de humanitarismo, cambió la pena por arresto domiciliario.

¿No tenía casa? Se la dieron.

¿No tenía ingresos? También arreglado eso.

Mario Rossi murió.

Mesalio, mientras escribo estas líneas, pedalea más allá de mi casa hacia la plaza donde están los bares.

Parece un pescador: conoce a hombres de negocios, ofrece servicios, tiende trampas para capturar a un “Nuevo Mario”.

Estoy infinitamente agradecido al destino por el regalo que me dio.

Ese regalo se llamaba Mario Rossi.

Durante nuestra relación, repasaba mi vida.

Dios mío, cuántas similitudes encontré entre mi pasado y el presente de Mario.

Cuántas situaciones iguales — vividas por mí, ahora vividas por él.

Los problemas que me aplastaron, también lo estaban matando a él, lenta y dolorosamente.

Durante el funeral, se acercó una persona que conocía.

Un verdadero caballero: gentil, educado.

Era carpintero, y durante varios años había montado los stands para el difunto.

En los últimos tres años ya no trabajaba para la empresa, sino que solo venía a cobrar el dinero que Mario le debía.

Llamaba por teléfono, pedía cita para el sábado y encontraba una acogida cordial.

El tipo con la melena blanca le contaba las quejas de siempre: clientes desdichados, trabajos hechos y nunca pagados, “estos cabrones” y compañía.

Luego prometía: *Te pago mañana. O a más tardar pasado mañana.*

Y lo llevaba al bar.

Yo ese guion lo vi durante tres años seguidos.

En el funeral, ese carpintero me dijo:

—Hoy Mario cerró todas las cuentas.

Un buen trabajador, propietario de un camión, a quien Mario le debía treinta mil euros, ignoró el funeral.

Pero un amigo mío, un montador experimentado, a quien la empresa le debía la misma suma, vino.

—Sabés, Serguéi —me dijo— Mario era un buen hombre.

—Sí —pensé— cuando estaba vivo lo llamabas “cabrón”. Ahora que está muerto, decís que era bueno.

Al funeral vino mucha gente.

Para despedirse del cadáver —y enterrar con él las últimas esperanzas de recuperar el dinero.

Después de ocho meses de trabajo para Mario, a pesar de que el salario por hora era muy bajo, no lograba cobrar la suma total.

La deuda subió hasta cuatro mil euros.

Suspendí el trabajo y me dirigí al hombre que me había llevado a Mario al principio.

Durante un mes entero, el dueño no paraba de llamarme, pidiéndome que fuera a un viaje de trabajo.

Pero yo era implacable:

Cuando me pagues mis cuatro mil euros, volveré a matarme trabajando para vos. Hasta que no, entonces no.

A decir verdad, mi avalista logró recuperar la suma total.

Para animar el guion, tuve dificultades incluso para recuperar el mío de él —pero sorprendentemente, el espectáculo terminó tranquilo.

Pero la Fuerza que mueve mi vida tenía otros planes: tenía que llevarme de vuelta a Mario.

Al principio, cuando nos cruzábamos, ni siquiera me saludaba.

Le pregunté:

—¿Por qué?

Me respondió:

—Me trataste como a un perro.

Estaba ofendido, en resumen.

Trabajando en el mismo entorno, después de unos meses comenzaron a correr rumores sobre el fracaso de su empresa.

Pero el Señor de cabellera blanca no se rendía fácilmente.

Logró convencer a su compañera —una empresaria capaz— de prestarle dinero para abrir una nueva cuenta corriente.

Luego alarmó a sus amigos:

¡Ayúdenme a levantarme! ¡Stefano, Renato! ¿Cómo puedo devolver el dinero si no trabajo?

¡Ayúdenme a ponerme en marcha, al menos así podré pagar las deudas!

Y empezaba a llorar, lamentándose entre lágrimas de que había sido engañado y tendido una trampa por ese “maldito cabrón de Mesalio”.

Los amigos lo ayudaron.

Abrió una cuenta bancaria. Contrató obreros y empleados.

Colaboraba con tres equipos de artesanos de larga data.

En aquella época, la llamada crisis económica aún no había afectado a la eurozona y no faltaba trabajo.

Unos meses después del renacimiento de la empresa, volví de Milán y llamé a Stefano, el capataz de los montadores.

Le pregunté si había trabajo para mí.

—Sí, Serguéi —respondió—. Hemos reabierto la empresa de Mario.

—No —dije—. Con él he terminado.

—No te preocupes, Serguéi —me tranquilizó—. Ahora mando yo. Todo ha cambiado, y sabes que yo pago sin problemas.

Mario, ahora, era mi subordinado —yo decidía.

—Perdóname, Serguéi —añadió apresuradamente—, tengo que irme a Dortmund de inmediato.

Llamá a Mario, él irá a tu casa a buscarte. Disculpá, tengo que irme. Hola.

—Hola —respondí.

Diez minutos después, Mario llegó a la casa donde me alojaba y me llevó al cobertizo.

Así comenzó la segunda parte del espectáculo.

Pocos días después regresó Stefano, y con él tratamos las cuestiones fundamentales: pago, futuro (incierto), contrato de trabajo, etc.

En el segundo piso del almacén había un apartamento amplio, amueblado, con todos los servicios. Me mudé allí.

Desde la primera mañana de trabajo, Mario empezó a oprimirme.

Quizás llevaba dentro el espíritu del revanchismo.

Yo lo entendía: el destino me había traído de vuelta para completar la prueba, para

perfeccionarme en el Arte del Acecho.

Para fortalecer el Espíritu.

Para resolver lo que no había logrado arreglar en la primera parte.

El trabajo no faltaba. No importaba si era domingo o miércoles.

Mario me trataba como a un esclavo —pensaba que el alojamiento me obligaba a trabajar sin parar, las 24 horas del día.

Yo me mantenía tranquilo, distante.

Ejecutaba las órdenes de Stefano y del Titular desde la Criniera del León Albino.

Las humillaciones de Mario y la confusión que creaba a su alrededor no me afectaban.

Cada mes, el día 15, me dirigía a Stefano para recibir mi salario.

Él decía:

—Mario, hay que pagarle a Serguéi por el mes pasado.

Y Mario obedecía.

Pero el tiempo pasaba, y el dueño se había recuperado.

Enderezó los hombros.

Olvidó las desgracias que atribuía al “idiota de Mesalio”.

Y empezó a reapropiarse del poder. Despacito.

Primera jugada: eliminar a Stefano —competente, tranquilo.

Con astucia, Mario se acercaba a un obrero y le preguntaba, con confianza:

—¿Querés ser mi socio? ¿Querés mandar acá, en la fábrica?

—¡Sí, claro que quiero! —respondía el ignorante.

—Entonces —continuaba el Jefe Blanco— tenemos que echar a ese idiota de Stefano.

Él se queda con todo el dinero. Vos no.

Así Mario conspiraba con los obreros más influyentes.

Y cada uno ya tenía algún motivo oculto para odiar a Stefano.

Al final, el tranquilo y competente fue despedido.

Luego se alejaron también los amigos artesanos que lo habían ayudado a ponerse de pie.

De nuevo con el poder absoluto, Mario se desató.

Su eslogan era:

“Lo importante es trabajar y ganar algunas liras.”

Por ejemplo: una fábrica de muebles quería participar en la feria de Milán y necesitaba un stand.

Se convoca un concurso entre las empresas interesadas. Los presupuestos oscilaban entre 30 y 32 mil euros.

Y en el escenario llega Super Mario —con su presupuesto de 25 mil.

Sottocosto, obvio.

Y así el León Blanco solo aumentaba sus deudas.

Vivía en un estado de emergencia permanente, exprimido por los acreedores.

Daba 2–3 mil al más enojado, a quien le debía veinte o treinta, para bajar la presión en la olla.

Lo llevaba al bar, le contaba sus desventuras —y le echaba la culpa al “cabrón de Mesalio” y al “idiota de Stefano”.

Los artesanos más cualificados, aquellos que habían estado a su lado durante veinte años, le dieron la espalda.

Alguien le escupió encima.

Dejó de lado el dinero, a Mario y el camino hacia su casa.

Alguien venía a hablar. Los más desesperados, a gritar.

Los acreedores más violentos rompían muebles en la oficina, puertas, vidrios, e incluso, a algunos, la cara de Mario.

Con el tiempo, empezaron a llegar equipos de artesanos con rostros marcados por el alcohol y las drogas, con manos temblorosas.

Trabajaban durante unos meses, destruían definitivamente la reputación de la empresa y luego regresaban, solo para intentar cobrar su salario.

Pasaban los meses. En el patio de la fábrica, la gente cambiaba.

Ni siquiera los trabajadores italianos de la llamada “semi-marginación” venían ya a trabajar.

Los inmigrantes africanos tuvieron que echarle una mano a Mario.

Pero también ellos, al poco tiempo, dejaron de hacerlo.

Nadie quería actuar más en la obra del Director Albino.

De todos modos, me adelanté demasiado con la historia. Volvamos atrás.

Después de dejar a Stefano y alejar a los amigos, Mario saboreó la libertad absoluta de hacer todo a su manera —es decir, sin usar la cabeza.

Tomaba decisiones administrativas con alguna otra parte del cuerpo.

En ese período, compartía el apartamento de la empresa con dos chicos albaneses.

Ellos ocupaban un dormitorio en un ala del edificio. Yo estaba en la opuesta.

Uno tenía veintiocho años y se llamaba Dorian. El otro, Alban, tenía veinticinco.

Al final de la jornada laboral —hacia las ocho o nueve de la noche— Mario salía con Alban y Dorian a “divertirse”.

Yo siempre me despertaba muy temprano.

A veces regresaban al amanecer. Desde el patio veían las luces encendidas en mi habitación y saludaban, riendo:

—¡Buenos días, Serguéi! ¡Hola! ¡Ah ah ah!

Luego se iban a dormir, tranquilos.

Aquellas fiestas nocturnas, y la extraña amistad entre el dueño y los dos jóvenes obreros, alimentaron los chismes entre todos los empleados.

Durante una de sus aventuras nocturnas, Alban y Dorian grabaron algo comprometedor con el celular.

(Años después, le pregunté a Mario:

—Oye, ¿qué grabaron?

Él me respondió:

—Sabés, Serguéi, es vomitivo. Solo con recordarla me da náuseas.)

Obviamente, Alban y su socio comenzaron a extorsionar sin piedad al Propietario Imprudente.

Eran los únicos en la empresa que recibían salario más horas extras.

Ahora, razonemos.

Si trabajás bien en el montaje —un oficio donde no hay nada que automatizar— llegás al final del día destrozado.

Al menos se necesita el fin de semana para recuperar un poco de frescura después de 40 horas semanales de trabajo.

Con gran esfuerzo, 160 horas mensuales son factibles.

Pero si cada noche hacés orgías, ¿cómo hacés para trabajar bien al día siguiente?

Sin embargo, Alban y Dorian también declaraban 320 horas al mes.

Y Mario se las pagaba.

Al examinar la situación creada entre Mario y los dos obreros, me vino a la mente un episodio de mi vida, ocurrido hace muchos años.

En aquella época, en la Unión Soviética reinaba la perestroika.

El socialismo se retiraba, dejando espacio al capitalismo y al libre mercado.

El sector terciario —es decir, los servicios— crecía a un ritmo frenético.

Como setas después de la lluvia, surgían pizzerías-trattorias, bares, tiendas “non stop”, etc.

Yo trataba de ganarme el pan en ese ambiente.

Además de los obreros-vendedores, siempre necesitaba un ayudante-conductor con coche propio.

Encontrar uno serio y confiable —en cualquier época y en cualquier país— no es fácil.

Un socio me recomendó a un pariente de algún amigo.

El nuevo conductor era un chico de veintitrés años, llamado Andrej.

Era alto, con pelo largo, rubio y ondulado. Ojos verdes, cara redonda, nariz ligeramente respingona —un tipo nórdico.

No era muy hablador, pero cuando hablaba, se expresaba con brusquedad.

Introvertido.

Recién graduado del Politécnico.

En aquella época de crisis, encontrar trabajo para un joven ingeniero era casi imposible.

Vivía con la abuela, y la pensión no alcanzaba para salir adelante.

Ese chico me gustó de inmediato.

En aquella época estaban de moda los libros del psicólogo estadounidense Dale Carnegie, que trataban las relaciones profesionales: entre jefe y empleado, entre

hombres de negocios, etc.

Llenos de consejos sobre cómo tratar a los compañeros de trabajo.

Decidí poner en práctica esas enseñanzas con Andrej.

Cada mañana venía a mi casa para recogerme.

Aparcaba y tocaba el claxon, quedándose en el coche.

Después de unas semanas, mi esposa y yo lo convencimos de subir por un café.

Mi esposa estaba en los últimos meses de embarazo y pasaba los días en casa de su madre.

El almuerzo lo hacíamos allí —y así Andrej se convirtió en uno de la familia.

Comía con un apetito tan evidente que mi esposa, una vez, me preguntó maravillada: —Disculpá, ¿pero su abuela no le da de comer?

Cada día pasábamos muchas horas juntos.

Durante la rutina, yo le aplicaba las recomendaciones del querido psicólogo americano.

Nuestra relación me parecía realmente magnífica.

Andrej tenía novia desde la universidad.

También ella recién graduada y desempleada.

Se llamaba Inga —bellísima: alta, ágil, graciosa, como una gacela salvaje.

A diferencia de Andrej, ella era morena.

Su rostro parecía el de una gitana española.

A veces venía con nosotros en coche.

Era un verano muy caluroso.

Organicé el trabajo así:

Trabajo duro desde temprano por la mañana hasta el almuerzo, luego una larga siesta hasta las 17 o 18 horas, y finalmente trabajo nocturno hasta la medianoche.

Ese período de la tarde lo usaba, a veces, para algún picnic en el bosque o baños en el lago con amigos.

Al principio, Andrej participaba con timidez.

Luego, como si fuera lo más natural del mundo.

Sobre todo cuando Inga no estaba en la ciudad.

En esas ocasiones, lograba seducir a alguna chica —de “las mías”— detrás de un arbusto.

A veces, durante las noches de trabajo, nos deteníamos en trattorias o restaurantes para cenar.

O pasábamos como amigos, llevando pasteles y champán.

Andrej siempre estaba conmigo.

Y ya ni siquiera pedía permiso para tomar un cigarrillo de mi paquete —lo hacía con descaro.

Cuando se hacía la compra para el picnic o se recibía la cuenta en el restaurante, siempre pagaba yo.

En su cabeza, ni siquiera parecía pasarle por la mente la idea de ayudar.

Con el tiempo, después de unos meses, Andrej —siempre puntual— empezó a llegar tarde.

Y a veces hasta hacía reclamos.

Entre mí y yo pensaba:

Mierda... cobra un sueldo que nadie más cobra.

Mis amigos, que hacen el mismo trabajo, les pagan a sus conductores-obreros la mitad de lo que pago yo.

Él ni siquiera me espera en el coche, como hacen los chóferes normales, sino que come y bebe conmigo como un hermano —y encima exige más.

En otoño, Andrej se casó con Inga.

En teoría, ese paso debería haberlo impulsado a perfeccionarse.

A volverse más responsable.

De ninguna manera.

Empeoraba a pasos agigantados.

Después de unos meses, su vida privada comenzó a desmoronarse.

Mientras él se esforzaba trabajando conmigo, Inga se fue a vivir con otro.

Y Andrej, por motivos entonces desconocidos, se escandalizó conmigo.

Me acusó de cosas extrañas.

Y cerró la puerta de un portazo.

Años después, lo encontré en la calle.

Demacrado. Envejecido. Mal vestido.

Era claro que se avergonzaba.

Hizo como si no me reconociera.

Cruzó la calzada y continuó por la acera opuesta.

Durante la primera parte de la aventura con Mario, viajaba a menudo. Ahora, no.

A pesar de que me trataba como a un grosero, el dueño confiaba en mí.

Cuando todos se iban, el León Blanco me dejaba tranquilamente la fábrica en mis manos.

Me gustaba cerrar el cobertizo, la puerta principal, encender las luces nocturnas.

Antes de dormir, daba una vuelta por la fábrica, lo controlaba todo.

Por la mañana apagaba las luces exteriores, barría frente a la oficina y la entrada.

Hacía todo gratis. Y de corazón.

Como decía Máximo Gorki:

“Si amas el trabajo, incluso el esfuerzo más desgraciado se convierte en creatividad.”

Pero todo idilio, tarde o temprano, termina.

Hay que saber sentir el momento y decir:

Alt. De ahora en adelante mando yo.

Mario, cada mes, me pagaba menos de lo que ganaba.

Y si no decía nada, no me pagaba en absoluto.

Cuando la suma superó los cuatro mil euros, saqué el tomahawk y me puse en pie de guerra.

Conté todas mis horas y lo debido junto con la contadora Marisa, y fui a ver al dueño.

—Hola Mario —dije.

—Hola —respondió.

—Me debés más de cuatro mil euros. Mirá acá —son las cuentas de Marisa.

Le extendí la hoja.

—¿No ves que estoy ocupado? —me interrumpió con fastidio.

Luego me dio la espalda y se fue en dirección opuesta a la que iba antes.

—Mario, necesito mi dinero —insistí, caminando a su lado.

—Cuando esté libre, hablamos —soltó, subiendo a su vehículo.

—¿Cuándo estarás libre?

—Mañana a las seis de la mañana, estaré acá —replicó el dueño de la melena blanca.

Está bien. Mañana a las seis.

Al día siguiente, a las 5:50, abrí la puerta y me planté frente a la entrada del ala administrativa.

A las seis en punto, Mario llegó con un camión.

—Buenos días, Mario —lo saludé.

—Hola —seco.

—Necesito mi dinero —empecé.

“...!” —verso incomprensible.

—Me citaste para esta mañana.

Aquí estoy. Quiero mi dinero.

—Hay que trabajar —espetó el León.

—Ahora se carga el stand —gritaba por el celular.

—¡Alban! ¿Dónde estás? ¡Baja!

Luego, dirigiéndose a mí:

—Tenés que cargar ese puesto verde.

—Mario, necesito mi dinero —no me rendí.

—¿Qué dinero? —gritó el Desatado—. ¡Andá a cargar, o quitate de los cojones!

En la fábrica solo están los que trabajan. ¡Mierda!

O trabajás, o te vas.

Por la puerta opuesta salió Alban, medio dormido.

Luego llegó Dorian, aún en estado vegetativo.

El aire fresco de la mañana se mezclaba con los alientos pesados de la fiesta nocturna, que había terminado hacía pocas horas.

El trío se puso en marcha.

Yo me quedaba inmóvil. Resuelto.

—Mario, necesito mi dinero —recitaba como un robot.

Como un actor de telenovela.

Él estalló en una exclamación histérica.

El motor rugió, y el camión con la “troika” desapareció hacia el horizonte.

Yo dejé de trabajar.

Cada santo día, desde la mañana, cualquiera podía verme plantado frente a la entrada del ala administrativa.

Cuando Mario aparecía por los alrededores, siempre repetía la misma frase, sin variaciones:

Mario, necesito mi dinero.

Por pura diversión, reunía a obreros y empleados a mi alrededor.

Improvisaba manifestaciones espontáneas para suscitar compasión, apoyo y solidaridad.

Citaba incluso:

“¡Trabajadores del mundo, uníos!” —para cazar al León de la Melena Blanca.

Finalmente Mario se dio cuenta de que el esclavo obediente y pacífico se había convertido en un problema.

Inició las negociaciones.

Delante de todos declaré que ya no tenía ganas de trabajar ni de alojarme allí.

Ya no me gustaba el ambiente.

Dije que el día que recibiera lo que me correspondía, pagaría el alquiler y me iría.

(En el primer período intenté pagarlo, pero el dueño siempre respondía:

—Debería calcular la suma.

Y cuando insistía:

—¿Cuánto?

Él respondía:

—No lo sé.

Entonces repuse:

Me quedaré acá. Y me convertiré en tu pesadilla.

Mario trató de tranquilizarme.

Decía que no quería el dinero del alojamiento, que podía quedarme allí todo el tiempo que quisiera, gratis.

Y que me lo pagaría todo:

La próxima semana. El lunes. O el martes, seguro.

Pasaron días de aparente armonía.

Mario me llevaba al bar, hablaba dulcemente.

Luego la tregua terminó.

A la luz del sol, sacó la cartera.

Sacó el dinero.

Eran 200 euros.

A partir de ese momento cambié de táctica.

Contra el León Albino vestido con jeans.

Cada mañana entraba en la oficina y desataba escándalos.

Vomitando todo lo que los demás pensaban, pero callaban por miedo.

Mario se avergonzaba delante de sus empleados.

Poco después, empezó a llamarme antes de llegar a la fábrica.

Me contaba lo que había que hacer, me proponía acompañarlo hacia las once para recoger algunas liras de un cliente.

A las once me ponía al volante de su coche:

—¿A dónde te llevo?

El tiempo pasaba.

Como voluntario, hacía de jardinero, cuidador y conductor.

Recogía 100, 200 euros cada vez.

Alrededor de Mario, todo volvía a desmoronarse.

Ni siquiera los inmigrantes de los países más pobres querían trabajar más para él.

El líder de los obreros siempre me vio con buenos ojos.

De vez en cuando le pedía al dueño que hiciera algo a mi favor.

Al final, Mario me dio una suma más o menos decente.

Tomó mis documentos para hacer el contrato de trabajo y el de alojamiento para el apartamento.

Me puse a trabajar de nuevo.

El dueño ya cantaba las alabanzas:

—¡Qué buen montador tenemos!

Si le pedía dinero, respondía seguro:

—Mañana. Si no, seguro que pasado mañana.

Pero yo lo sentía —con tremenda certeza— que el tiempo estaba a punto de agotarse. Sabía perfectamente que ese espectáculo absurdo y miserable terminaría muy pronto.

La empresa me debía de nuevo más de cuatro mil euros.

Fui a los sindicatos.

Me asignaron un abogado, que intercambié cartas certificadas con el abogado de Mario.

Y así terminó todo.

Para eludir la responsabilidad, el propietario traía de vez en cuando a la fábrica a algunos desconocidos, que empezaban a dar órdenes.

Luego se cansaba del anterior y traía otro, siempre desconocido.

Parece que el nuevo tenía la tarea de sacar al viejo.

Cada santo día, en el patio frente al cobertizo, había gente esperando al dueño.

Pero el León Blanco se escondía de los masáis detrás de algún arbusto.

(Corrían rumores de que estaba con algún amante).

De vez en cuando llegaba su media naranja, furiosa, a desahogarse con blasfemias.

Se lamentaba con Marisa:

De Mario el malo, del dinero desaparecido, y de Alban y Dorian, que habían ido a su casa a chantajearla.

Ante circunstancias imposibles de afrontar, el guerrero se retira temporalmente.

Deja vagar su mente.

Se dedica a otra cosa — cualquier cosa está bien.

Este es el quinto principio del Arte del Acecho.

Con una claridad aterradora entendí:

Mario nunca había considerado la idea de pagarme.

Al contrario, habría preferido ver a todos sus acreedores muertos.

Al final llegó el día más triste de mi vida.

Sentado en el escritorio, ya no tenía deseos.

Nadie.

No es que no supiera qué hacer, sino como si todos los consejeros dentro de mi cabeza hubieran desaparecido.

La mente era una hoja en blanco, y tenía que esforzarme para inventar alguna tarea fútil sobre la que escribir.

¿Qué hacer?

Me dediqué al turismo.

Al deporte.

Estaba terriblemente frío. Tremendamente seguro.

Había captado el concepto:

Si sos realmente un guerrero —y no una víctima patética—, entonces la solución ventajosa llegará por sí sola.

Era un día cualquiera.

La mente dura y firme.

Nada me importaba.

Solo tenía que resolver... lo que había que resolver.

Por la tarde, me acosté en el sofá.

Oí el ruido familiar del coche de Mario.

Y es como un comando en la cabeza:

“Está aquí. ¿Listos? ¡Vía!”

Bajé las escaleras sin sentir los pasos.

Atravesé el patio como si no tuviera cuerpo.

Entré en la oficina.

Estaba distante. Gélido. Despiadado.
Incluso mi propia vida ya no era relevante.

Mario me vio.
Vomita seco:

—Siempre que me tengo que ir, llega alguien a molestarme. ¡Mierda!

Se movió hacia la puerta.

De repente me dupliqué.

Un Serguéi agarró al dueño, mientras que otro Serguéi —quieto, curioso— observaba la escena desde cuatro metros de distancia.

Ambos eran “Yo”.

La tarea que el Espíritu había puesto sobre mis hombros estaba cumplida.
Había alcanzado el punto mágico de mi ser.

El Espíritu había elegido a Mario Rossi como subterfugio para mi evolución —para que descubriera los enigmas ocultos dentro de mí.

¿Y luego?

Ese mismo día, Mario me pagó un buen anticipo.
En las semanas siguientes, me liquidó todo lo adeudado.

Pocos días después, se enfermó.
Y murió durante una operación de corazón.

No es correcto que evaluemos de manera cínica la Vida y la Muerte del Señor con la Crinera Blanca, usando nuestra sintaxis.

Él vino, como todos, a nuestro mundo, desde la apertura mágica, y desde otra apertura fue llevado a la eternidad.

Y su cuerpo regresó a la Tierra:

**Porque eres polvo,
y al polvo volverás.**

De la Revolución a la Colonización

Prefacio

Este relato no es una celebración, ni una condena estéril. Es el viaje crudo y lúcido de un alma que ha vivido en primera persona el latido profundo de la historia rusa, observando sus temblores, sus picos visionarios y sus caídas.

A través de fragmentos autobiográficos, reflexiones filosóficas y análisis despiadados, el autor nos guía por los meandros de un siglo de ilusiones, revoluciones, guerras y renacimientos abortados. Desde las visiones febriles de Lenin y Trotsky hasta el colapso de las promesas de Gorbachov, desde las luchas sociales hasta el darwinismo de las élites, este texto narra la parábola dialéctica de la civilización soviética, nacida del hambre de justicia y disuelta en el caos predatorio.

Y sin embargo, no se trata solo de historia. En el subtexto vive una pregunta filosófica eterna: ¿Quién gobierna realmente al ser humano? ¿El neocórtex, motor del pensamiento y del sueño? ¿O el sistema límbico, amo de los instintos?

Como en los versos invisibles de Heráclito, este relato revela que cada orden contiene la semilla de su desorden, cada época el principio de su fin.

La voz narrativa no busca consuelos, ni propone utopías. Ofrece conciencia, memoria y un espejo en el que el lector —rusa o no su alma— está llamado a mirarse a sí mismo.

Tenía seis años, una edad tierna e inocente, cuando supe por mi prima de ocho que se escondía un secreto en nuestra familia.

Pasaron meses, y ella, con creciente cautela, comenzó a revelarme algunos detalles que, desde mi punto de vista infantil, parecían terribles: como por ejemplo, el hecho de que nuestro abuelo no era el abuelo de verdad.

El verdadero, al parecer, había sido arrestado y ejecutado muchos años antes.

Cuando le pregunté a mi padre el significado de esa historia, él respondió que me la contaría exhaustivamente cuando cumpliera catorce años.

Dijo que era demasiado pequeño para ciertos cuentos, y que debía crecer y madurar con paciencia.

El tiempo pasaba. Creciendo, comencé a entender cada vez más la historia de nuestra familia y de mi país.

Pronto me di cuenta de que historias similares eran comunes a muchas otras familias soviéticas.

Mi padre había nacido en Leningrado y, a la edad de cinco años, sufrió cambios drásticos en su destino: su padre fue arrestado.

Eran los tiempos de la Guerra Civil en España, en la que participó toda Europa. Como sabemos, los militares españoles liderados por Franco tomaron el poder.

Los generales soviéticos, que habían ganado la guerra civil en Rusia, soñaban despiertos con replicar, también en la Unión Soviética, la gloriosa hazaña de sus colegas españoles.

Muchos de ellos tenían sed de poder y sentían un odio personal hacia Stalin y sus fieles. En resumen, querían derrocar al gobierno.

Pero la conspiración fue descubierta y, lamentablemente, junto con los verdaderos culpables, también terminaron en los GULAG ciudadanos menos involucrados, acusados de traición o simplemente de descontento con el régimen.

Había quienes criticaban todo lo que hacía el gobierno, quienes se quejaban del clima, y quienes del vecino, llamándolo “un imbécil comunista”.

Así, mi abuelo fue arrestado.

Sus dos hijos de cinco y siete años fueron llevados a un orfanato.

Y su esposa... también fue arrestada.

Mi abuela, en aquella época, era una joven estudiante de medicina.

Cincuenta años después me contó, entre lágrimas, los horrores de su experiencia. Fue encerrada en la cárcel, pero como todas las celdas estaban llenas, las recién llegadas fueron alojadas en una gran sala de congresos penitenciaria.

Había un escenario y filas de butacas pegadas a las paredes.

Las mujeres fueron acomodadas en el suelo de parquet en el centro de la sala.

Me decía llorando:

—Éramos muchas... entre nosotras estaban las esposas de los líderes del Partido Comunista, las esposas de los generales... y ninguna entendía lo que estaba pasando.

Me interrogaron dos veces, e inmediatamente entendí que ni siquiera los investigadores sabían qué hacer: navegaban en la oscuridad.

Fui tratada con amabilidad, y a veces sentía que, en el fondo de su conciencia, los hombres del NKVD simpatizaban conmigo...

Después de un par de meses, la abuela fue liberada.

Tenía los días contados para graduarse y pocas horas disponibles para recoger a sus hijos del orfanato.

Fue acompañada por un agente del NKVD a devolver los libros universitarios. Luego dejó Leningrado: fue deportada a Kazajistán, a un pueblo perdido en el desierto asiático.

Allí tuvo que registrarse en el departamento local del NKVD y permanecer durante los siguientes diez años.

Mi padre odiaba a Stalin obsesivamente y con todo su corazón.

Naturalmente, fui educado para odiar al camarada Stalin.

Además de educación política, también recibí de él formación económica.

En la URSS, durante el régimen socialista de los años 70–80, regía la igualdad salarial.

No había ni pobres ni ricos: todos eran más o menos iguales.

Mi padre ocupaba un cargo bastante alto, pero ganaba poco más que un obrero cualificado de la misma fábrica.

Decía a menudo que, si hubiera vivido en Estados Unidos y hubiera hecho el mismo trabajo que hacía allí, seguro que habría sido más rico y podría haberse construido una bonita casa en la costa del Pacífico.

Así, desde niño, empecé a soñar con América.

Me tomó toda una vida comprender que el problema no está donde estamos acostumbrados a buscarlo.

Para mejorar su existencia, los seres humanos no necesitan inventar sistemas socioeconómicos.

Lo que necesitan es reorganizar su mundo interior —el único lugar donde realmente hay algo que limpiar y ordenar.

Los asuntos sociales, en cambio, pueden seguir siendo lo que siempre han sido: una locura desatada.

Alguien podría replicar:

—No, ¡no es verdad! Los asuntos del hombre como ser social no son una locura.

Para apoyar mi tesis, me gustaría echar un vistazo a la historia de Rusia en los últimos cien años.

Observaré las actividades de los habitantes del Imperio Ruso en el siglo XX.

Elijo Rusia porque la conozco bien, pero esa misma locura se puede notar también en Italia, en Alemania, en Estados Unidos, en Japón... y más allá.

A principios del siglo XX —exactamente igual que en 2025— el Imperio Ruso, rico en recursos naturales, era un bocado muy codiciado por muchos.

El poder estaba en manos de una monarquía, y el soberano se hacía llamar Nicolás II. Pero el pueblo ruso lo apodaba **Nicolás el Sanguinario**.

¿Qué tipo de hombre era?

En primer lugar, tenía muy poco en común con el pueblo ruso a nivel genético: su ADN pertenecía a los anglosajones.

Tenía un parecido sorprendente con su primo, Jorge V del Reino Unido, tanto que parecían gemelos.

Sus madres eran ambas hijas de Cristián IX de Dinamarca y Luisa de Hesse-Kassel.

De niño estudió en privado y luego se matriculó en la universidad, donde cursó derecho.

Sus profesores no podían interrogarlo sobre lo que había comprendido: solo podían enseñar, sin verificar el aprendizaje.

Posteriormente se casó con su prima segunda, la princesa alemana Alicia de Hesse y del Rin.

Como todo noble de la época, Nicolás II también era militar.

En resumen: este tipo no sabía absolutamente nada del pueblo que gobernaba, ni de sus pensamientos, ni de sus necesidades.

Para ellos, era un extraterrestre.

Mientras tanto, en los centros industriales, estaba naciendo y creciendo el proletariado.

Miles de obreros, cansados de trabajar catorce horas al día por un salario miserable, odiaban profundamente el sistema de gobierno.

También los campesinos sin tierra vivían en la frustración más total.

A diferencia de los trabajadores de Europa occidental, que a menudo respetaban a sus amos, el ruso medio los miraba con desconfianza —si no con verdadero odio.

Ni siquiera la burguesía y las clases medias apreciaban al soberano.

Nicolás no tenía dotes de mando, y muchos esperaban la abolición de la monarquía.

La aristocracia —es decir, la élite militar— se encontraba en un estado de degradación.

Hablaban entre ellos en francés, y muchos ni siquiera eran rusos de nacionalidad: ignoraban por completo la realidad del pueblo que debían guiar.

Debido a un liderazgo pésimo, Rusia perdió la guerra contra Japón y se vio involucrada en la Primera Guerra Mundial, que no le servía en absoluto, pero en la que participó bajo presión de los franceses.

Los generales no podían contrarrestar la corrupción y el declive del ejército ruso, alimentados por una ola de ideas progresistas.

Los soldados entendían perfectamente que eran carne de cañón en las guerras entre soberanos europeos —parientes entre sí: primos, tías, sobrinos— que peleaban en familia y se dividían el mundo.

Exactamente como sucede hoy.

En 1917, dos millones de soldados desertaron.

Volvieron a casa hambrientos, enojados, acostumbrados a matar.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, en Rusia se formó una capa no social, sino ideológica, compuesta por personas animadas por la filosofía liberal y decididas a cambiar el sistema de gobierno.

Estos individuos provenían en gran medida de la aristocracia y la burguesía.

Los más radicales entre ellos organizaron grupos armados, a menudo apoyados

financieramente por Inglaterra y Alemania, y cometieron actos de violencia contra aquellos que consideraban un obstáculo para el progreso y la Patria.

Estos grupos fueron identificados como **revolucionarios**:

Odiaban al monarca y a la familia real, pero también a sus semejantes de la misma clase social.

En muchos casos, no parecían movidos por amor a su patria, sino más bien por intereses alineados con potencias extranjeras.

En 1917, se manifestó en Rusia una verdadera situación revolucionaria:

Los grupos en el poder ya no podían gobernar según las viejas modalidades, y las clases populares ya no estaban dispuestas a vivir como antes.

A nivel internacional, había tres fuerzas principales interesadas en la disolución del Imperio Ruso:

- El Reino Unido, ya comprometido en la reducción de imperios como el otomano y el austrohúngaro.
- El frente alemán, involucrado en la financiación de las oposiciones.
- Grupos influyentes en Estados Unidos.

En febrero de 1917, en Rusia se catalizó un golpe de Estado que llevó a la instauración de un gobierno provisional, considerado por muchos una marioneta al servicio de los intereses británicos.

Ese mismo año regresaron a su país dos figuras centrales:

- **Lev Trotsky**, desde Estados Unidos, apoyado por círculos financieros ligados al internacionalismo socialista.
- **Vladimir Lenin**, desde Alemania, con medios económicos proporcionados por los círculos gubernamentales alemanes.

Nuestras vidas están impulsadas por dos fuerzas propulsoras:

La fuerza biológica y la fuerza social.

La sociedad tiene su propia historia, que se desarrolla según sus propias leyes, comprensibles a través de la metodología dialéctica descrita en la *Ciencia de la lógica* de Hegel.

La comunidad primitiva —o comunismo primitivo, como se le llama a menudo— se basaba en la propiedad común de todos los bienes útiles para los seres humanos. No existían clases sociales, ni conflictos entre ellas.

El Estado y sus instrumentos de represión aún no habían nacido.

Posteriormente, a medida que el hombre aprendió a producir más de lo que consumía, y empujado por fuerzas socioeconómicas, el comunismo primitivo se transformó en la sociedad esclavista, donde la plusvalía de la producción era sustraída por los más poderosos.

Estas mismas fuerzas condujeron a la humanidad al feudalismo, que a su vez dio paso al capitalismo.

A caballo entre el siglo XIX y el XX, los países industriales más avanzados

alcanzaron el umbral de un retorno al comunismo, cerrando simbólicamente el circuito histórico: **del comunismo al comunismo**.

La contradicción ya era evidente: producción colectiva de bienes, apropiación privada de los beneficios.

En todos los países económicamente desarrollados, la lucha de clases entre explotadores y explotados se intensificó.

El 1 de mayo de 1886, en Chicago, se organizó una huelga que, tras tres días, degeneró en violentos enfrentamientos entre manifestantes y policía. Hubo víctimas de ambos lados.

La lucha de clases entró en su fase más cruda. Ya no se bromeaba.

Era un verdadero desastre.

Nuestras vidas están gobernadas por dos fuerzas impulsoras: **la fuerza biológica y la fuerza social**.

La sociedad tiene su propia historia, que se desarrolla según sus propias leyes, comprensibles a través de la metodología dialéctica descrita en la *Ciencia de la lógica* de Hegel.

La verdadera naturaleza biológica del ser humano está arraigada en el **sistema límbico**.

El **neocórtex**, en cambio, es la estructura exclusivamente humana que nos distingue del resto de los animales.

El núcleo límbico, como unidad biológica, está programado para:

- alimentarse (trabajar para ganarse el pan de cada día)
- reproducirse (casarse, tener hijos)
- dominar (para asegurar la perpetuación de la especie)

El sistema límbico tiende a vivir de la mejor manera posible: busca la prosperidad, aspira a la estabilidad y rechaza el dolor.

El neocórtex, en cambio, contiene dos aspectos distintos:

- el **yo analítico**, que proviene de un conocimiento silencioso —lo que solemos llamar espiritualidad
- el **yo aberrante**, constituido por una red de algoritmos mentales que pertenecen a nuestra mente cotidiana

Este último confunde lo real con lo irreal.

Nos induce a creer en conceptos falsos, que nos empujan hacia acciones insensatas desde el punto de vista de la satisfacción humana.

¿Pero cómo podemos definir lo que es verdadero o falso, real o irreal?

Los conceptos verdaderos tienen una base física, son materiales.

Poseen campos energéticos —por ejemplo, electromagnéticos— orientados al bienestar de la humanidad como especie biológica.

Estimulan la creación de algo que contiene energía beneficiosa para todos: son ideas constructivas, de las cuales emanan serenidad y alegría.

En cambio, los conceptos aberrantes e irreales son degenerativos.
Traen consigo enfermedad, dolor, y a veces conducen a la muerte prematura.

Gran parte de las creencias inculcadas desde la infancia no generan ni retienen energía.

Son ideas que nos chupan la vitalidad, delirios mentales carentes de lógica:
son lo que destruye, en lugar de construir.

Si el zar hubiera tenido un mínimo de cerebro y se hubiera apoyado en la inteligencia analítica de sus consejeros —en lugar de creerse una divinidad— tal vez habría podido conservar el trono.

Durante sus estudios universitarios ni siquiera había leído *El Príncipe* de Niccolò Machiavelli.

Y así, ahogando en sangre cada intento de solución a los problemas sociopolíticos, gestionaba el Imperio Ruso no como un administrador, sino como un fanático ciego.

El pueblo ruso, junto con la élite política —tanto de derecha como de izquierda—, el mando supremo del ejército e incluso sus propios parientes, lo obligaron a abdicar en 1917.

En 1918, como venganza por sus represiones sangrientas, fue arrestado junto con toda su familia.

La historia oficial afirma que fueron fusilados y arrojados a un pozo.

Pero documentos de archivo desclasificados recientemente sugieren que algunos podrían haber sobrevivido.

En cualquier caso, lo que importa es que **Nicolás II desapareció de la arena político-social.**

Unas décadas más tarde, la delirante inteligencia de la Iglesia Moscovita lo canonizó como santo mártir.

Amén.

También la aristocracia rusa estaba perdida en el bosque oscuro de las aberraciones mentales.

La realidad no hablaba: **gritaba.**

"¡Dentro de unos años serán exterminados, como los nobles franceses en 1789!"

Pero los nobles ignoraban cualquier advertencia:

—¿Quién podría amenazarnos? ¿La música campesina? ¿El obrero ignorante?

El pueblo ni siquiera era considerado como perteneciente a la misma especie por los señores aristocráticos, atrapados en concepciones perversas y absurdas.

No obstante, llegó octubre de 1917.

Y toda la gente de “sangre azul” fue barrida: algunos enviados a la masacre, otros huyendo al exilio.

La burguesía, los obreros y los campesinos, fuertes con el pensamiento analítico, entendían que los tiempos eran inestables y la revolución inevitable.

El ciudadano ruso común quería ver abolida la monarquía y el sistema radicalmente

cambiado.

Deseaba dividir los bienes entre la población: tal vez con alguna pelea, quizás incluso con disparos...

Pero luego, finalmente, alcanzar la estabilidad sociopolítica y vivir en paz y prosperidad con su familia.

Los más atentos e inteligentes deseaban enriquecerse y derrotar a sus enemigos personales.

Los más ambiciosos querían el poder a cualquier costo, pero nunca a costa de su propia vida.

Sin embargo, el odio alimentado por la envidia y la avaricia, la incesante sed de posesión, desató una masacre de proporciones nunca vistas.

La Revolución de Octubre, la Guerra Civil y el conflicto con los invasores europeos inauguraron una verdadera **fiesta caníbal**.

Mucha gente se mataba entre sí, cubriendo sus verdaderos motivos con ideología.

- La Guardia Blanca luchaba para defender los privilegios que tenía.
- El Ejército Rojo, por la “Revolución Comunista Mundial”, “por el pan y la libertad”... en resumen, para conquistar el poder.
- Los anarquistas idealistas rechazaban toda autoridad e institución, y por eso luchaban contra cualquiera que no compartiera sus ideas.
- Los Verdes, reunidos en bandas casi guerrilleras, robaban y mataban a cualquiera que pudieran someter.

La gente moría por viejas ofensas y rencores antiguos.

Los tiempos oscuros hacían aflorar lo peor del alma humana.

El sadismo y las perversiones psicosexuales se convirtieron en episodios cotidianos, casi ordinarios.

Después del caos, en el campo, los campesinos arreglaron las cosas a su favor: exterminaron a los señores y a sus partidarios.

En las ciudades, la victoria fue para los comunistas, liderados por Vladimir Lenin.

Se proclamó la **dictadura del proletariado**, que declaraba proteger los derechos de la gente que trabaja.

La nación, agotada por el desastre, se tomó un tiempo de descanso durante algunos años.

Pero a finales de la década de 1920, se reabrió la temporada de cazadores-caníbales: se reavivó la guerra civil.

El Estado se enfrentaba a los enemigos del proletariado, e incluso dentro del Partido Comunista se luchaba no solo por el poder, sino por elaborar una estrategia de supervivencia en un mundo capitalista hostil.

La joven Unión Soviética, nacida sobre las ruinas del Imperio Ruso, enfrentaba inmensas dificultades.

Para garantizar su supervivencia, era necesario abordar urgentemente una multitud de

problemas económicos, a pesar de las duras sanciones impuestas por Occidente.

En primer lugar, se impulsó la **industrialización acelerada**, ya que el camarada Stalin sabía que, en diez o quince años, la URSS se vería obligada a defenderse en el campo de batalla.

Quienes no estaban de acuerdo con la línea general del Kremlin eran considerados **saboteadores y enemigos del pueblo**.

Muchos bolcheviques que habían participado en la Revolución de Octubre fueron juzgados, incluido su líder Lev Trotski.

En los años treinta, el pueblo soviético, al presenciar los juicios y las purgas contra saboteadores, trotskistas y “dañadores sociales”, desarrolló una tentación peligrosa: **librarse de los enemigos personales, de los rivales en el trabajo, de los adversarios amorosos...**

Los ciudadanos comenzaron a espiar y denunciar.

Cartas anónimas al NKVD, soplones y delaciones se convirtieron en rutina.

Políticos, amas de casa, obreros, empleados, artistas, sacerdotes —representantes de cada estrato social— escribían denuncias esperando, así, obtener felicidad, estabilidad y satisfacción existencial.

Y sin embargo, gracias a ciertos conceptos sociopolíticos, el gobierno soviético logró moldear un **nuevo ciudadano**.

¿Cómo lo logró?

- Las mujeres obtuvieron inmediatamente el derecho al voto y fueron incorporadas al mundo laboral, al igual que los hombres.
- Los niños fueron ubicados en guarderías y jardines de infancia, donde eran educados según el modelo comunista.

Se formó un ciudadano soviético **consciente de ser soberano en su propio país**, y ya no gobernado por un grupo de extranjeros con “sangre azul”, como ocurría anteriormente.

Este ciudadano logró ganar la **Gran Guerra Patria (1941–1945)** contra Europa unida bajo el mando de Hitler.

Durante los años en que el camarada Stalin gobernó con mano de hierro, el pueblo vivía económicamente bien:

- Los precios bajaban gracias a la disminución de los costos de producción, impulsada por la automatización.
- Las mujeres daban a luz, y el crecimiento demográfico alcanzaba los tres millones de personas al año (excluyendo los años de guerra).

Unos años después de la muerte de Stalin, en el **XX Congreso del Partido Comunista**, Jrushchov denunció las represiones pasadas, desaprobando el culto a la personalidad del camarada Stalin.

Descargó toda responsabilidad —a pesar de haber sido un verdugo famoso— sobre la cabeza del Soberano fallecido y de su brazo derecho, Beria, quien fue ejecutado poco

después de la muerte del líder.

El pueblo, como arañas en un tarro, se devoraba mutuamente.

Pero los culpables fueron declarados ya muertos, por lo tanto, intocables.

¿De dónde surgió el culto a Stalin?

¡Fueron los extraterrestres quienes lo llevaron a la URSS!

Fueron los subordinados y los lamebotas —entre ellos el propio Jrushchov— quienes construyeron su adoración:

se humillaban solos, repetían cada palabra del Señor, adivinaban cada deseo del Maestro... y las masas lo aclamaban.

Después de la muerte del Jefe, el pueblo lloraba.

Sin embargo, cuando la propaganda declaró que Stalin era “malo”, mucha gente —especialmente aquellos con la conciencia sucia— comenzó a escupir sobre su nombre,

a pesar de que había sido como un padre para el 90% de la población y el comandante supremo en la victoria de la Gran Guerra Patria.

El **XXII Congreso del PCUS** cerró la época heroica de los vencedores.

Se abolió el concepto de dictadura del proletariado, y comenzó el período de Nikita Jrushchov, un hombre con una característica sorprendente:

Para cada problema con múltiples soluciones, invariablemente elegía la peor.

Durante algunos años, la economía siguió dando frutos.

Luego, algo empezó a resquebrajarse: el nivel de vida empeoraba.

En 1962, en Novocherkassk, los obreros que protestaban contra el aumento de los precios fueron atacados por los militares: hubo heridos y muertos.

En los años 60, las tecnologías avanzadas —la telemática, la velocidad y, sobre todo, los misiles tierra-tierra con ojivas nucleares— encogieron nuestro globo.

La Crisis de los Misiles en Cuba obligó a los líderes mundiales a pensar con el cerebro analítico, en lugar de con el aberrante.

Me sorprende cuando leo o veo películas sobre la Crisis del Caribe.

Todos alaban a los “héroes” que supuestamente previnieron la guerra nuclear.

¿Pero quiénes eran esos héroes?

Khrushchev, ex lameculos de Stalin, y Kennedy, un libertino bajo analgésicos y psicofármacos, elegido presidente porque se veía bien en la televisión.

Sus aberraciones —arrogancia, prepotencia, desprecio por el rival— llevaron a nuestro planeta al borde de la catástrofe.

Nos salvó un milagro.

Y sin embargo, ninguno de los responsables ha pensado en avergonzarse o pedir perdón a la humanidad.

El año 1968 agitó el mundo entero, incluida la URSS.

Se hizo sentir el movimiento disidente, aparentemente guiado por la CIA y el MI6, y

bien financiado con el dinero de los contribuyentes de esos países.

Los disidentes se dedicaban a poner de manifiesto el peor lado de la Madre Rusia y a criticar cada aspecto negativo, según su perspectiva.

Los medios de comunicación occidentales, dirigidos por las élites anglosajonas y alemanas, los aplaudían con entusiasmo.

Muchos disidentes emigraron más allá del Telón de Acero, hacia Occidente.

Después de la euforia del cambio, pronto se dieron cuenta de que ni siquiera allí existía el Paraíso Terrenal:

siempre habría algo que criticar.

Algunos incluso comenzaron a escupir en el plato del que comían.

En resumen: un disidente, incluso en el Polo Norte, siempre sigue siendo un disidente.

En los años 70, finalmente, el país alcanzó la estabilidad y el bienestar, conquistados con sangre, sudor y lágrimas.

Todos trabajaban: el desempleo no existía.

Al contrario, si te descubrían sin trabajar ni estudiar durante años, corrías el riesgo de ser internado por vagancia.

El Estado garantizaba programas sociales extensos:

- medicina gratuita, incluido el dentista
- estudios universitarios gratuitos, con un salario mensual para los mejores estudiantes
- dos años de baja por maternidad pagada para las mujeres con hijos

El pueblo construía sus propias casas.

Las ciudades crecían como hongos después de la lluvia.

Se trabajaba sin esfuerzo excesivo, con energía de sobra.

Muchos ciudadanos soviéticos, en lugar de beber vodka, practicaban deportes y ganaban las Olimpiadas.

También en términos de democracia, existían ventajas.

Cierto, si te hubieras puesto a gritar en la Plaza Roja:

“¡Lenin era un idiota!”

te habrían internado en una clínica psiquiátrica penitenciaria.

Pero, ¿qué es la democracia?

Es una palabra griega que significa “el pueblo gobierna”.

En la Constitución Soviética estaba escrito que el poder pertenece al pueblo.

En la práctica, si un obrero tenía problemas con sus superiores, podía:

1. dirigirse al director de la fábrica
2. si no era escuchado, recurrir a los representantes del Partido Comunista de la fábrica
3. en caso de silencio, apelar al comité regional del PC

4. e incluso escribir directamente al Kremlin

Si el obrero tenía razón, sus problemas se resolvían a su favor.

Verdaderamente, la gente sencilla, la que no se atormentaba con paranoias mentales, se sentía bastante bien.

Pero la armonía del universo es un eterno movimiento de cambios.

La estabilidad es solo un momento de paz, seguido de la lucha continua entre opuestos: día y noche, vida y muerte.

Cuando en la Unión Soviética se alcanzó el culmen del comunismo, ya estaba presente el embrión del capitalismo imperialista.

Crecía pacientemente, se fortalecía en silencio.

Dialéctica, en resumen.

Cabe recordar que en ese período la Guerra Fría dividía el mundo entre el bloque capitalista y el comunista.

Después de la muerte del camarada Stalin, el poder pasó gradualmente a manos de los líderes del Partido Comunista, ya no de los obreros y campesinos, como en tiempos del dictador, cuando incluso un comunista corrupto podía ser arrestado, encarcelado o ejecutado.

Ahora, en cambio, el poder se transmitía por herencia —y a menudo se consolidaba con matrimonios entre burócratas.

La élite soviética, al observar la vida lujosa de los multimillonarios occidentales, pensaba:

“Esos enanos tienen yates, islas privadas, harenes llenos de hermosas prostitutas. Y nosotros, a pesar de tener un poder infinitamente superior, consumimos poco más que un obrero cualificado soviético.

Queremos devorar todas las riquezas del mundo y sentarnos a la misma mesa con los Rockefeller y los Rothschild.”

Hablemos una vez más de las fuerzas que rigen nuestra existencia como seres humanos.

La primera, y más antigua, proviene del **sistema límbico**.

La segunda, desde el **neocórtex**, parte del sistema cognitivo del *Homo sapiens sapiens* social.

Del sistema límbico derivan nuestros instintos primordiales:

alimentarse, reproducirse, dominar.

El neocórtex, en cambio, impone frenos a tales impulsos a través de las reglas sociales.

Como ya se mencionó, en cada formación socioeconómica se esconde el algoritmo de su destrucción.

En la antigüedad lo intuyó Heráclito, y en la historia moderna lo desarrolló Hegel, sintetizado luego por Engels.

Todos comprendieron que la realidad no es algo estático e inmutable, sino que está en constante movimiento y transformación, guiada por la lucha entre opuestos, los cuales son, sin embargo, complementarios y necesarios, generando así la armonía del mundo.

En 1917, Lenin, Stalin y Trotsky tenían una idea marxista clara y radical: **realizar una revolución comunista mundial**, catalizada por la caída del Imperio Ruso.

Esta primera generación de comunistas anhelaba el dominio sobre todo el planeta. No se sentían atraídos por el dinero, la comodidad o los placeres.

Los animaba una única pasión ardiente: la que nace del neocórtex, sede de la visión estratégica y la ideología.

La segunda generación comunista, liderada por Khrushchev, ya se contentaba con gestionar la mitad del mundo.

Abolió el concepto de “dictadura del proletariado” de la Constitución soviética.

Poco a poco perdió el temor reverencial a la sombra de Stalin.

Comenzaron a revisar la teoría marxista y, mientras tanto, empezaron a comer bien, robar y acumular dinero para sus hijos.

La tercera generación, la de Brézhnev, se enriquecía sin freno alguno.

Actuaba bajo el dominio total del sistema límbico, guiada por instintos primarios.

Y la generación de Gorbachov ya estaba degradada, completamente sometida al sistema límbico.

Se habían convertido en monos, en la visión darwiniana de los instintos.

En el fondo, el materialismo dialéctico —basado en los conceptos de Heráclito y Hegel— se había confirmado con éxito:

Cada sistema lleva en sí el germen de su propia fin.

Así, la élite comunista decidió integrarse en la economía occidental.

En 1973, se abrió una sucursal del Chase Manhattan Bank en Moscú: un auténtico **Caballo de Troya** para la Unión Soviética.

Pero también muchos ciudadanos comunes no estaban satisfechos con lo que tenían. Querían consumir lo que veían en las películas de Hollywood.

En resumen...

La Guerra Fría se perdió vergonzosamente.

La situación se salió de control, superando cualquier previsión pesimista.

Llegaron:

- Desequilibrio político y económico
- Guerras y masacres
- Limpieza étnica
- Crisis humanitarias

Comenzó la primera fase del **capitalismo depredador**:

una acumulación salvaje de capital básico.

Toda la riqueza nacional fue privatizada por un grupo de ex dirigentes del Partido Comunista y sus herederos.

Los recursos fueron saqueados y el dinero transferido a empresas offshore, en lugar de ser reinvertido en el país.

La delincuencia organizada se abatió sobre todo el territorio de la antigua URSS. De todos los rincones del mundo llegaron los chacales, para robar el patrimonio soviético y corromper las instituciones.

Solo sobrevivían los más fuertes y despiadados:
la pura esencia del **darwinismo social**.

La élite ex soviética nunca fue invitada a la mesa de los Rockefeller y los Rothschild. En cambio, fue engañada y robada.

La riqueza acumulada por la Unión Soviética fluía hacia los bancos occidentales, fortaleciendo el dólar y el marco alemán.

Gorbachev, que hasta poco antes gobernaba medio mundo, se encontró presidente de un Estado que ya no existía:
con poco dinero en el bolsillo y dos o tres propiedades.

La Unión Soviética, que en su día fue grande y poderosa, se dividió en fragmentos, transformados en verdaderas **colonias anglosajonas y alemanas**, con parlamentos sin soberanía: simples administraciones coloniales.

Entonces, resumamos lo que se ha dicho en este capítulo.

Así como a principios del siglo XX, también en los últimos años, el pueblo ruso quería mejorar su vida cambiando las condiciones sociales.

¿Y qué logró hacer?

Nada.

Cien años de sacrificios, ¿y el resultado?

De donde partieron, allí regresaron.

A mandar es de nuevo un puñado de astutos y despiadados:

monos desenfrenados que viven según las leyes del sistema límbico, que se matan entre sí por el dominio.

¿Y el pueblo, como siempre?

Pobre. Miserable.

Descenso del espíritu

Uno de los aspectos más dramáticos de la condición humana es la inquietante conexión entre la estupidez y la imagen de uno mismo.

Es esa misma estupidez la que lleva al hombre común a rechazar todo lo que no encaja con las expectativas de su propio reflejo. Como personas comunes, por ejemplo, somos ciegos ante el conocimiento más profundo accesible al ser humano: la existencia del punto de encaje y el hecho de que puede desplazarse.

Estoy en la terraza del segundo piso del hospital pediátrico. Frente a mí se extiende el espléndido parque donde está ubicado el hospital. El aire es fresco y tiene ese inconfundible aroma primaveral. El verde intenso brilla en los árboles bajo el sol. ¡Un paisaje increíble!

Aunque hoy, la maravillosa naturaleza que contemplo no me da consuelo. Al contrario, me siento mal, muy mal. Me doy cuenta de que la desesperación y el dolor que invaden mi alma no tienen precedentes. Por primera vez en mi vida, la certeza del futuro se ha desvanecido. No sé cómo seguir adelante, qué haré hoy, mañana... Los pilares en los que me apoyaba, en los que creí ciegamente toda mi vida, se han derrumbado. Los lazos que sostenían mis rutinas diarias están rotos. La ansiedad me quema el pecho.

Ya soy adulto, he madurado. En teoría, debería estar en el punto más alto de mi vitalidad, pero no es así. La vida que conocía antes, tal como la recuerdo, era lineal y me dio cierta experiencia. Sin embargo, hoy mis conocimientos, mis teorías y mi experiencia práctica se sienten vacíos. Todo lo que ayer parecía claro, hoy ya no me convence.

Con una certeza abrumadora sé que crucé un umbral misterioso y que mi forma de vivir terminó para siempre. No hay regreso.

Hace tiempo, una fuerza inmensa tomó control de mi vida y comenzó a dirigir mi existencia con mano de hierro. Esa fuerza es fría, despiadada y completamente indiferente a mis responsabilidades familiares y sociales. Está destruyendo todo lo que construí. En los últimos años, mis negocios y asuntos personales han tropezado una y otra vez. Al enfrentar cada nueva desgracia, empecé a sentir en la boca un sabor amargo, metálico, como si hubiera comido virutas de hierro. Con el tiempo, me acostumbé a ese sabor.

Incluso hoy, mientras venía al hospital, se descompuso mi camioneta, recién comprada, con cero kilómetros. Tuve que continuar el trayecto en transporte público. En el hospital, en el área de cirugía oncológica, está internada mi hija, una bebé de diez meses. Mañana la operan. Tiene un tumor —gracias a Dios no es maligno, algo sencillo de tratar— pero mi esposa está aterrada.

Estoy en la terraza, miro al frente, pero no veo nada. La angustia me quema el pecho. De pronto, la realidad cotidiana se disuelve. Me golpean imágenes de lugares y personas desconocidas. ¿Qué es esto? ¿Mi pasado? ¿O tal vez no son recuerdos, sino visiones del futuro? ¿O sueños que tuve y no sé cuándo?

El parque frente a mí es igual, y al mismo tiempo, no lo es. Los árboles emanan una energía vibrante. Todo a mi alrededor parpadea en tonos blanco y ámbar. Estoy completamente conmovido...

Desde niño, algunas veces al mes, sentía que entraba en un estado de conciencia muy distinto al normal. No me gustaban esos extraños sueños despierto. Para ser sincero, me daba miedo que fuerzas incomprensibles y despiadadas rompieran la continuidad de mi vida y me arrancaran del mundo cotidiano.

Algo dentro de mí luchaba con fuerza por restaurar el equilibrio de la vida común.

Todo seguía un guion inmutable. Por ejemplo, a los doce años, tenía muchos problemas: saqué una calificación muy baja en la escuela y me esperaba un castigo en casa; el domingo pasado perdí una carrera contra alguien a quien siempre vencía, y para colmo, mi amiguita Natasha hoy hablaba feliz con Vladimir, pero no conmigo. Me sentía fatal, y eso me provocaba un estrés profundo.

Mientras caminaba por la calle, haciendo un sombrío inventario de mis problemas... ...de repente, como una tormenta de emociones, me invadieron. Una melancolía profunda se apoderó de mí. Estoy aquí, aunque no sé dónde está mi conciencia. La calle es la misma de siempre, pero no parece la que recorro todos los días para ir a la escuela. Los edificios, el suelo, vibran con una energía temblorosa.

Lo sé con terrible certeza: ya he visto esto. El pasado se mezcla con el futuro en un presente misterioso. Demasiado misterioso para aceptarlo. Como si el tiempo fuera una madeja, donde todo se entrelaza y se manifiesta —ahora y aquí.

Poco a poco, esa conciencia inusual se desvanece, dejando una huella. Un rastro que se pierde en el infinito y me deja una nostalgia abismal por algo muy íntimo, pero perdido — un anhelo por algo que no sé cómo describir. Como si hubiera estado en un paraíso magnífico, y luego lo hubiera abandonado.

Una vez le conté a mi madre algo sobre esas experiencias. Ella me dijo que eran tonterías, que los niños no deben prestar atención a lo que no es real, sino solo a lo que pueden imaginar.

Pasaron los años. A veces le preguntaba a un amigo cercano si él también había tenido sueños extraños estando despierto, pero ninguno lograba entender de qué hablaba.

Después me casé y entré al mundo adulto. Me volví ciego y sordo a todo lo que iba más allá: el trabajo, las bocas que alimentar, las cuentas por pagar. Me negué a aceptar todo lo que no encajaba en la esfera de la vida cotidiana, esa que llamamos “la realidad”.

Ciertamente, la Fuerza que me atrapó desde la infancia ya venía tocando a la puerta —a la Puerta de mi Existencia— durante todos estos años. Sin embargo, algo dentro

de mí me impedía prestarle atención. No lograba entender que elementos de una conciencia desconocida insistían en manifestarse en mi vida.

Hasta que, allí, en la terraza del hospital, la Fuerza derrumbó la puerta de mi falso refugio. Fue entonces cuando comprendí que tendría que adaptarme a una nueva forma de vida —o moriría muy pronto.

La muerte se estaba llevando a muchos de mis amigos. Cada vez que regresaba a casa, daba vueltas en secreto, revisaba y volvía a revisar si había alguna emboscada. Trasladé a mi esposa y a mi hija de la casa de mi suegra. En casa no abría la puerta a nadie, a menos que lo hubiéramos acordado previamente. Dormía con armas cerca. A veces me despertaba en medio de la noche por pesadillas, iba a la cocina, sacaba una botella de vodka del refrigerador y bebía directo, sin vaso.

Sentía constantemente la presencia de la muerte. Ella, como una nube, lo cubría todo y se me pegaba al cuerpo. Tenía ese olor nauseabundo y dulzón de la putrefacción. Sentía mi cuero cabelludo sucio, pegajoso y apestoso, incluso después de bañarme. La realidad se había convertido en una pesadilla.

Pero la Fuerza tenía otro plan para mí.

En esa época tenía un amigo llamado Garik Fridkin. Nuestra amistad nació en la secundaria. Garik era de estatura media, robusto y muy fuerte físicamente. Caminaba con cierta torpeza, lo que le daba un aire de osito de peluche. Su cabello rizado era rojo, con un mechón rubio claro en la nuca, al que él llamaba “el mechón de la pasión”.

Fridkin era judío, pero su piel y ojos no eran oscuros como los de muchos de sus compatriotas. Tenía la piel clara, como los irlandeses, y su rostro y antebrazos estaban cubiertos de pecas.

Éramos tres amigos: Garik, Dodik Reihman y yo. Dodik también era judío, pero —a diferencia de Garik— tenía la piel más oscura y un físico frágil. Después de la escuela seguimos viéndonos. Nuestras bodas fortalecieron la confianza entre nuestras parejas.

Poco después del nacimiento de su primer hijo, Dodik se fue con toda su familia a Israel y desapareció allá. No escribía ni llamaba, ni a mí ni a Garik.

Garik era extrovertido y divertido, pero nunca el alma de la fiesta. Tal vez porque solo hablaba de sí mismo. Cuando estábamos solos, me agotaba: sus monólogos me asfixiaban.

Desde la secundaria soñaba con ser cirujano. Pero no era fácil.

En la Unión Soviética, entrar a la facultad de medicina era extremadamente difícil: por cada lugar competían entre 15 y 20 aspirantes. Además, todos los ciudadanos tenían pasaportes internos, y en el campo número 5 se registraba la nacionalidad. En la URSS, un ruso, kazajo o chukchi tenía ventaja sobre un judío, debido a la fuerte emigración judía.

Aunque sus padres tenían cierta influencia social, Garik no logró entrar a la universidad tras terminar la secundaria. Comenzó a trabajar en el hospital, en el área

de emergencias.

Era tenaz: cada agosto intentaba presentar los exámenes, luchando contra el sistema como Don Quijote contra los molinos.

Al sexto intento, el sistema permitió al “pobre judío” ingresar, aunque no como cirujano, sino en la Facultad de Higiene y Sanidad.

En la universidad, Garik era líder del curso, coordinaba trabajos científicos y tomaba vodka con el decano.

La mayoría de sus compañeras eran mujeres, lo cual lo tenía muy contento. Pero, pensando en sus futuros hijos, se casó con una chica de la Facultad de Pediatría.

Después de graduarse, trabajó como epidemiólogo. A principios de los años 90 dejó la medicina para dedicarse a hacer dinero: vendía al extranjero material militar estratégico de la ex URSS. Las consecuencias no tardaron en llegar.

Un día, mientras caminaba hacia su casa, fue interceptado por dos tipos enormes, vestidos de civil.

—Disculpe, señor: ¿Usted es Gary Solomonovich Fridkin? —preguntó uno.

—Sí, soy yo —respondió Garik, tranquilo como siempre.

—¿Le molestaría si hablamos un momento?

—Claro que no, no me molestaría... incluso cuatro momentos —respondió con humor.

—Por favor, ¿puede subir al coche? —y uno abrió la puerta de un vehículo con vidrios polarizados que apareció de la nada.

Garik subió y... despertó en una habitación limpia y bien iluminada, sin puertas ni ventanas, con dolor de cabeza y náuseas.

Los hombres de civil lo visitaban, le llevaban vodka y lo interrogaban.

Garik bebía de vasos grandes, respondía, se desmayaba, despertaba... y el ciclo se repetía.

Una semana después lo dejaron en el mismo lugar donde lo habían secuestrado. Aunque estaba borracho y drogado, logró llegar a casa. Pero ya había entrado en el juego de la Seguridad Nacional, hasta el último día de su vida en la Madre Rusia.

Como dije antes, Garik era ambicioso desde joven. Asumía responsabilidades, organizaba eventos y escalaba posiciones.

Me confesó que había inventado un sistema para trabajar mucho sin esforzarse: asignaba tareas a los estudiantes, nombraba responsables y luego los supervisaba.

Era muy activo, pero no tenía la capacidad de profundizar ni de atender los detalles cotidianos.

Todo su tiempo, energía y pensamientos estaban absorbidos por las mujeres.

Ese estilo de vida y de trabajo funcionaba más o menos en tiempos del Sistema, pero después del colapso de la Unión Soviética, resultó ser un fracaso.

Garik se casó, tuvo hijos. Sus padres —su principal apoyo— se mudaron a Israel, y nuestro viejo médico quedó solo en la Jungla Primordial.

Se fue a vivir a la casa de su esposa, y convirtió la casa de sus padres en una oficina.

En ese período, sufrí todas las desgracias que ya mencioné. Y la muerte estaba tan cerca...

Como si no fuera suficiente, terminé en la cárcel —más precisamente, en prisión preventiva, esperando juicio.

La cárcel postsoviética me recibió con muros gruesos y guardias violentos, que desde el primer paso querían intimidarte y dejar claro quién mandaba.

La celda, diseñada para 24 personas, solía tener 2 o 3 más, que dormían en literas improvisadas.

Las chinches caminaban descaradamente por las paredes, molestando a los que dormían cerca.

Los piojos se movían por la ropa: las costuras de algunas prendas parecían vivas.

El ambiente era podrido y opresivo. La autocompasión entre los reclusos alcanzaba niveles monstruosos.

Hasta un simple rasguño, que afuera no habrías notado, ahí dentro se volvía un problema real.

Después de unas semanas, entendí cómo funcionaba todo. Aprendí a hablar con tono nasal —algo que entre los “duros de verdad” se considera genial—, a encorvar la espalda y a mover los dedos de cierta forma al hablar.

Los criminales conocían mis logros deportivos. A varios delincuentes famosos de la ciudad los conocía desde niño o los veía en el gimnasio.

El médico de la cárcel era buen amigo mío. En resumen, me adapté.

Tenía mis propios aliados y matones, y pasaba el tiempo como quería, mandando junto a un tipo tatuado de pies a cabeza.

Después de unos meses llegó el juicio. Me llevaron esposado. Cuando me quitaron los grilletes, salí libre, con mi familia, mis amigos y mi abogado, listos para celebrar. En la galera entendí algo: si te encarcelan por primera vez, fuiste un ingenuo; si te encierran una segunda vez, eres un tonto.

Volví a ganarme el pan y me asocié con Garik.

En esa época, mi amigo intentaba sacar provecho de todo lo que podía: abrió una agencia para reclutar chicas para ciertos trabajos en Alemania, organizaba cuadrillas de obreros para excavar oro en Siberia, y vendía alcohol de contrabando en nuestra ciudad, que traía en camiones desde San Petersburgo.

Su oficina —la antigua casa de sus padres— estaba llena desde la mañana hasta la noche.

Con un par de brandis encima, Fridkin me dijo con tono presumido:

—¿Sabes, Serguéi? Inventé una forma astuta de manejar muchos negocios al mismo tiempo...

“...?” Ya sabía desde hacía veinte años lo que iba a decir.

—En cada área pongo a mis mejores amigos como jefes de equipo, y yo solo los superviso. Es fácil, porque son mis leales.

“¿Qué ingenuo eres, Fridkin!”, pensé.

—Serguéi, ¿viste a mi nueva empleada de limpieza? —cambió de tema tras otro

trago.

“...Sí, la vi, pero nada especial”, me guardé mi opinión.

—Ayer llegué temprano y la vi inclinada, limpiando el piso de la cocina, ah, ah... sin notar que yo estaba ahí, ah, ah... —contaba su aventura con tono burlón.

—Entonces, sin decir nada... me le acerqué por detrás y bum, bum, bum... ¡ah! ¡Ah! ¡Ella ni entendía al principio qué pasaba...! ¡Y ahora es mi fan!

“...?!”

La ironía era que Garik pensaba que él era el DJ de la fiesta, el que manipulaba a todos. Pero en realidad, sus “leales” lo traicionaban y solo pensaban en sí mismos. Las mujeres, como tiburones, lo devoraban: pedían favores, dinero. Y sin embargo, el bendito exdoctor ni se preocupaba.

Su frase favorita en esa época era:

—Para alcanzar la santidad, hay que estar lleno de pecados.

Su esposa, Sara, trabajaba como pediatra en un instituto. Era una mujer tranquila y sensata.

Manejaba la familia con firmeza, como el alter ego de su esposo. Era práctica y con los pies en la tierra, lo opuesto a Garik, que soñaba despierto con riqueza y fama.

Como médica, Sara no solo practicaba la medicina convencional, sino que también incorporaba elementos de medicina alternativa.

Sus hijos crecían sanos y fuertes.

Además, practicaba remedios populares y tenía contacto con curanderas e incluso con brujas.

Con una de ellas hice amistad. Se llamaba Olga.

En esa época tenía unos cuarenta años. Era alta, como de 1.80, esbelta pero no flaca. Tenía la piel muy pálida y el cabello largo, rubio y ondulado.

Sus ojos eran maravillosos: grandes, brillantes, color turquesa-celeste, con una vida interior intensa.

También llamaban la atención sus manos: palmas delgadas y dedos largos, delicadamente formados.

Con Olga me sentía especialmente tranquilo.

Nuestras conversaciones fluían con pausas largas, en un ritmo sereno y agradable.

A veces decía algo tan profundo que todo mi cuerpo se estremecía, como si me atravesaran miles de agujas eléctricas.

Nadie como ella entendía que mi vida ya se había agotado, que mi tiempo se estaba acabando.

Un día fui a visitarla. Después de una breve charla, me dijo:

—Sabes, Serguéi, creo que necesitas leer algo de Carlos Castañeda. Te presto un libro suyo.

Se levantó, fue a la sala y trajo un volumen negro.

—Aquí hay dos libros: *El Don del Águila* y *El Fuego de las Profundidades* —dijo.

—Creo que te van a ayudar a superar tus dificultades y a acompañarte en tu camino.

Y así fue.

El Pinche Tiranito

Nada fortalece el espíritu de un guerrero como tener que lidiar con personas imposibles que ocupan puestos de poder. Solo al lograrlo, el guerrero alcanza la sobriedad y la serenidad necesarias para soportar la presión de lo desconocido.

Desde los siete años tuve un entrenador de natación: se llamaba Mijaíl Petrovich. Era de estatura media, atlético, fuerte. Tenía la piel rojiza y el cabello castaño claro. Desde la primera vez que lo vi, me intimidó de inmediato: a mis ojos parecía un gigante.

Se había plantado frente a la entrada del gimnasio para recibir a los padres con sus hijos, futuros alumnos. Llevaba bata y sandalias. Su rostro era severo y arrogante, parecía un actor interpretando al Duce, a quien se parecía bastante.

Durante los siguientes nueve años, Mijaíl Petrovich se convirtió en algo así como un segundo padre para mí. Tenía un hijo de mi misma edad, que entrenaba a mi lado todo ese tiempo. A veces, por costumbre, me llamaba por el nombre de su hijo. A pesar de eso, Petrovich siempre se comportó conmigo de forma extremadamente formal —como con todos los demás alumnos—, como si apenas me conociera. Voz metálica y fría, sin una sonrisa, sin una pizca de calidez humana en nueve años.

Mis padres eran de esos que iban a todas las competencias y tenían una relación cercana con los entrenadores del club deportivo. Creo que mi papá le dio carta blanca al entrenador para educarme.

Una vez, cuando tenía diez años, durante un retiro de verano, llegó un autobús al hotel donde nos hospedábamos para llevarnos de excursión. Todos los niños, como una manada de cochinos, se lanzaron sobre las puertas del vehículo para agarrar los mejores asientos, cerca de las ventanas.

Yo estaba en medio de ese ataque feroz, cuando de repente sentí un dolor agudo en la oreja. Una fuerza desconocida me había jalado y sacado de la manada. Era mi entrenador —educándome a su manera.

Esperó a que el dolor bajara, luego se inclinó hacia mí, nuestros rostros casi se tocaban. Me miró con una mirada durísima y me preguntó:

—¿Qué estás haciendo, pequeño imbécil? ¿Eh?

—Mírame —me amenazó—, si te vuelvo a ver comportándote así, te voy a hacer daño. ¿Entendido?

“¡Claro que sí!”, pensé. Ese tipo no estaba jugando. Me asustó de verdad.

Desde ese día, se instaló en mí un reflejo condicionado. Toda mi vida me he comportado de forma educada y civilizada en las paradas del trolebús, del tranvía... y demás.

Desde nuestro primer encuentro, le tuve miedo a Mijaíl Petrovich. Un miedo que duró todo el tiempo que lo frecuenté.

A todos nosotros, sus alumnos, nos enseñó a trabajar duro y sin descanso. Para despertar en los chicos el deseo de entrenar, el entrenador tenía que dar el ejemplo. Y el nuestro lo daba: siempre estaba presente, nunca se enfermaba. Siempre junto a la piscina, con su silbato y cronómetro, como si fuera parte del paisaje.

La natación es un deporte muy monótono. Consciente de eso, durante los retiros Mijaíl Petrovich a veces nos llevaba a la montaña, o a algún lago a pescar y hacer actividades tipo boy scouts.

Después de un accidente, dejé de entrenar por un par de años y perdí contacto con él. Un día me encontré con su hijo en la calle. Ya éramos adultos, y me contó que su padre, cerca de los cincuenta años, dejó su trabajo como entrenador y cambió de profesión: se fue a trabajar a una editorial como aprendiz de impresor.

Me sorprendió esa decisión tan radical: cambiar de vida por completo. Era un entrenador muy capaz, respetado en el medio. Y ganaba bien.

Mijaíl Petrovich vivía en una calle junto a un parque público, en una zona tranquila, con aire fresco. Habían pasado unos veinte años desde nuestro último encuentro. Mientras caminaba por esa calle, lo vi desde lejos. Mi exentrenador manipulaba la puerta de su coche, estacionado frente a su casa. Tenía aspecto de viejito, pero seguía siendo fuerte y ágil — uno de esos señores solícitos, con gorrito para cubrir la calvicie, siempre trasteando con coches o motos.

Me acerqué y lo saludé. Le expliqué quién era y le pregunté si se acordaba de mí. Él, con una sonrisa fija —más máscara que expresión real— miraba mi boca mientras hablaba. Tal vez se había quedado sordo y leía los labios. Tal vez no. ¿Pero cómo manejaba el coche si era sordo?

Asintió con la cabeza, pero no dejó de ocuparse del coche. Como si me hubiera visto ayer. No me preguntó: “¿Cómo estás? ¿A qué te dedicas?”

Parecía atontado, como si no entendiera quién era yo. Balbuceó algo, pero no logró decir ni una frase clara.

Desde mi altura, miré a ese Pequeño Señor Preocupado, que alguna vez me dio miedo.

Ahora me daba lástima. Me fui. Un poco aturdido.

Los Primeros Estudios

Tenía tres o cuatro años, esa edad maravillosa en la que el mundo entero es un misterio por explorar. Nuestra familia estaba reunida en la casa de mi abuela. Los adultos se sentaban alrededor de la mesa redonda y, como siempre después del almuerzo, hablaban de política. Yo, en cambio, jugaba con mi prima —dos años mayor que yo— sin prestar atención a lo que decían nuestros padres y abuelos.

En un momento, corriendo a toda velocidad cerca de la estantería pegada a la pared, escuché un tintineo. Me dio mucha curiosidad saber de dónde venía ese sonido. Cuando me detenía, ya no se oía; pero al correr o brincar cerca del mueble, volvía a sonar.

Concluí que la estantería producía ese sonido por las vibraciones que yo causaba. ¡Qué maravilla!

Era una librería típica de los años cincuenta: con patas demasiado altas, poco profunda, y apenas cabía una fila de libros por estante. Medía como dos metros de alto, y los libros estaban protegidos del polvo por puertas de vidrio corredizas. Toda la estructura, frágil y con un centro de gravedad muy alto, respondía a cada vibración del piso de madera con un delicado tintineo de los cristales.

Decidí estudiar el fenómeno más a fondo. Me aferré al costado del mueble y empecé a sacudirlo con fuerza. Y entonces, el sonido se intensificó. ¡Qué maravilla!

Como si el sonido viniera a través de una bufanda gruesa de lana, como si viniera de otro mundo, escuché las voces de mis padres y familiares diciéndome que me detuviera. No entendía por qué. Al contrario, seguí agitando la estantería con más fuerza.

Mi tío gritó:

—¡Alguien que se lleve a este chamaco tonto!

Mi papá me agarró por la cintura para separarme del mueble. Empecé a llorar y gritar como loco. Todo mi cuerpo temblaba, las lágrimas corrían, me retorció con todas mis fuerzas, pateaba y trataba de zafarme, pero claro, mi papá era más fuerte.

Mi mamá corrió, me tomó en brazos, me llevó a su cuarto y me calmó con dulzura.

El Dinero

Quien quiera emprender el camino de los guerreros debe liberarse de cualquier actitud compulsiva hacia la posesión y los bienes materiales.

Martin Eden nunca crecerá.

No quiere asumir responsabilidades ni tener un trabajo de hombre en la sociedad, como lo tiene tu padre y todos nuestros amigos...

Martin Eden, lo siento, nunca logrará ganar dinero de verdad.

Y este mundo está hecho de tal manera que el dinero es necesario para la felicidad.

Eran los años noventa del siglo XX.

De todos mis amigos, fui uno de los primeros en dedicarse a trabajos en el sector privado.

En aquella época, las instituciones fiscales soviéticas estaban en decadencia y funcionaban con poca eficacia.

Las estructuras de la nueva realidad socioeconómica aún no se habían formado.

Por otro lado, el mercado postsoviético estaba sediento de bienes de la industria ligera: ropa, calzado, etc.

Con esas condiciones, si tenías una mente ágil y audaz, podías montar un negocio muy rentable.

Y eso fue lo que hice.

Durante el primer mes de trabajo con una cooperativa, gané más que en un año de trabajo en el distrito sanitario.

Para evitar que mi dinero se pudriera bajo el colchón por culpa de la inflación galopante, llenaba mi mochila con billetes y me iba a las afueras de Rusia a comprar oro, o convertía los rublos en dólares estadounidenses.

Años atrás, antes de cambiar de oficio, después de una reunión en el lugar donde trabajaba, nosotros —viejos y jóvenes— discutíamos confidencialmente sobre temas existenciales.

Por ejemplo: ¿Qué son la felicidad y el bienestar?

Ese día me sentía particularmente satisfecho con mi existencia y confesé a los presentes:

—¡Estoy muy feliz! Para alcanzar el máximo, sería bueno tener 20 o 30 rublos mensuales más de salario, pero de todo lo demás —continué— estoy muy satisfecho.

¡Tonto, cómo me equivocaba!

Unos meses después, cuando la euforia provocada por tener un montón de dinero — que antes ni siquiera imaginaba— se desvaneció, llegaron cambios radicales en mi forma de percibir e interpretar la realidad.

Mi cognición y mi comportamiento en la sociedad se transformaron drásticamente.

Mis amigos más cercanos me decían:

—¡Sergej! ¡Te has convertido en un monstruo! Antes eras un doctor dulce y educado, pero ahora...

Además de la arrogancia —que había alcanzado dimensiones monumentales— empecé a sentir miedo de ser agredido y robado, a pesar de no haber vivido nunca nada parecido.

Comencé a recorrer la ciudad armado: bajo la axila izquierda, un arma de fuego; en la cadera derecha, un arma blanca.

En casa me entrenaba con pesas como Travis Bickle en *Taxi Driver* de Martin Scorsese.

Las armas, que me pesaban encima, me inducían pensamientos paranoicos.

Si antes podía caminar de noche por los barrios más peligrosos de mi ciudad, tranquilo y relajado... ahora no.

Mientras volvía a casa desde el estacionamiento vigilado, tarde en la noche, en la oscuridad, razonaba conmigo mismo sobre cómo enfrentaría a posibles ladrones: ¿Disparar a la pierna? ¿O directamente a la cabeza?

La suerte nos da a cada uno lo que tanto hemos deseado.

Y luego, solos, debemos enfrentar lo que nos ha tocado, con dignidad y sabiduría. O podemos convertirnos en esclavos morbosos de aquello que hemos evocado y recibido.

Jasha y Mitusha

En ninguna circunstancia lo que los seres humanos hacen puede ser más importante que el mundo.

Un guerrero, por lo tanto, considera el mundo un misterio infinito y las acciones de los hombres una locura infinita.

Tenía un amigo llamado Jasha.

Él pertenecía a esa raza de gente que Federico Fellini definió como *los vitelloni*, o como se les llama hoy: *los playboy*.

Jasha era de estatura media, tenía el pelo castaño, abundante, y los ojos color óxido-oliva.

Vestía ropa cara y de marca, pero la lucía con un estilo bohemio, porque ese ambiente le gustaba.

Era muy deportista: de niño practicaba lucha, y después de la secundaria se inscribió en la Facultad de Educación Física y Deportes.

Pero los estudios lo agotaban demasiado, así que los dejó. Poco después fue llamado a filas por dos años.

Conocí a Jasha en el gimnasio.

Acababa de ser desmilitarizado y trataba de reincorporarse a la vida civil.

Sin embargo, tenía una particularidad en su carácter: una de sus peculiaridades le impedía esforzarse demasiado.

Nuestro amigo era un epicúreo convencido y sincero.

Podría haber sido un campeón de culturismo —tenía el físico adecuado y también cierta pasión por el entrenamiento— pero... demasiados sacrificios.

¿Ir a trabajar? ¿En serio?

Me parece que Jasha trabajó como es debido solo unos pocos meses en toda su vida en la Madre Rusia.

Vivía en una zona muy “caliente” de la ciudad desde el punto de vista comercial, cerca de la estación central y un bazar enorme.

Jasha, junto con sus amigos del barrio, comerciaba en el mercado negro, y a veces no le importaba estafar a algún “pollo”.

Sin embargo, esforzarse diariamente, girando y arriesgando en la economía clandestina, iba en contra de su juicio:

Su alma buscaba placeres y beatitud.

Jasha era de nacionalidad judía y tenía parientes en Estados Unidos.

Su tía más cercana —para él, como una segunda madre— vivía en Nueva York, y nuestro libertino volaba allá a visitarla.

Nosotros, sus amigos, durante sus ausencias, especulábamos entre nosotros:

¿Volverá Jasha a la Patria esta vez o no?
“No”, decidíamos, “quizás no regrese”.

Pero él volvía. Me llamaba y me invitaba a su casa.
Iba a verlo. Nuestro “americano” me mostraba varios objetos estadounidenses:
electrodomésticos, álbumes de música...

Y me contaba sobre la vida allá, al otro lado del océano.
Yo lo escuchaba y soñaba con América, ese símbolo paradisíaco.

A pesar de su materialismo y su gusto por las cosas bellas, Jasha era un
inconformista.

Detestaba el régimen soviético, y tampoco tenía ilusiones sobre el occidental.
Era un anarquista, en resumen: participaba en el movimiento cultural *underground* de
nuestra ciudad.

A veces, nuestro nihilista, impulsado por los efectos inquietos de ciertas sustancias,
me llamaba por teléfono o venía a verme,
para descargar en alguien sus ideas existenciales y su visión del mundo.
Durante esas conversaciones, me sentía rudo y pesado en comparación con los
pensamientos agudos y nítidos de mi amigo epicúreo-subversivo.

Después de su última visita a Estados Unidos, Jasha regresó muy enfadado con los
afroamericanos.

En resumen, se volvió racista, debido a un robo que sufrió en el metro a manos de
una banda de negros.

Aclaro que su casa nunca había sido saqueada ni robada.
Bueno... tenía que ir a Estados Unidos a visitar a su tía...

Vivía con su madre, que en ese momento no tenía intención de emigrar a América.
Los años pasaban. Su hijo atravesó cuatro décadas de vida y se llevó a casa a vivir a
una jovencita, entonces menor de edad, llamada Julia.
Después de unos años, Julia cumplió la mayoría de edad y Jasha se casó con ella.

La mujercita era muy suelta y emancipada.
Por ejemplo, podías llamarle a su casa para concertar una cita con Jasha para ir a la
sauna.

Ella, a veces, levantaba el teléfono y respondía:

—¿Aló?

—Hola Julia —dije— ¿qué haces?

Pregunté por cortesía, aunque en realidad no me importaba en absoluto lo que ella
hiciera.

Solo quería hablar con mi amigo.

—Chúpame la polla —dijo la joven novia.

—Bueno... —no supe cómo reaccionar ante esos detalles de la vida privada de mis
amigos.

—¿Podés llamar a Jasha por teléfono?

—Sí, claro.

—Jasha, soy Serguéi.

—Hola Serguéi —saludó él.

—Hola Jasha. ¿Qué hacés? —pregunté como un tipo amable, pero un poco lento.

—Eh... Julia ya te lo dijo antes... lo que... hago... y así sucesivamente.

Julia no quería ver su futuro en la Patria.

También Jasha estaba hartado de la crisis politécnica que reinaba en Rusia en los años 90,

aunque siempre tuvo dinero de sobra para gastar.

En resumen, ambos lograron convencer a la madre de emigrar a Estados Unidos.

Y así lo hicieron.

Aproximadamente un año después de su partida, en plena madrugada, me despertó el teléfono.

Escuché una voz familiar con acento inglés-yídish: era Jasha.

Me habló de las maravillas que consumía, de Julia, que hacía carrera como gerente.

Era evidente que estaba orgulloso de ella.

También me contó que trabajaba en un centro de salud para pacientes con patologías congénitas y problemas mentales,

y que cada día viajaba en tren porque el lugar de trabajo quedaba lejos, etcétera, etcétera.

Después de su llamada, pensé para mis adentros:

¿Y entonces, Jasha? ¿Qué tonterías me estás contando?

Qué vida maravillosa, agradable y relajada habías tenido aquí en Rusia.

¿Y ahora qué carajo haces?

Limpias mierda y cambias pañales en un manicomio en la América merecida, donde te han metido en el rebaño consumista.

En la misma zona de la ciudad donde vivía Jasha, crecieron dos hermanos

Artamonov: Alexandr y el menor, Mitusha.

Alexandr tenía pasión por el culturismo y dirigía un gimnasio.

Lo conocí cuando, tras una lesión en el codo, ya no podía competir en halterofilia, y durante la rehabilitación frecuentaba a los culturistas.

Después de verme, Alexandr me tomó bajo su ala.

Me dijo que, en cinco meses, en nuestra capital regional habría un gran campeonato de culturismo

y que yo tenía muchas posibilidades de llegar a la final.

Aún no conocía a Mitusha.

Pero después de una competencia de *powerlifting* en nuestra ciudad —un deporte que empezaba a florecer en la Unión Soviética—

todo el ambiente de los levantadores de pesas empezó a hablar del hermano menor, porque Mitusha, con dieciocho años, batió un récord mundial.

A pesar de competir en la categoría de menos de 100 kg, su marca superó los

resultados de los atletas de peso pesado.

Mitusha medía un metro ochenta y cinco, era corpulento y macizo, pero no daba la impresión de ser un lanzador de peso: parecía un velocista o un jugador de voleibol.

Normalmente pesaba poco más de 90 kg, aunque competía en la categoría de 100.

Su rostro redondo, hermoso y sereno, solía estar iluminado por una sonrisa. Era ágil y se movía ligero como un gran felino en la cúspide de su vitalidad. Era un competidor nato, y tenía una fuerza bestial.

Una vez, después de estar más de un año sin entrenar y, por supuesto, sin tomar anabolizantes, sus amigos lo convencieron de participar en una competencia de levantamiento de potencia.

Ganó en su categoría, diciendo en broma:

“He sorprendido a todos, porque a pesar de ser el ganador, también estoy limpio en el control antidopaje.”

Había nacido así: fuerte.

Cuando Rusia se unió a la Federación Mundial de Lucha de Brazos (*pulso*), muchos luchadores, levantadores de pesas, etc., fueron a probar suerte en ese nuevo deporte.

También Mitusha decidió probar su fuerza.

Venció a todos en Rusia y, con la selección nacional, fue a Japón a participar en el Torneo Mundial.

Venció a todos sus oponentes y ganó el trofeo principal: **la Cintura de Oro**.

Pero... siempre tenemos este maldito “pero”.

Nuestro fenómeno tenía un defecto.

Cuando Mitusha tomaba un poco de vodka, olvidaba todo el mundo y desaparecía de casa.

Los tiempos maduraban.

Los dos hermanos se casaron con dos entrenadoras de gimnasia artística, amigas entre sí.

Mitusha se casó con la más hermosa, la más rubia y la más joven de las dos.

La esposa logró, de alguna manera, encarrilar a su marido, pero a veces él desaparecía y ella lo encontraba después de unos días.

Él juraba que esa era la última vez, que a partir de hoy llevaría una vida nueva y sobria.

La joven esposa era la única persona a la que nuestro atleta respetaba incluso en estado de embriaguez etílica.

En Moscú habían montado el **Teatro de la Fuerza**, donde los artistas eran atletas que mostraban al público algo extraordinario.

También contrataron a Mitusha para que actuara con ellos.

El Teatro tenía una gira por Estados Unidos, en las principales ciudades.

Los artistas-atletas debían reunirse en el Aeropuerto Internacional de Moscú,

Sheremétievo, en un día preciso y a una hora exacta.

También llegó Mitusha a Sheremétievo, con las maletas.

Como aún faltaban algunas horas para la salida, decidió dar una vuelta por el aeropuerto.

Mientras paseaba, se encontró con un lugareño.

Los dos fueron al bar a celebrar el encuentro...

Una semana después, Mitusha llamó a casa desde Moscú para pedirle a su esposa dinero para volver al nido.

Un amigo nuestro en común era comandante de la policía de tránsito.

Llamó a nuestro antiguo artista para que trabajara bajo su mando.

En su compañía había muchos atletas, la disciplina era de hierro y la vodka estaba prohibida.

Antes de ingresar a la policía, Mitusha tuvo que someterse a una entrevista con el general comandante regional.

Cuando el general le preguntó dónde quería servir a la Patria, el atleta, como buen soldado, respondió:

¡Donde se necesite!

Y... fue enviado a patrullar a pie por las calles de la ciudad.

El pueblo ruso llama a ese trabajo desgraciado: **“pulir las aceras.”**

Desde entonces, nuestro amigo el comandante empezó a llamarlo **“el idiota.”**

A veces me encontraba con el nuevo policía por las calles de nuestra ciudad, “lustrando”;

bromeaba a su costa, pero Mitusha tenía un carácter muy ligero.

Sonreía y no se ofendía por las observaciones sarcásticas.

Yo nunca bebí vodka con Mitusha.

Todas las anécdotas sobre él me las contaban su hermano Alexandr, Jasha o algún otro amigo en común.

Para mí, siempre había sido un chico simpático, con la cara abierta y solar, vestido elegante y bien planchado.

Mitusha no trabajó mucho tiempo en la policía y se fue a ser instructor deportivo en una fábrica.

Alexandr, al igual que Jasha y Julia, no veía con buenos ojos su futuro en la Madre Rusia.

Su esposa, entrenadora de gimnasia, recibió una invitación de Canadá para trabajar. En resumen, se mudaron allí.

Pocos meses después de mudarse a Canadá, Alexandr murió de cáncer.

Tenía treinta y cinco años.

En el mismo año de la muerte de su hermano, Mitusha, en un bar, mató —según los investigadores— a un policía de civil.

Lo mató a golpes y fue arrestado esa misma noche.

Tenía treinta y dos años.

El Sexo

La vida sexual requiere grandes costos energéticos, los cuales deben ser restituidos mediante la recapitulación.

Tenía 17 años. Asistía a los cursos de preparación para la universidad, en la Facultad de Medicina.

En mi clase, la mayoría eran chicas de mi edad.

Una de ellas, llamada Nellia, posó su mirada en mí.

En resumen, quedé atrapado en la red que había tendido para capturarme.

Nellia era alta, casi tanto como yo, corpulenta pero no gorda.

Tenía un busto hermoso y curvas seductoras.

Su rostro era redondo, con labios carnosos que adornaban una boca sensual.

Tenía ojos color cielo, una naricita recta, pequeña, bien modelada, y una melena rubio-paja, ondulada y cuidada.

En aquella época me jactaba entre los adolescentes como si fuera un experto en asuntos amorosos, aunque aún era virgen.

No era tímido, pero me faltaban las oportunidades y una chica disponible, sin prejuicios.

Ese año no practicaba deportes, por recomendación médica.

Por eso tenía una enorme cantidad de energía acumulada.

Estaba lleno de testosterona que parecía a punto de hacerme estallar.

Sentía una tensión constante, un deseo que no me daba tregua.

En junio me tomé un año sabático de la fábrica para prepararme bien para los exámenes.

Un día, Nellia respondió favorablemente a una de mis bromas audaces.

La acompañé a su casa e intercambiamos números de teléfono.

Nuestra relación avanzó a velocidad de vértigo.

Antes de darme cuenta, Nellia ya había sido presentada a mi madre, con quien conectó de inmediato.

Como su madre era profesora de literatura, mi nueva novia le propuso a la mía que yo fuera a su casa por las mañanas para estudiar.

Lo que no dijo fue que la casa estaría vacía hasta bien entrada la tarde.

Mi madre aceptó, y así quedó arreglada nuestra primera cita a solas.

Al día siguiente, temprano, toqué el timbre.

Nellia abrió la puerta con una camisola, medio dormida, pero me invitó a pasar.

Entré en un pasillo amplio, con puertas a los lados.

Ella se deslizó en una de las habitaciones, y yo la seguí.

Sin muchas palabras, se acostó en la cama, fingiendo querer dormir un poco más.

Su cuarto parecía más el tocador de una mujer adulta que la habitación de una estudiante.

Estaba lleno de muebles pequeños y objetos esparcidos por todas partes.

Decidí hacerle compañía. Me desnudé, aunque por alguna razón me dejé los calzoncillos y los calcetines.

Empezamos a jugar en la cama. Nellia me mostró su pecho, justo cuando alguien tocó insistentemente el timbre.

¡Qué fastidio!

—Escóndete debajo de la cama —me dijo, y fue a abrir.

Era su tía, que había olvidado algo.

Por suerte, no entró en la habitación y se fue rápido.

Yo ya estaba vestido e inquieto.

Mi primer intento había sido interrumpido, así que había que empezar de nuevo.

Las horas siguientes transcurrieron entre charlas.

Nellia temía que yo pensara que quería seducirme, que ella era la que impulsaba todo, y que eso dañara su reputación de chica honesta.

Yo la tranquilizaba, diciéndole que no se preocupara.

Me confesó que en el pasado había quedado embarazada y que temía volver a ser engañada.

Luego me llevó al baño, me indicó el jabón y la toalla, insistiendo en que debía lavarme bien.

Me entregó un preservativo y me explicó cómo proceder.

Tenía que esperar en la puerta de su habitación hasta que me llamara.

Solo en el pasillo, hice lo necesario.

Pero entonces llegó una vergüenza inesperada:

Mi cuerpo no respondía.

Pensé:

“Mierda, llegó el momento que soñé toda mi vida, por fin mis deseos serán satisfechos... y de repente esta decepción.”

Durante años había sentido una tensión constante, incluso llegué a sospechar que tenía satiriasis.

Y ahora, esto.

Cerca de la puerta, logré colocar el preservativo como pude y la llamé.

Ella respondió:

—Ven.

Entré. Nellia estaba tendida en la cama, completamente desnuda.

Hermosa.

Su cabello esparcido sobre la almohada, la piel blanca como la leche, los senos generosos, el cuerpo cuidado.

Todo en ella irradiaba sensualidad.

Mi carne se exaltó y me monté sobre ella.

Sin embargo, por dentro estaba seco, incómodo, doloroso.

Ella también me decía:

—Espera, espera... me duele... no así... hazlo despacio...

Cuando terminé, pensé:

¿Y entonces? ¿Esto es el sexo?

Bah... yo imaginaba que hacer el amor era otra cosa.

Me decepcioné.

Todas esas conversaciones con la gente me habían hecho creer que el sexo era un placer paradisíaco,

algo que todos desean más que cualquier otra cosa.

En realidad, resultó ser un asunto muy sobrevalorado.

Después de fumar algunos cigarrillos, seguimos divirtiéndonos.

Ella me propuso la posición 69.

Yo estaba abajo.

Nellia se sentó con su gran trasero sobre mi cara y empezó a estimularme.

Me estaba ahogando: me bloqueaba la nariz y la boca con su cuerpo.

Con ambas manos intenté apartarla, pero ella insistía en presionar su sexo contra mi boca.

No me gustaba la forma en que trataba mi pene: me dolía.

Pensé:

¿Lo está mordiendo como un perro con un hueso?

A pesar del dolor, eyaculé.

Pasamos unas horas más juntos: fumando cigarrillos, escuchando música.

De vez en cuando, Nellia me hacía sexo oral, evitando la penetración por miedo a quedar embarazada,

ya que no tenía más preservativos.

Por la noche, como de costumbre ese verano, me encontré con mis amigos.

Los chicos planeaban ir a la discoteca para ligar chicas.

Estaban emocionados, hablaban de sexo.

Yo, en cambio, estaba tranquilo, relajado.

Por primera vez en mi vida, esas conversaciones ya no me interesaban.

Génesis

Para atraer a los supuestos guerreros por el camino del Conocimiento, el Espíritu recurre al engaño.

Es casi imposible encontrar a alguien cuerdo que vaya allí voluntariamente.

Los candidatos ideales suelen ser personas satisfechas con su vida, reacias a cambiarla.

También yo, al final, fui empujado hacia la Libertad mediante subterfugios.

Desde pequeño, la brujería me ha fascinado.

No es que la practicara —no—, pero la palabra misma encendía en mí fantasías de fuerza y poder.

Al mismo tiempo, temía a las brujas por las pesadillas de la infancia. Me hacían sufrir.

Me despertaba en medio de la noche, atormentado por el dolor físico.

Tenía unos seis años.

Mi madre trabajaba en una fábrica no muy lejos de casa, hacía el turno de noche y volvía tarde.

Una noche, mientras aún estaba despierto, regresó asustada.

Le pregunté qué la había aterrorizado.

Me dijo: hombres borrachos.

Para mí era extraño tener miedo de los hombres —yo temía a las brujas que vuelan en la noche,

a las criaturas oscuras que atacan y te hacen daño.

Esas sí que eran aterradoras.

Los años pasaban, y estaba demasiado inmerso en las tareas cotidianas para pensar en algo que no tuviera que ver con la realidad tangible.

Pero el Espíritu tenía otros planes.

A los 15 años, por una lesión, se me desprendió la retina del ojo izquierdo.

Fui ingresado en un hospital oftalmológico, vendado e inmovilizado.

Entonces la cirugía no estaba avanzada, y se seguía una terapia conservadora: nada de movimiento, solo reposo absoluto.

Por primera vez en mi vida me vi obligado a detenerme, reflexionar, meditar.

Revalorizar los valores de la vida.

Después de un mes me trasladaron a otra ciudad, a lo que se consideraba el mejor hospital de la Unión Soviética.

Fui operado y de nuevo inmovilizado.

Empecé de nuevo: aprendí a caminar, a moverme.

Durante meses no pude leer ni levantar nada.

De hecho, estaba excluido de la sociedad.

A los 36 años, en la cárcel de investigación, por segunda vez me vi obligado a detenerme y hacer las paces con mi vida.

Allí dentro, todos enjaulados tenían más tiempo libre del que querían.

Una noche, los reincidentes contaban anécdotas sobre la vida penitenciaria.

Uno contó una historia que me encantó.

En una cárcel había un cobertizo-invernadero.

Un preso trabajaba allí: cultivaba hortalizas, pepinos y col rizada... pero también cannabis, que vendía.

Era un tipo astuto, un hechicero.

Había creado un amuleto, lo colgó sobre la entrada del cobertizo.

Cuando los guardias llegaban a revisar, no podían entrar.

Se detenían frente a la puerta, preguntaban si todo estaba bien, se daban la vuelta y se iban rápidamente.

La verdad salió a la luz solo después, cuando el campesino-brujo fue trasladado repentinamente a otra planta.

No sabía qué pensar.

Pero una cosa me quedó clara: **existen fuerzas desconocidas que juegan con nuestra vida.**

Tenía un amigo, se llamaba Tolik.

Un tipo extraño: bajo, obeso, deprimido.

Era alcohólico bajo tratamiento médico —la vodka sustituida por psicofármacos.

No trabajaba, pasaba los días entre los servicios sociales y sanitarios.

Tenía una familia: la esposa trabajaba como ingeniera en una fábrica, la hija asistía a la escuela primaria.

Además de los medicamentos, amaba los libros.

Tenía una biblioteca decente.

De vez en cuando me llamaba y me invitaba a su casa.

Sabía que quería un préstamo —en realidad, un regalo de 10 rublos.

Así iba.

Tanto, que el patrón, solícito, preparaba el café: lo tostaba y molía él.

Le ponía canela, clavo de olor y una pizca de sal.

Un aroma fuerte, inusual.

Un día llegué a su casa.

Estaba tumbado en el sofá y leyendo.

Gentil, disponible, pero no se levantaba.

Decía estar enfermo.

Su esposa estaba un poco avergonzada por su actitud.

Yo, callado, empecé a buscar en su biblioteca hasta que encontré un libro de tapa blanda:

El gran libro de la magia ritual – 11 lecciones de Donald Michael Kraig.

Agarré el volumen y le pregunté si podía tomarlo.

Tolik dijo que sí...

Y *El gran libro de la magia ritual* desapareció de su casa para siempre.

Al regresar a mi alojamiento, comencé a leerlo de inmediato.

El autor sabía lo que decía: era un mago auténtico, no uno que recicla textos ajenos.

Los conceptos mágicos me fascinaban y quería explorarlos a fondo.

Sin dudar, comencé a practicar todos los días:

el ritual del pentáculo para purificar el espacio mágico,

el estudio de la ciencia cabalística,

la meditación.

Después de unos meses, estaba inmerso en el estudio de la Cábala.

Busqué la Torá con traducción paralela del hebreo al ruso,

fui a la sinagoga para observar el contexto,

comencé a estudiar hebreo en una escuela nocturna para adultos.

Tuve suerte: desde mis primeros pasos conocí a Michael Laitman,

quien me guió hacia un enfoque moderno y pragmático del aprendizaje.

Para la persona común, la Torá es un libro de cuentos.

El antropólogo busca huellas culturales,

el historiador episodios del pasado,

el magistrado leyes antiguas.

Pero gracias a Laitman comprendí que la Torá no es un libro de historias, a pesar de las apariencias:

es un código que encierra los secretos del Universo.

Según la Cábala, existen los *vasos* (כלי), como recipientes espirituales,

y la *luz* (אור), energía que los llena —o, bajo ciertas condiciones, no los llena.

El tetragrama יהוה no es solo un nombre:

es una estructura con cuatro compartimentos, que la luz puede penetrar.

También Moisés (משה) no es solo un hombre,

sino el nombre de un Mundo, compuesto por dos partes femeninas:

la superior, Leah (לאה), y la inferior, Rachel (רחל).

Después de la caída de los ángeles, sus vasijas se rompieron en la Tierra.

El trabajo de los cabalistas —y de todo el pueblo israelí— es repararlas.

Los cabalistas lo hacen conscientemente, siguiendo un método.

El pueblo, en cambio, inconsciente, es impulsado por el Espíritu a través de fuerzas externas:

Faraón, Nabucodonosor... incluso Bogdan Khmelnytsky, responsable de los pogromos,

no es visto como malvado, sino como un instrumento para obligar al pueblo a la

reparación espiritual.

En este pensamiento, incluso Adolf Hitler —por atroz e inhumano que fuera— es interpretado como un instrumento ciego, utilizado por el Espíritu para corregir al pueblo.

La palabra *Cábala* proviene del verbo hebreo *le kabel* (לקבל), que significa “recibir”.

¿Recibir qué? Las emanaciones: la energía espiritual que aporta satisfacción y bienestar.

Pero antes de saborear el placer, los vasos (*kli*) deben ser reparados.

Solo después de la corrección global se alcanza el estado final de *Adán* (אדם): Adán y Eva después del ajuste.

Existen tres estados de Adán:

1. **Adán incompleto** – “Ambos estaban desnudos... y no se avergonzaban.” Inocencia primordial, antes de la caída.
2. **Adán en reparación** – El proceso doloroso para la gente común y la lucha consciente de los elegidos.
3. **Adán completo** – El estado final, donde se restaura la unidad con la luz.

El autor del libro de magia decía:

“Los rituales deben ocurrir en el silencio interior.”

Así que empecé a intentar interrumpir el diálogo mental.

Día tras día, mi punto de encaje comenzó a desplazarse.

Los tiempos eran maravillosos: la habilidad y el poder que dormían en mí se despertaron.

Cada día ampliaba mi conciencia.

El Espíritu me mimaba... o eso creía.

Ahora sé que me hacía tragar el anzuelo, cada vez más profundamente, hasta que me enganchó.

Definitivamente.

Desde niño, tenía visiones recurrentes.

A los 3 o 4 años, cuando cerraba los ojos antes de dormir, veía la Tierra:

primero desde una perspectiva aérea, luego desde una distancia sideral.

Las ciudades bulliciosas, los hombres como hormigas ocupadas, insignificantes.

Sentía la futilidad de sus acciones.

Con toda mi esencia, lo sabía.

Una vez se lo conté a mi madre.

Ella sonrió:

—Las personas hacen cosas importantes.

Pero yo, por primera vez en la vida, sabía que estaba equivocada.

Yo tenía razón.

Ese núcleo de disenso dentro de mí nunca se apagó.

Sentía el distanciamiento de las empresas humanas,

y sin embargo, nacía en mí un deseo feroz de sobresalir en todo lo que hacía: el deporte, la lectura, la escuela.

Le ponía pasión.

El contraste entre mi insubordinación cósmica y mi disciplina cotidiana me hacía... diferente.

Inexpresable.

Con toda mi búsqueda espiritual... no era en absoluto un buen chico.

La recapitulación me hizo ver con claridad:

Era un matón cínico con un carácter terrible.

Creo que fue la reacción al conflicto interior:

tenía que hacer cosas que no sentía como mías.

Mi maldad era una venganza contra toda la humanidad.

Odiaba a los adultos por lo que le habían hecho al mundo —y por lo que seguían haciendo.

El mundo, entonces, estaba al borde de la guerra nuclear.

Yo era un chico-disidente del '68, con todo lo que eso implicaba: furia, idealismo, desencanto.

No sabía que era un soñador de nacimiento.

Nadie me lo había dicho nunca.

Entraba en el sueño estando despierto con extrema facilidad:

bastaba con caminar por una calle metropolitana o sumergirme en la lectura.

No necesitaba estar con nadie, aunque tenía muchos amigos.

Cuando me enfermaba y me quedaba en casa, me sentía finalmente a gusto, en mi reino.

El momento en que mordí el anzuelo del Espíritu irrevocablemente... fue el umbral más allá del cual no hay vuelta atrás.

En mis manos apareció un libro: *El don del águila*, de Carlos Castañeda.

Me quedé conmocionado.

Sentí una afinidad extrema con el autor.

Era como si toda mi vida, hasta ese momento, hubiera sido el preludio de mi verdadera existencia, que estaba a punto de comenzar.

Gradualmente adquirí todos los textos disponibles del Nagual Carlos Castañeda y comencé a practicar *El Arte de Soñar* desde el primer umbral.

Para entrar en él, era necesario desarrollar la conciencia en el sueño: mantener la atención, no dejarla deslizarse caóticamente de una escena a otra, sino ejercer control, firmeza, presencia.

En los libros, la técnica básica más simple y poderosa era:

encontrar tus propias manos en el sueño.

Cada noche, antes de dormirme, me daba una orden:

“Debo encontrar las manos en el sueño.”

Después de unos días, empezaron a aparecer señales.

Durante los sueños ordinarios sentía tensión.

Una sensación vaga: tenía que hacer algo, pero no recordaba qué.

Una tarea que se me escapaba de la memoria, pero que me perseguía en lo más profundo.

Pasaron semanas.

Luego, una noche, vi mis manos —ambas, hinchadas, irreales.

Las miré fijamente.

Luego miré los objetos que me rodeaban.

Luego, de nuevo, las manos.

Repetí el ciclo.

Era agotador mantener la atención.

Pero resistía.

Gradualmente, todo se desvaneció.

Me desperté en medio de la noche, feliz como nunca antes.

A partir de esa noche, adquirí cierta habilidad para controlar durante el sueño.

Las manos se convirtieron en mi punto de anclaje.

Cuando la escena onírica comenzaba a disolverse, volvía a mirar las manos.

Y me quedaba ahí.

Un poco más.

Todavía bastante.

Un día, en las primeras horas de la tarde, me acomodé en el sofá con la intención de practicar el Arte de Soñar.

Cerré los ojos.

En la oscuridad, **ella** apareció de inmediato:

la entidad energética con forma de burbuja, familiar desde hacía meses.

Había empezado a manifestarse desde que empecé el entrenamiento consciente.

Siempre conmigo, invisible en el bullicio diario,

a veces emergía —raras veces— durante momentos de quietud.

A veces, mientras leía un libro, aparecía en mi campo de visión con insistencia.

En esas ocasiones, en la mente se encendían campanas o un zumbido incesante, como una aspiradora obstinada.

La burbuja se transformaba en un agujero negro, que me impedía leer — y al mismo tiempo me conectaba con algo... en el infinito.

Estos fenómenos duraban 10–20 minutos.

Ese día, me acosté en el sofá.

Cuando el diálogo interno se interrumpió, la burbuja comenzó a brillar y a lanzar sobre mí rayos fríos, amarillento-blanquecinos.

Inmóvil, con los párpados pesados, observaba en espera.

De repente, una fuerza sobrehumana me hizo rodar por el sofá.
Enseguida, estaba en otro lugar.

Me encontré en una zona agrícola abandonada, rodeada por un muro semiderruido de piedras grises.

Exploré el lugar: hierba alta, arbustos, árboles bajos.

De repente, una tormenta.

El viento me levantó y me llevó.

Cuando regresé, estaba de nuevo en el sofá.

Rígido.

Congelado.

Poco después me senté, conmocionado.

No muy lejos de casa, había una obra.

Un martillo pilón gigante de aire comprimido golpeaba el suelo:
golpes monótonos, fuertes, superpuestos al ruido urbano.

Esos sonidos eran un puente.

Una cuerda invisible que me impedía volar demasiado lejos.

Me llevaban de vuelta.

Me ayudaban a no olvidar.

La segunda vez fue diferente.

Estaba listo para observar con atención.

Me pareció que me caía del sofá.

Pero en realidad me había quedado acostado.

La fuerza me separaba.

Dividía cada célula en dos: una mitad se quedaba en el sofá, la otra era arrastrada.

Esa noche estaba con amigos en la sala.

De repente me sentí muy cansado.

Fui a la habitación.

Mis compañeros me respetaron, dejándome en paz.

Y yo... volví a estar en otro lugar.

Me acosté en la cama.

Una tremenda indiferencia me envolvió,
como si las voces de mis amigos llegaran desde otro mundo.

Cerré los ojos e inmediatamente apareció la burbuja energética, insistente,
reclamando toda mi atención.

Deslizándome en el sueño, expresé mi intención:

Quiero ir contigo.

En un instante, sentí que me caía de la cama.

Me encontré en una ciudad moderna, ordenada y limpia.

A mi izquierda: un centro comercial.

Los transeúntes eran pocos.

Estaba de muy buen humor —la ligereza invadía cada célula.

Una chica avanzaba hacia mí, vestida de blanco y negro.
Fingí abalanzarme sobre ella:
¡Huuurrrrr! ¡Ah ah ah!
Ella se asustó y saltó a un lado.
Pero ya me había aburrido.
Buscaba en otro lugar.
Buscaba el juego, el movimiento, el trastorno.
Como siempre, llegó la tormenta.
Un viento furioso me arrancó de ese mundo y me devolvió.
Volví con una sonrisa dichosa.
El ruido monótono de mis amigos era, una vez más, un puente entre mundos.
Una cuerda invisible.
Una vibración constante entre el sueño y la carne.

Así me ejercitaba, en los primeros años del *Arte de Soñar*.
Hasta que aprendí a moverme solo,
sin el apoyo de la energía proveniente del mundo inorgánico.
Un paso crucial en el *Conocimiento Tolteca*.

Según ese conocimiento, los guerreros se dividen en dos:

- **Los cazadores** – maestros de la emboscada, maestros de las relaciones.
- **Los soñadores** – viajeros de mundos, guardianes de la visión.

Yo era un soñador nato.
Pero el maestro de la emboscada... no.
Dolorosamente acepté que las relaciones humanas no eran mi fuerte.
No era astuto, ni dulce.
Estaba impaciente.
Era violento.
Mi única herramienta era la fuerza bruta.
Y cuando no era suficiente... me volvía incapaz.
Durante tres años, el Espíritu me concedió gracia.
Una nueva casa, el dinero para vivir y el aislamiento.
El tiempo para estudiar, para fortalecerme.
Comencé la recapitulación formal.
Escribí una lista de las personas que había conocido
y comencé a resumir a cada una.
En paralelo, completé mi *Álbum de Eventos Memorables* —
todas las historias de mi libro provienen de ahí.

Cada historia gira en torno a:

- Un principio del *Arte del Acecho*
- O un concepto falso heredado de la sociedad.

El efecto de la recapitulación no tardó en llegar.
Después de unos meses, empecé a sentirme más fuerte.
Más seguro.
Más entero.

No sé cómo procederá mi vida.
No sé si tendré la fuerza para afrontar la muerte como los guerreros del linaje del
Nagual Carlos Castañeda.
No sé...

Pero sé esto:

Era una criatura miserable.

Ahora soy un guerrero.

Feliz.

Fuerte.

Y si la muerte se acercara a mí en este instante,
sabría —con cada fibra— que he vivido por una buena razón.

No tengo nada de qué arrepentirme.

Bajo el Ala del Espíritu

*Ya me entregué al poder que guía mi destino.
No me aferro a nada, para no tener nada que defender.
No tengo pensamientos,
para poder ver.
No temo nada, para poder recordar.
Estoy desprendido y en paz, para poder volar libre más allá del Águila.*

El agosto tórrido está por terminar. Camino con paso firme hacia el suroeste. Los bosques se alternan con campos cultivados, las colinas se transforman en Alpes. De vez en cuando reviso la dirección con brújula y mapa. Los sentidos están agudos, nítidos; los pensamientos llegan de vez en cuando. La intuición, libre de la razón, decide dónde dormir o descansar. Encuentro comida y agua por instinto, sin pensarlo mucho: encuentro y ya.

Lo importante es seguir adelante, porque no hay vuelta atrás. Detrás está el Reino de la Muerte; delante, la Esperanza y la Vida. La Fuerza que rige mi destino me arrastra hacia lo desconocido como una corriente de energía, y yo camino. Cuando me canso, me detengo. Miro alrededor unos segundos, piso la hierba trazando círculos, extendiendo el saco de dormir, me acuesto y me tapo los oídos. Después de una hora me despierto, tomo un poco de agua, hago lo necesario y reanudo la marcha.

Hace casi cinco años, para sobrevivir, me vi obligado a cambiar de vida de golpe. Me mudé a otra casa. Encontré consuelo en el aislamiento. Tenía muchas preguntas, como las del príncipe Hamlet: ¿Ser o no ser?

Como era de esperarse, los primeros en responder a mis preguntas espirituales fueron los religiosos. Disparaban sus verdades del ser con solo parpadear. Después de unos años, ya estaba harto de la estrechez mental y los conceptos distorsionados de cristianos, testigos, budistas y otros similares, todos obsesionados con multiplicar seguidores.

Al entrar en el mundo de Carlos Castañeda, encontré una conexión real, una esperanza. Cuando leí sus libros por primera vez, me dije:

—Sí, es cierto. Yo también veo las cosas así, las siento así.
¡Sí, carajo! ¡Lo logramos!

Entendí que para avanzar tenía que acumular silencio interior.

De adolescente, mientras practicaba natación, también hacía entrenamiento psicológico para relajarme antes de las competencias. Había comprado un manual para atletas de alto rendimiento, y lo seguí con disciplina durante años. Lograba

relajarme en pocos segundos.

Pero calmarme no era suficiente. El silencio interior era otro campo de batalla. Para alcanzarlo, había que interrumpir el diálogo mental, dejar de pensar.

Empecé a practicar con ferocidad, con un propósito claro: conquistar el silencio interior. Probé varias posturas, sin adornos:

- Sentado cómodamente, con las piernas cruzadas y la espalda recta
- Acostado boca arriba en el sofá

Leía constantemente libros y manuales sobre meditación, pero no había manera: los pensamientos seguían zumbando.

Estaba más decidido que nunca. Entrenaba todos los días, pero por alguna razón misteriosa, a veces me olvidaba de meditar por dos o tres días. Algo dentro de mí sabotaba todo.

Cuando me acordaba, lo intentaba de nuevo con doble empeño. Quería detener el flujo.

Pero los pensamientos eran como un enjambre de abejas.

Entraba el dominante: “Tengo que llamar a Natasha”. Me levantaba de golpe, hacía la llamada. Nadie contestaba. Volvía a meditar.

Pero enseguida surgía otro pseudo-problema, otra tormenta mental.

Mi atención, contaminada, era arrastrada por un torbellino de imágenes y pensamientos.

Y el silencio interior seguía siendo un espejismo.

La Batalla del Silencio

Poco a poco, una fuerza arrogante y prepotente entró en mi conciencia y se instaló cómodamente. Despreciaba mis intentos por conquistar el silencio mental. La sentía como una nube negra, pegajosa y pesada, que me susurraba:

—Chavo, estás loco. ¿Leíste esos manuales de caricatura y crees que puedes dejar de pensar? ¡Ja, ja, ja! Qué ingenuo eres. ¿Sabías que los clásicos decían: “Pienso, luego existo”?

—Sí, es cierto —aprobaba mi mente.

Pero dentro de mí, una tercera fuerza, silenciosa y terca, me empujaba a intentarlo de todos modos, a detener ese río desbocado de pensamientos.

Pasaban los meses. Los años.

Ya iba por el tercer año de intentos desesperados: quería aferrarme aunque fuera a un segundo de silencio interior.

Una tarde cualquiera volví temprano a casa. Comí algo, me acosté en el sofá y comencé mi ritual: relajación profunda, desde los músculos faciales hasta los abdominales. Respiraba lento, con exhalaciones largas y vacías.

De repente, como una locomotora a 300 por hora, una fuerza inmensa me invadió. Me sacudió, me hizo saltar los circuitos, me catapultó a un estado mental gélido y oscuro. Todo se detuvo.

Me encontré en un silencio total.

Majestuoso.

El universo brillaba como un cielo negro salpicado de estrellas.

Reconocí de inmediato ese estado de conciencia.

Lo sabía todo.

No me preocupaba por nada.

Estaba inmerso en el Bienestar Universal.

¿Los pensamientos? Basura mezquina.

En ese Reino del Silencio Espacial, no había lugar para sus intrusiones.

Mi ser fue presa de un espanto antiguo.

Volví de golpe al mundo habitual, saltando de pie con lágrimas en los ojos, gritando:

—¡Lo logré! ¡Lo logré! ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias! ¡Carajo!

Me calmé poco después.

Y me di cuenta de que ese estado, ese silencio, me era más familiar de lo que pensaba.

Desde ese día, poco a poco, empecé a alargar cada vez más el tiempo sin pensar.

La Frontera

He llegado a la última frontera. Es agosto, el día está por terminar, el atardecer se acerca. El sol, la brújula y el mapa me revelan dónde estoy: a mis espaldas, los Alpes austriacos; a la izquierda, hacia el sureste, Eslovenia; a la derecha, hacia el suroeste, Italia.

Allá abajo, en el valle separado por el río, está Italia.

Ahora es vital que nadie me vea: ya he tenido malas experiencias. Los zorros y los lobos son incontables, son mis hermanos. Los verdaderos peligros son los *homo sapiens sapiens*, que denuncian por conveniencia; se dice que la policía austriaca da recompensas por capturar inmigrantes ilegales.

La zona está llena de policías, pero ellos se mueven en coche o en helicóptero. A menos que sea una misión especial, no se ensucian en el bosque ni se cansan en la montaña.

Antes de que caiga la noche, debo acercarme lo más posible a la frontera italiana, evitando por error desviarme hacia Eslovenia.

Cae la noche. Bajo de la montaña con extrema precaución. Salgo a un terreno plano. Está cultivado. Sí, es un viñedo.

Ceno uvas.

El sabor agridulce me llena la boca. Saco la botella de plástico de la mochila, la enjuago, bebo.

Luego urge liberar el intestino: con la dieta crudivegana, evacúo tres o cuatro veces al día.

En verano, la frontera vigilada solo se cruza en las horas más calurosas, alrededor de las dos de la tarde, o muy temprano por la mañana, cuando el sueño es profundo. Esos son los horarios ideales para los inmigrantes ilegales. La señora, en esos momentos, está menos atenta.

Intento bajar del viñedo en la oscuridad. Enseguida entiendo que es un riesgo: las piedras, sueltas bajo los pies, ruedan en avalancha, y la visibilidad es pésima.

Mejor regresar arriba. No se arriesga uno a ciegas.

Subo, me acomodo para pasar la noche allí. Apenas me acuesto, el sueño me atrapa.

Al amanecer, veo dónde poner el pie. Comienzo el descenso por la ladera casi vertical.

Me felicito a mí mismo: renunciar a la oscuridad me salvó. Pude haber muerto.

Finalmente llego al río que separa dos países.

La orilla opuesta es italiana.

Camino rápido por el agua, esquivando obstáculos, buscando el punto exacto para cruzar.

—Tal vez aquí —pienso, y me lanzo con pasos cautelosos.

De pronto, el fondo desaparece.

La corriente me arrastra.

Pero el cuerpo reacciona por sí solo, empieza a nadar.

En unos segundos estoy en la orilla italiana.

Camino con paso firme hacia el sur, alejándome de la frontera.

A la derecha, una casa aislada.

Desde el patio me ladra un perro enorme.

Sale un anciano: vivaz, curioso.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días —responde él.

Una euforia me hincha el pecho.

Estoy en Italia.

Me lo merezco.

Nos detenemos a intercambiar unas palabras.

Hablamos en alemán, con gestos amplios.

—¿Tú, muchacho, cruzaste la frontera clandestinamente? —pregunta.

—Sí —respondo—. Estuve en la guerra. Estuve en prisión. Me escapé.

—Yo también fui prisionero en Alemania —dice el anciano—. Ahí aprendí alemán.

Nos despedimos.

Camino ágil, no siento cansancio.

Las piernas tienen alas.

Pero después de unas horas, el corazón cambia de piel.

Como si hubiera entrado en otro mundo.

O en un sueño, con los ojos abiertos.

La euforia se desvanece.

En su lugar: indiferencia.

Fría, feroz, sin piedad por mí mismo.

Ya no me importa nada.

No me escondo.

Camino al borde de la carretera.

Una sensación de desapego total me da una seguridad tremenda.

Sigo adelante.

Después de unos kilómetros paso por debajo de un puente.

Lavo los pies.

Descanso a la sombra.

Luego retomo la marcha.

Cayó la noche. La carretera atraviesa un campo de maíz.

Me adentro unos metros, me acuesto y enseguida me duermo.

Recupero fuerzas físicas. Me despierto: todavía es de noche.

De vez en cuando, por la carretera, pasa un coche solitario.

Me levanto y reanudo la marcha hacia lo desconocido.

De la oscuridad surge, de pronto, una pequeña ciudad.

Ahí, en medio de la calle, hay un coche de policía.

Pero no me importa nada.

Ni siquiera ellos se fijan en mí. Como si no existiera.

La Fuerza que guía mi destino me empuja hacia adelante.

La cabeza está vacía.

Ningún problema.

Ni siquiera siento mis pasos.

Las ciudades fluyen como apariciones, como fantasmas.

Todo se vuelve surrealista.

Los problemas de ayer ya no importan.

Dentro de mí crece una certeza inmensa:

los miedos y los deseos son ilusiones.

Criaturas del universo llamado “No Ser”.

El mundo de las mentiras ha desaparecido.

Soy libre.

Finalmente libre.

Veo un pequeño parque, bancas, una fuente.

Me acuesto en una banca hasta el amanecer.

Algo dentro de mí decide:

La caminata ha terminado. Estamos listos.

La Fuerza me deja ir.

Me relajo.

Regreso al mundo cotidiano.

Me levanto y voy a buscar a alguien para pedir información.

La Fuerza me ha traído justo donde debía estar.

Ahora me habla por última vez:

—De ahora en adelante, tendrás que valerte por ti mismo.

Sin niñera.

Yo me voy.

Adiós.

Melodía Incompleta para Flauta

Nuestros semejantes son nigromantes, y cualquiera que esté con ellos, tarde o temprano lo será... Y si te quedas con ellos, tus pensamientos y tus acciones solo respetarán sus condiciones. Eso es esclavitud.

La libertad cuesta, pero su precio no es imposible de pagar.

No desperdicies tu tiempo ni tu poder teniendo miedo a la libertad.

Voy caminando por la calle y siento que todo mi cuerpo acaba de liberarse de un peso enorme. Un instante antes, mis hombros estaban oprimidos por una carga gigantesca, pero ahora ha desaparecido. La espalda, de repente, se endereza. El pecho se mueve sin dificultad, respiro a pleno pulmón. La alegría y el alivio se apoderan de mí. Camino ligero, como flotando, no percibo mis pasos. Sin duda, miro hacia un futuro brillante. Acabo de terminar con mi —finalmente— exesposa. Soy libre.

En mi país, en aquella época, reinaban la Perestroika, la Glasnost y Gorbachov. Quizás Mijaíl Gorbachov era la fuerza menor de los tres. Sin embargo, lo que hizo —aunque fuera a regañadientes— lo convirtió casi en un símbolo de los cambios geopolíticos del planeta. Todo el pueblo soviético respiraba el aire fresco de la libertad. En el distrito sanitario donde trabajaba, el día comenzaba con preguntas entre colegas: “¿Viste lo de ayer en la tele?”, “¿Leíste ese artículo?” y así sucesivamente. Las revistas literarias publicaban novelas y cuentos que antes estaban censurados y ahora salían a la luz. Leíamos *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn, *Cuentos de Kolyma* de Varlam Shalamov, *El Doctor Zhivago* de Pasternak...

No solo hervía la vida político-social, también las vidas privadas de los ciudadanos comunes parecían levitar. En el departamento donde trabajaba, solo uno de nosotros tenía una vida más o menos tranquila con su esposa; los demás ya estaban divorciados o en proceso. Cuando vi a la esposa de uno de mis compañeros —que ya estaba harto del matrimonio— me sorprendió lo parecida que era a la mía. Ambas parecían deprimidas, con aspecto descuidado. Sus ojos gritaban un deseo furioso de quejarse con cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar sus lamentos sobre el “marido malo y desgraciado”. Era evidente que mi colega se avergonzaba de salir con su “azucarada”.

En plena Perestroika, en las grandes pantallas de cine y con una promoción estruendosa, proyectaron una película del cineasta soviético Eldar Ryazanov. La película sacudió a la sociedad: por primera vez en setenta años, a plena luz del día, en la gran pantalla se burlaban abiertamente del Partido Comunista. Al público le encantó. Muchas frases fueron capturadas al vuelo y terminaron en el lenguaje

cotidiano ruso. Por alguna razón misteriosa, yo recordaba esa película como *Melodía incompleta para flauta*. A veces, al repensarlo, la llamaba para mis adentros *Melodía Incompleta...*

Veinte años después me sorprendí al descubrir que me había equivocado de título: se llamaba *Melodía olvidada para flauta*. Pero tal vez no me equivocaba. Esa melodía triste no fue olvidada en absoluto: sonaba en el alma atormentada del desesperado Leonid Semenovich. Esa melodía está incompleta, porque su autor murió demasiado pronto.

Leonid Semenovich vivió en una época tranquila y estable. La película estaba ambientada en la década de 1970, en Moscú. Tenía unos cuarenta años, estatura media, cuerpo delgado. Su rostro era común, nada llamativo. Trabajaba en el Ministerio de Cultura, en la Dirección General de Ocio y Tiempo Libre, donde dirigía una sección. No lo hacía por vocación, sino porque tenía que trabajar en algún lugar. Ascendió en la escala profesional no por ambición, sino porque su suegro era el gran jefe del mismo Ministerio.

La sección de Leonid Semenovich coordinaba exhibiciones de coros folclóricos en la URSS. Pero la gestión casi nunca funcionaba. Las situaciones se salían de control y se desarrollaban según lógicas naturales, incontrolables. Reuniones interminables no resolvían nada. Sus empleados no eran capaces de enfrentar los problemas de las giras, como el del coro de Tambov: una cincuentena de mujeres desaparecidas en medio de la nada.

Nuestro protagonista vivía en un departamento de lujo en Moscú. Su esposa, hija del gran jefe, era una mujer silenciosa, de aspecto poco atractivo y edad incierta — parecía una joven envejecida, sumida en un luto interior permanente. Pasaba los días en su oficina en casa, rodeada de papeles burocráticos. La atmósfera en la casa de Leonid Semenovich era pesada, deprimente, estática. Un hábitat sin vida.

¿Es feliz él? ¿Él, que posee bienes materiales por los que millones de conciudadanos se consumen de envidia? No. Mil veces no. Leonid Semenovich no es feliz. Cada noche regresa a casa cansado, saluda a su esposa triste y se refugia en el aislamiento. Abre el armario, saca con cuidado un estuche, lo abre y, con amor en los ojos, saca la flauta. La contempla, la acaricia con la mirada. Luego empieza a tocar.

La melodía que sale de ella te llega al alma. Es pura soledad, desesperación líquida. Al terminar, guarda el instrumento con cuidado. Lo conserva hasta la noche siguiente.

A la mañana siguiente, Leonid Semenovich toma el coche y va al trabajo. Preside reuniones vacías, impulsa intentos miserables de reunir al coro de Tambov —ahora disperso en el desierto asiático de Tayikistán. Por la noche regresa a casa, saluda a su esposa deprimida, se aísla y toca su angustia.

Así vive. Así existirá. Hoy. Mañana. Los días pasan, las semanas se van, los años se disuelven... Una monotonía asesina, absurda, sin sentido.

Leonid Semenovich debe morir. Su vida no le sirve a nadie. Se repite infinitamente, gira sobre sí misma como una espiral agotada. Sus jugos vitales se derraman en vano.

Durante una reunión, Leonid Semenovich sufrió un paro cardíaco. Pero, en algún lugar allá arriba, en la inmensidad celeste, escucharon su flauta —y la pieza quedó incompleta. Así, el corazón del muerto volvió a latir. Se le concedió otra oportunidad para terminar lo que debía ser terminado.

Después del hospital, Leonid Semenovich regresó a casa para su rehabilitación. Para aplicarle las inyecciones venía una enfermera del policlínico del ministerio. Se llamaba Lida. Era hermosa, vivaz, alegre. A su alrededor todo vibraba: transmitía energía, esperanza. Había llegado a Moscú desde la periferia rusa en busca de fortuna, decidida a aprovechar las oportunidades que la capital pudiera ofrecer.

Está de más decir que nuestro enfermo se enamoró perdidamente de la joven rubia.

El romance “inmoral” fue descubierto y no tardó en hacerse público. Sus amigos le aconsejaron “hacer las cosas bien” —es decir, de la forma más hipócrita posible. El suegro lanzó rayos. La esposa armó escándalos. Los colegas disfrutaron: era un platillo exquisito, lo devoraban con gusto, chupaban hasta el último huesito.

Cerrando puertas tras de sí, el héroe de esta historia inmoral se fue a vivir con Lida a un pequeño departamento con cocina compartida, en los suburbios moscovitas. Le confiscaron el coche, así que ahora se movía en autobuses y metro. La vida latía como una fuente poderosa. Había problemas que resolver, y no se podía esperar. Respirando a pleno pulmón, con garra, Leonid Semenovich vivía y luchaba.

Pero... nosotros, la gente común, siempre tenemos ese maldito “pero”.

El departamento compartido empezó a irritar al burócrata acostumbrado a la comodidad. El suegro, gran jefe, suavizó su postura e inició negociaciones. La esposa tiró los lentes inútiles, se maquilló —sorprendentemente bien—, se puso ropa decente y se transformó en una mujer elegante y atractiva.

Sí, la libertad cuesta. Los amigos, el suegro, la esposa, la opinión pública susurraban seductoramente: “Vuelve a casa, vuelve...”

La libertad, brillante y emocionante, asustó a nuestro héroe: le resultaba incómoda. “Mejor rendirse”, decidió el amoroso aventurero. Tiró la toalla y regresó a su dulce prisión.

Como cada noche, Leonid Semenovich tocó la flauta. En la soledad, empezó a sentir una fuerza gélida que le apretaba el alma. Vio con claridad: estaba en el Valle de la Sombra. La Vida lo abandonaba, lo conducía hacia la Muerte. Sintió el final cerca e intentó un último gesto para liberarse. Ma...

Desde algún lugar allá arriba, en la inmensidad celeste, vieron que ese ser humano había desperdiciado la oportunidad —única en la vida— de romper sus cadenas y convertirse en un hombre libre.

Los observadores celestiales desviaron la mirada.

En la Tierra hay miles de millones de almas atrapadas en sus propios infiernos mezquinos:

hacer de niñera de cada náufrago de su estupidez... no vale la pena.

La Voz de la Luna

Un guerrero nunca está sitiado.

Para sufrir un asedio hay que poseer algo.

Un guerrero no posee nada más que su impecabilidad, y esta no puede ser una amenaza.

Tenía diez años cuando, en las grandes pantallas de mi país, proyectaron la película de Akira Kurosawa y Seiichirô Uchikawa: *Sanshiro Sugata (Judo Saga)*. Me enamoré de la película desde el primer momento.

En esa época me jactaba de ser un gran cinéfilo. Mi madre, casi todos los fines de semana, me llevaba al cine, porque era una apasionada del arte cinematográfico. A veces lográbamos ver dos películas en un solo domingo.

Al crecer, iba al cine con amigos o solo. De vez en cuando me escapaba de clases para ver algún estreno, ya que cerca de la escuela, en el parque, había un cine moderno de primera proyección, donde cambiaban la película cada martes.

Las chicas de mi clase contaban que los martes por la mañana, en la primera lección, la profesora de geografía, sin mirar a los alumnos, tomaba la lista y marcaba a los ausentes diciendo:

—Esta mañana en nuestro cine favorito cambiaron la proyección. A esta hora podríamos estar viendo a Jean-Paul Belmondo en su nueva película. Pero... ausentes: Davidov, Fridkin y compañía —seguro ya están disfrutando del espectáculo antes que nosotros.

La profesora levantaba la mirada triunfante hacia la clase: la vieja zorra tenía razón. Como sospechaba, los que estaban en la lista no estaban en el aula.

En su película, Kurosawa narraba las hazañas heroicas de uno de los fundadores del judo, Sugata Sanshiro. Me fascinaban los combates sin armas, donde se fracturaban huesos y, a veces, los contendientes morían.

Por primera vez en mis diez años de vida, conocí el concepto de luchar por puro Espíritu. No por dinero, ni por poder, ni siquiera por fama, sino por la belleza y la sofisticación del Espíritu.

Me atraían profundamente los conceptos bélicos orientales, quizá porque no tenían nada que ver con el mundo de las tareas cotidianas.

¿Qué veía yo a mi alrededor? Deseos miserables, vidas mezquinas y sin brillo.

Una vez, Sugata Sanshiro —aún aprendiz de un gran y temible maestro de judo— fue insultado y desafiado por unos hombres de la multitud urbana. El judoca, irritado, se desató: masacró a los burlones y, solo, dispersó a la multitud.

El maestro, en cambio, desaprobó ese comportamiento infame del alumno.

Nuestro héroe, lleno de ambiciones en su cabeza caliente, se lanzó al estanque cubierto de nenúfares junto a la casa de San Sei. El agua helada enfrió al discípulo rebelde, pero él decidió que era mejor morir que cambiar de opinión.

Durmió en el agua, aferrado a un tronco que emergía de la superficie.

La muerte no lo tocó. Se alejó para dar paso al Espíritu, que descendió sobre el aprendiz y lo inició. El judoca iluminado comprendió algo trascendental, y con lágrimas en los ojos se arrodilló ante el maestro.

Acepté sin dificultad las ideas del cineasta japonés. Las acepté como si ya las conociera, pero las hubiera olvidado años atrás y ahora las estuviera recordando.

Me impactó profundamente la última batalla de la película. Quizá no fue el combate lo que me impresionó, sino el oponente de Sugata.

Ese hijo del Sol Naciente estaba fuera de cualquier estándar que yo hubiera concebido hasta entonces. Vivía en una montaña nevada, helada y rocosa, donde reinaba el viento violento. Iba descalzo y solo vestía un kimono ligero, que obviamente no lo protegía del clima gélido.

Aullaba como un ser apenas humano. Su rostro era blanco, sus ojos, desquiciados.

Era un guerrero de karate: sus manos eran como sables.

El hermano de ese karateka era un villano, y Sugata lo derrotó. Antes de morir, el villano se transformó en un hombre bueno, generoso y terminalmente enfermo. Era evidente que el judoca debía enfrentarse a su hermano.

Antes de morir, el guerrero le regaló a Sanshiro un pergamino con las escrituras de las técnicas de karate, convencido de que el karate era superior al judo.

En el último encuentro de la película, en la montaña, el karate desafió al judo.

La locura contra la sobriedad.

Las manos-sable cortaban el tronco del árbol como si fuera mantequilla, detrás del cual se había refugiado el judoca.

Estaban todos los elementos de un combate impresionante: saltos, proyecciones y la victoria del Bien.

La obra del director japonés confirmó mis intuiciones: no todo se puede comprar o vender.

Hay cosas que están más allá de las tareas cotidianas.

El concepto de vivir para el Espíritu, para lo abstracto —la belleza pura y sublime— sin esperar recompensas materiales, me fascinó para siempre.

Como un soplo, las décadas se fueron volando.

La saga heroica del guerrero que viaja hacia la libertad fue encarnada en la película de los hermanos Wachowski: *Matrix*.

El protagonista, Thomas Anderson, es joven, guapo y adinerado.

Trabaja en una empresa de informática de prestigio y gana dinero extra haciendo

hacking.

Si razonamos pragmáticamente, según las prioridades de Nuestro Mundo, el señor Anderson está bien: paga sus impuestos y “ayuda a las ancianas a tirar la basura”.

Su vida está bien organizada y no debería preocuparse por nada, pero...

Nuestro hacker tiene otro nombre: Neo. Y tiene una obsesión en la cabeza.

Una pregunta:

¿Qué es Matrix?

Buscando la respuesta, Neo lucha.

Poco a poco se da cuenta de que nuestra realidad es simplemente un programa —un espejismo que puede desvanecerse con un parpadeo.

Profundizando más, descubre que los seres humanos no somos lo que creemos ser. En realidad, somos pobres ciegos esclavos, explotados despiadadamente por otras entidades que se alimentan de nuestra energía.

Neo revela que estas Entidades Depredadoras, para explotarnos al máximo, colocan ante nuestros sentidos una realidad artificial: Matrix, donde debemos nacer, producir y morir.

¿En qué sentido “producir”?

En el sentido de que debemos funcionar de manera nerviosa y frenética, para generar la energía que alimenta a nuestros esclavistas.

Luchando, en un momento dado, Neo se pregunta:

—¿Por qué tengo que huir siempre? Tal vez sea mejor detenerse y enfrentar a esos seres que transmiten poder y miedo.

Puede que no sean tan poderosos.

¿Y si nuestros miedos fueran imaginarios, en lugar de reales?

Y así sea: Neo se detiene.

Los guardianes del Sistema pierden la batalla.

Los amos de Matrix, con sus centinelas-esbirros, querrían mantener a la humanidad en un estado mórbido de autocompasión, mezquindad e ignorancia sobre nuestras capacidades mágicas.

Nosotros, deslumbrados por Matrix, no tenemos la sobriedad ni el coraje para descubrir lo que realmente somos: criaturas potentes, vastas y misteriosas, capaces de desafiar cualquier imaginación, por más loca que sea.

Millones de galaxias y cientos de millones de estrellas.

Un puntito que vaga por el espacio.

Somos nosotros, perdidos para siempre.

El policía, tú, yo... ¿Quién se da cuenta?

—*Vicente*

Las mejores películas, a veces, logran mostrar —de manera convincente— la transformación de un cobarde patético, un “gallina”, en un guerrero.

Como en la obra maestra de Michael Mann: *Colateral*.

Nuestro héroe, Max, es taxista.

Es un hombre de color, explotado sin escrúpulos por su jefe.

Max no tiene el valor de contradecirlo.

No tiene el coraje para invitar a salir a una mujer guapa que claramente le guiña el ojo.

Su madre no lo considera un adulto y lo trata con indiferencia.

Y Max, el pobre, se hace películas mentales mirando la foto de una isla tropical.

Va por ahí contando mentiras: dice que es dueño de una agencia de limusinas.

Pero en una noche muy especial, el Espíritu se manifiesta.

Le pone enfrente un engaño, un subterfugio: o lo enfrenta como un guerrero, o muere.

En el taxi sube un asesino a sueldo llamado Vincent. Ojos gélidos, cabello color platino.

Vincent es puro y extremadamente refinado.

Para él no importa lo que se haga en la vida.

Solo importa cómo se hace: perfecto y eficaz.

Esa noche, Vincent debe matar a cinco personas.

Es su trabajo.

La sexta debería ser el taxista.

Max sabe que está condenado.

Pero la muerte cercana aconseja bien.

En esas circunstancias, es la única fuerza impulsora.

El taxista se ve obligado a seguir sus consejos.

Durante la noche, se transforma progresivamente: se convierte en un guerrero perfecto.

Max sobrevive.

Vincent, en cambio, se va.

Porque si vives por la espada, por la espada mueres.

La Muerte es dulce con los guerreros.

Vincent no sufre.

Se duerme.

Sentado en el vagón del metro, mientras habla con Max.

En la película *La máscara de hierro* de Randall Wallace, el viejo mosquetero con problemas renales llamado Porthos, interpretado por Gérard Depardieu, está atrapado

en una trampa frente a una multitud de enemigos.

Él exclama, desenvainando la espada:

—¡Mejor morir en batalla que en tu propia orina!

Morir en la batalla no duele.

No se siente dolor, sino alegría y éxtasis.

Duele morir en el hospital, en la sala de enfermos terminales.

La voz de la luna dice:

Guai a entender. Solo debes escuchar.

Eran los primeros años ochenta. En mi ciudad proyectaron la película de Federico Fellini *Amarcord*. El cine de segunda visión estaba ubicado en el centro histórico cívico.

Normalmente, la taquilla abría un cuarto de hora antes de la primera función, alrededor de las 9:15, y cerraba a las 21:00.

Mientras caminaba por la mañana hacia la universidad, alrededor de las 7:45, veía una fila de personas formándose frente a la entrada del cine.

Al volver a casa, observaba una serpiente gigantesca de gente, una veta que se había convertido en filón.

Un mes duró la proyección de la película italiana.

Un mes de colas sin precedentes.

Un mes de discusiones y observaciones entre la gente.

La opinión pública decía:

—No se entiende nada.

No fui a verla, quizá porque a mis amigos no les gustó esa obra cinematográfica. Ni siquiera quería perder el tiempo haciendo fila en la taquilla.

Pero a veces pensaba para mis adentros:

—Va' be'. Si la película no le gusta a nadie, ¿por qué no se detiene esa corriente diaria?

Para un italiano, Federico Fellini es un artista habitual, como si fuera parte de la familia.

Todos están acostumbrados a verlo en la televisión (murió hace poco), a escuchar sus entrevistas.

Y quizá nosotros —hombres y mujeres— no somos capaces de apreciar verdaderamente lo bueno que tenemos, porque “nadie es profeta en su propia tierra”.

Tengo una amiga. El arte cinematográfico es su trabajo y su pasión.

Según ella, el cine de Hollywood es superior al europeo o asiático.

Tal vez evalúa la situación a favor de los estadounidenses porque a muchas mujeres italianas les atraen los Estados Unidos.

Probablemente porque, en 1943, el ejército norteamericano llegó a Italia no solo con Coca-Cola y dólares verdes, sino también con miles de rollos de película, donde la mujer tenía una imagen libre, fuerte y autosuficiente.

En cambio, la mujer italiana, entonces patriarcal, estaba sofocada: se cubría el cabello con velo y no tenía derecho a votar (ni hablemos de divorcio o interrupción del embarazo).

Pero volvamos al genio de Fellini.

Su arte no se puede comprender del todo con la mente, ni con el corazón.

Sus obras superan los sentidos que podemos nombrar.

Los frutos de su creatividad viven como parte del patrimonio del cine mundial.

Con todo el respeto por Hitchcock, Bergman, Kieslowski y otros, no se puede mezclar a Federico Fellini con ellos.

Él es inalcanzable.

En mi opinión, Fellini es el artista más grande del siglo XX.

¿Por qué?

Porque sus películas, usando el lenguaje de nuestra realidad, hablan de algo que va más allá de nuestra sintaxis.

Narran cosas casi imperceptibles, pero siempre presentes en nuestra conciencia — como una nostalgia, como un deseo de algo que está fuera de este mundo.

Por ejemplo, en un episodio de *La voz de la luna*, el héroe interpretado por Roberto Benigni regresa a la casa de su infancia.

Ahora está con su hermana en la habitación donde dormía de niño.

Mientras ella hace la cama, él le pregunta por la habitación vacía que, según él, está al lado de la suya.

La hermana no le responde, porque es buena persona y no quiere herirlo: él es considerado por la sociedad como alguien con problemas mentales.

Ella, como todos nosotros, sabe que esa habitación solo existe en las visiones delirantes de Roberto.

Lo ama y no quiere contradecirlo negando su existencia.

Cuando ella se va, el héroe entra en la Habitación Vacía junto a la suya y encuentra a un amigo sentado en el alféizar —un iniciado— que llegó allí volando.

(Mientras veía esta escena por primera vez, empecé a llorar.

“Dios mío”, pensaba sollozando, “si yo anduviera por ahí contando lo que veo, que hay algo más allá de nuestro mundo, me tomarían por loco”).

Aquí está el problema para la mente:

¿Es posible que existan cosas que están aquí, pero que no todos pueden percibir?

¿Esa habitación, o cualquier otra cosa en el espacio, son realidades que contienen energía, o visiones oníricas nacidas de una cena abundante?

La voz de la luna habla de realidades verdaderas, o de las surreales tratadas con cierto estilo cinematográfico —como las obras de David Lynch, por ejemplo, con su bellísima *Carretera Perdida*.

Federico Fellini fue más allá del neorrealismo, del surrealismo y de todos los “ismos”.

Logró hacer sentir a cada espectador algo extremadamente íntimo, como si hubieras vivido en un paraíso y te hubieras ido de él por alguna razón inexplicable, pero aún percibieras su presencia en la inmensidad celeste, y lloraras por el deseo de volver.

Las películas de Fellini empujan el alma a buscar un puente desde nuestra realidad cotidiana hacia Otra Realidad, donde se encuentra tu hogar auténtico — aquel al que deberías regresar — pero no puedes, porque estás atrapado aquí, en Este Mundo, ya que tu viaje ha sido interrumpido.

En ese momento, alguien podría decir:
—Todo está bien. Todavía tenemos un Pontífice.
—Menos mal que ya está muerto.

No.

No quiero cantar la alabanza al cineasta romañolo como si fuera un santo. Era uno como todos: deseoso, celoso...

Solo estoy apreciando el Genio de Fellini.
Nació así.

Su primera película, *Lo sceicco bianco*, la rodó cuando aún era un director novato e inexperto.

¿Y entonces, qué tenemos?

La mejor comedia de la historia del cine después de la era del cine mudo.

Esta opinión no es solo mía, sino también del cineasta Woody Allen —y creo que él entiende algo de comedias cinematográficas.

El espíritu de la Gracia descendió sobre la cabeza de Federico Fellini y se materializó en sus inmortales películas.

Y nosotros, los consumistas, no solo podemos disfrutar de su visión, sino que también tenemos la oportunidad de esforzarnos por entender algo y transformar nuestras mezquinas e inútiles existencias.

Quo Vadis

*El guerrero tiene una sola cosa en mente: su libertad.
Morir y ser devorado por el Águila no es un desafío.
Pero eludir furtivamente al Águila y ser libre... esa es la mayor de las audacias.*

Desde niño, uno de mis héroes más queridos fue Cassius Clay, o como lo rebautizaron más tarde: Muhammad Ali.
Mi padre, cuando era joven, practicaba boxeo olímpico y me enseñaba los trucos del oficio desde que tengo memoria.

En la Unión Soviética, el boxeo era enormemente popular —como lo es el motociclismo en Italia.
Nosotros, los niños, discutíamos entre nosotros sobre los campeones, sobre la potencia de los golpes de los atletas más famosos.
Un chico insistía en que Ali tenía un golpe directo tan fuerte como una tonelada.

Tenía doce años cuando vi a Clay en tiempo casi real en un noticiero. La transmisión se grabó en su gimnasio.
El campeón se lucía frente al saco de boxeo. Su imagen me llegó al corazón.
Mi amor por ese atleta se volvió ilimitado.
Su agilidad, su cuerpo musculoso, sus bíceps enormes, sus pectorales... me conquistaron para siempre.

Un par de décadas más tarde, vi un programa de entrevistas con Phil Donahue, donde estaban reunidos los cuatro pesos pesados más famosos: Ali, George Foreman, Joe Frazier y Larry Holmes.
Los últimos tres eran grandes charlatanes — sueltos, alegres, atractivos.
En cambio, Clay...

Me dieron ganas de llorar al ver a mi héroe: obeso, inmóvil, con el rostro petrificado por los psicofármacos. Tenía Parkinson.
Ali fue el más fuerte, el más amado, el más afortunado de todos sus oponentes.
Tenía un carisma increíble.
El mundo explotó su fuerza y luego lo consumió.
Se desperdició a sí mismo para servir a la multitud, convirtiéndose en una caricatura de su imagen.
Mientras miraba la televisión, una tristeza aterradora se apoderó de mi pecho, asfixiándome...

Gradisca, Ekberg y la ilusión del camino

Uno de los personajes centrales de *Amarcord* era Gradisca.

Esa mujer hermosa, vestida de rojo, era deseada por muchos hombres de Rímini y habitaba los sueños eróticos de los adolescentes —incluido el joven Federico.

Cuando Fellini se hizo rico y famoso, regresó a Rímini en su Jaguar, al barrio donde se suponía que vivía Gradisca, para buscarla.

Pero sin éxito.

Encontró a una anciana y le pidió información.

Después de varias preguntas, ella respondió:

—Yo soy Gradisca...

Estoy viendo la película donde el personaje de Anita Ekberg quema, de forma autodestructiva, su *dolce vita*.

Mientras las imágenes fluyen, percibo una visión paralela: la entrevista con Anita en el siglo XXI, un par de años antes de morir.

¿Qué sentimientos embargaban a la señora Ekberg al volver a ver *La dolce vita*?

Nuestras vidas, nuestros caminos, son todos iguales, porque no llevan a ninguna parte.

La frase que repetimos cada día —“seguir adelante”, “tirar adelante”— es un engaño. Somos como caballos de circo que dan vueltas gemelas en la arena, con la mente cerrada por anteojeras mentales.

Cometemos los mismos errores, defendemos las mismas ideas aberrantes.

Y no queremos saber que nuestra Muerte está constantemente presente en el hombro izquierdo.

Ella solo espera su momento.

Y nosotros, marionetas insignificantes, interpretamos nuestros papeles como los personajes de *Amarcord*, prefiriendo no pensar en la Muerte, porque nos da miedo.

A mí me importa poco de qué trate una película.

Me importan los sentimientos y las emociones que me provoca.

Cuando veo *I vitelloni*, una nostalgia ardiente se apodera de mí —un lamento por algo que no logro identificar.

Siento una profunda complicidad con los protagonistas, una tremenda empatía.

O cuando escucho la trompeta de Gelsomina en *La strada*, todo mi ser se conmueve.

Una angustia cósmica me abate, incinerando todo lo malo e insano en mí.

Después me siento recuperado, como si hubiera renacido.

Billy Elliot contra el destino

Mi destino estaba escrito: debía convertirme en la copia exacta de mi padre, aunque eso significara repetir su vida.

Podemos amar u odiar a nuestros padres, pero no tenemos la posibilidad de ser realmente diferentes.

La gente sabia dice: amamos u odiamos a quienes se nos parecen demasiado.

Estaba programado para crecer, estudiar y, de adulto, administrar donde él trabajaba. Estaba diseñado para dirigir a mi familia con prepotencia.

A los cuarenta, debía sufrir de sobrepeso.

A los cincuenta, de próstata inflamada.

Al envejecer, soñaría con ser el jefe de un clan familiar, pero en realidad solo me quedaría la desesperación por unos herederos rebeldes.

Tendría que pelear continuamente con mi esposa por motivos fútiles.

Estaba preestablecido que pasaría mi vejez en la soledad misántropa y la hostilidad, sin saber cómo vivir sin arrogancia ni violencia, ya que para entonces ya estaría exprimido, enfermo, destruido.

La película *Billy Elliot* de Stephen Daldry cuenta la vida de un niño inglés.

Él está destinado a convertirse en minero, porque todos en esos pueblos deprimidos alrededor de las minas de carbón son mineros, esposas de mineros o hijos de mineros. Su padre y su hermano mayor son mineros.

La situación es desesperada: el carbón cuesta demasiado y las minas se han vuelto un apéndice inflamado.

Los mineros están en huelga contra el gobierno de Thatcher.

Además de la escuela, Billy debe ir al gimnasio y practicar boxeo, porque el entorno es duro.

Pero Billy es anómalo.

Nuestro héroe tiene una pasión ardiente: está sediento de bailar y quiere transformarse en un Cisne Fabuloso.

No existe fuerza en este mundo capaz de detener al pequeño guerrero llamado Billy Elliot.

El poder de su Espíritu derriba todos los obstáculos y transforma el cuento de hadas en realidad.

El cuco, el Sistema y el Gran Jefe

...Cuando salí del cine, empecé a sentirme mal. Estaba completamente destrozado por lo que había visto.

Acababa de terminar *Alguien voló sobre el nido del cuco*, la obra maestra de Milos Forman.

En esa época estudiaba en la universidad y vivía con una mujer, en su casa.

Había dejado la casa de mis padres para escapar de la “tiranía paterna”.

Pero había caído de la sartén al fuego.

En mi casa, la objeción número uno era: no traer chicas que durmieran conmigo, porque —según mi padre— “eso es inmoral”.

En cambio, con mi novia actual el sexo era agradable.

Pero como sabemos, toda medalla tiene dos caras — y la segunda era el lado oscuro.

Mi compañera resultó ser muy necesitada.

Constantemente me decía que teníamos que comprar esto y aquello, que hacía falta

dinero, dinero...

Infinitos discursos sobre la necesidad de poseer objetos, servicios, cosas.

Esos deseos la deprimían — y mientras tanto, yo también conocí esa enfermedad.

La amaba, y cuando ella estaba mal, yo también lo estaba.

Los tiempos fueron hermosos, al menos al principio, cuando dejé mi casa y me mudé con ella.

Pero cuando la euforia se desvaneció, la rutina diaria con una chica deprimida y golosa empezó a sofocarme.

Además de estudiar y hacer deporte, trabajaba en un instituto de investigación científica,

y cada cuarta noche hacía turno en una clínica psiquiátrica.

Era joven e ingenuo, arrastraba todo el tinglado con gusto.

Pero en lo más profundo de mi conciencia, había algo que no daba su consentimiento a la vida que llevaba.

Y la película de Forman pareció catalizar y sacar a la luz toda mi desesperación oculta.

En ese momento no entendía que *Alguien voló...* me provocaba una indisposición existencial,

porque me identifiqué con el despreocupado McMurphy y con los pacientes voluntarios de la enfermera Ratched.

Fui estafado y sometido por el Sistema.

Tenía amigos inconformistas, bohemios con el pelo largo y ropa descuidada.

Pero a medida que crecían, poco a poco, regresaban al rebaño de la conformidad: se convertían en copias exactas de sus padres — o terminaban en adicciones destructivas,

y en consecuencia, en clínicas psiquiátricas.

Nadie logró escapar del implacable Fletcher.

A mí me tomó toda una vida comprender que el verdadero héroe de la película era el Gran Jefe.

Él, como un maestro del acecho, como un auténtico guerrero, logró engañar al Sistema y liberarse.

La ilusión de la libertad

En la adolescencia, por primera vez leí el libro de Rafael Sabatini *Odisea del Capitán Blood*.

Se convirtió de inmediato en un objeto querido por toda nuestra familia.

Mi padre y yo lo releíamos varias veces, junto con las *Crónicas del Capitán Blood*.

La novela trata de aventuras piratas en la época dorada del Caribe.

Peter Blood, antes de convertirse en pirata, era médico.
Carismático, extremadamente honesto (solo robaba y mataba a los malos), y afortunado.

Su barco, el *Arabella*, navegaba por todo el mar, mientras su banda saqueaba barcos españoles.

El capitán amaba a una joven —Arabella— pero ella era la nieta de su enemigo número uno.

Por eso, él pensaba que ella no lo quería.

Y ella creía que él tenía otras mujeres.

De vez en cuando se cruzaban, pero no lograban entenderse.

Para mi padre y para mí, ese libro era como una droga.

Cuando llovía por la noche y la televisión aburría,
abríamos el libro y nos sumergíamos en el mundo de las aventuras, la libertad,
los grandes espacios soleados — donde el Capitán Afortunado luchaba y siempre ganaba,
obteniendo botines espectaculares.

Una vez, terminé de leerlo y me quedé pensativo.

Aunque terminó bien —con Peter y Arabella finalmente unidos— me puse a reflexionar:

¿Y entonces? ¿Se acabaron las aventuras y la libertad?

Se casarán, nacerán los hijos.

El ex capitán, con bata y pantuflas, se verá obligado a asumir nuevas responsabilidades

(creo que ha acumulado suficiente oro y diamantes robados).

Ahora estará obligado a quedarse en casa, cuidar de la familia,
mirando de vez en cuando, con tristeza y nostalgia, por la ventana hacia el mar...

En la película *Los inútiles* de Federico Fellini, en una de las últimas escenas,
una joven llamada Sandra, con el bebé recién nacido en brazos, llora.

Sus ojos expresan un malestar existencial agudísimo — el saber que nunca estará mejor.

Es perfectamente consciente de que su vida está arruinada, y que todo solo podrá empeorar.

Sandra está casada.

Su marido es guapo, alto... pero irresponsable y un sinvergüenza, uno que va detrás de cada falda.

Ella es dulce y buena, pero gracias a un matrimonio torpe, está destinada a volverse amarga y mala.

Antes de casarse era inocente, tenía planes para el futuro y sabía disfrutar de la vida.
Pero la sociedad, desde la infancia, le ha grabado en la cabeza:

—Tienes que madurar.

—Encontrar un marido guapo y alto.

—Debes tener hijos varones.
—Naciste para ser el Ángel del Hogar.
—Así que estarás bien.

Erin

De la misma manera, también Erin Brockovich fue engañada.
Pero ella logró liberarse de su restricción existencial.

Ese hecho impresionó tanto a Steven Soderbergh que decidió filmar *Erin Brockovich*, con Julia Roberts como protagonista y la verdadera Erin como consultora.

Erin era una mujer común, como millones de otras.
Vivía de forma inconsciente, heredando de la sociedad todas las creencias y valores ya empaquetados, sin cuestionarlos nunca.

Pero en cierto momento, su vida dio un giro —literalmente—.
Y ella empezó a pensar:

—¿Qué tengo? Tres hijos y dos matrimonios fracasados.
Alimentos miserables y deudas considerables.
La juventud ya se fue.
Nunca tuve un oficio —siempre me dediqué a los hijos.
Estoy desempleada y no consigo trabajo.

Tal vez el golpe que recibió en un accidente de tráfico le cambió la cabeza.
Descartó lo innecesario —lo que realmente no sirve en la vida.
Incluso a un hombre bueno y dulce.

Decidió entregarse por completo a lo que consideraba correcto.

Tenía un trabajo para pagar las facturas, podía haber trabajado tranquila ocho horas al día sin poner en riesgo a su familia, pero no.
Se dedicó a un trabajo por una idea, aparentemente absurda:
obligar a una empresa rica y poderosa a pagar daños a las personas que había envenenado.

Como sabemos, la fortuna sonríe a los audaces.
Erin ganó.

La película *Erin Brockovich* muestra la imagen de una mujer guerrera.

Es humillante —para tantas mujeres— tener como objetivo de vida encontrar un hombre, un marido, alguien que las sostenga, o un Príncipe Azul (o a otra mujer, si eres lesbiana).

Conocí a una señora de 72 años.
A pesar de la cara retocada —tenía dinero, la vieja— ya caminaba con dificultad, como si estuviera cerca de la tumba.
Pero buscaba constantemente un hombre.

Cuando entendí sus intenciones hacia mí, pensé:
—Carajo, esta también quiere acostarse conmigo.

Qué mal estamos, los seres humanos.

Solo pensamos en la carne, incluso cuando ya no tenemos energía ni para caminar bien.

No tenemos el coraje de intentar descubrir nuestra naturaleza mágica.

Hasta la tumba repetimos rotaciones idénticas, absolutamente inútiles.

Es más: ridículas.

Cuando el Tiempo es Anulado

Cuando un guerrero habla de tiempo, no se refiere a un fenómeno medible con el reloj.

El tiempo es la esencia de la atención; las emanaciones del Águila provienen del tiempo;

y cuando un guerrero penetra en otros aspectos de sí mismo, se familiariza con el tiempo...

Mientras recapitulaba mi vida, me di cuenta de que ciertas canciones antiguas, escuchadas por casualidad, hacían resurgir en mi memoria eventos remotos del pasado.

Poco a poco maduró en mí la decisión de usar la música de mi juventud como herramienta para contemplar mi vida.

Era un espléndido día primaveral, claro y soleado.

Detuve mi camioneta en el cruce de la ciudad, frente a un semáforo en rojo.

Desde la ventanilla bajada de un coche que cruzaba el cruce, escuché *Bohemian Rhapsody* de Queen.

Ese mismo día, al caer la tarde, mientras caminaba por la calle, la volví a escuchar desde la puerta abierta de un bar: *Bohemian Rhapsody*.

Interpreté esos dos eventos como señales del Espíritu:

Era hora de usar la música de Queen —que había amado tanto en mi juventud— para practicar la recapitulación de mi arco vital.

Sin pensarlo mucho, fui a Musical Box y compré *A Night at the Opera* en formato “sardina”.

Al llegar a casa, metí el casete en el estéreo, me senté cómodamente en el sofá con las piernas cruzadas.

El diálogo interno desapareció de inmediato, y todo mi ser se llenó con la genial melodía de Queen.

Cuando Freddie Mercury comenzó a cantar “*Mama, just killed a man...*”, vi en la oscuridad de la memoria la imagen de mi casa del pasado lejano.

Poco a poco las imágenes comenzaron a enfocarse, se volvían vívidas.

Era como si hubiera atravesado el tiempo y entrado directamente en ese momento, en nuestra pequeña cocina.

Afuera todavía estaba oscuro.

La bombilla de bajo voltaje apenas iluminaba la habitación.

Hacía calor.

Mi madre me preparaba el desayuno y, frente al horno abierto de la cocina de gas,

calentaba mi ropa, porque pronto tenía que salir.

Todos dormían todavía, excepto ella.

Ella se ocupaba de mí...

Mi presencia en el pasado, en aquella cocina tranquila y cálida con mi madre, era tan real.

No como si hubiera estado allí —no— estaba allí realmente, en carne y hueso.

Estuve presente en mi casa de hace treinta años, con mi madre que me amaba y me consolaba.

Bruscamente volví al presente y empecé a llorar con fuerza, con espasmos, sin poder detenerme.

Luego volví a la casa de mi madre, buscando tranquilidad y seguridad.

Pero fue solo un instante, y nuevamente regresé al tiempo presente.

El tiempo fue anulado.

A partir de ese día, ya no pude percibir el tiempo como lo había hecho durante toda mi vida anterior.

Algo en mí había cambiado para siempre.

La primera sesión me animó mucho.

Comencé a comprar los discos de las bandas que había amado de niño.

La escuela ha terminado por el verano

La escuela ha terminado para siempre

La escuela ha volado en pedazos

—Alice Cooper

Mi madre, desde que tengo memoria, ponía los discos de vinilo en el tocadiscos.

Pero el verdadero evento fue cuando, en nuestra casa, apareció la grabadora de carretes —o, como la llamábamos nosotros, el magnetofón.

Desde entonces pude escuchar algo más allá del aburrido repertorio de la tele-radio.

¿Por qué “aburrido”?

Porque siempre he amado la música rock.

Como cantan los Steppenwolf: *Born to be wild*.

La música rock tiene en sí misma un programa, un espíritu, que podría definirse así: las posibilidades de exageración en el buen sentido.

Cada nueva generación de músicos ha encontrado algo más extremo y ha declarado: “El rock ha muerto”.

Hasta que llegó esa nueva generación, que resucitó a ese presunto muerto y lo hizo gritar aún más fuerte.

Desde niño tuve un espíritu rebelde y disidente hacia el mundo de los adultos, porque era perfectamente consciente de que era hipócrita y contradictorio.

Y si algo comparte tu rebeldía contigo, significa que ese algo se convierte

automáticamente en tu aliado.

Por esta razón, la música rock siempre ha sido mi música favorita.

En aquella época reinaba la beatlemania.

Incluso mi abuela, una persona muy alejada del mundo del rock, al ver pasar por la calle a un melenudo, decía:

—¡Mira a los Beatles caminando! ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!

Tenemos que detener a ese chico...

Se está volviendo rebelde.

Los Led Zeppelin

Sin embargo, los tiempos cambiaron.

Crescendo, de vez en cuando lograba escuchar música aún más dura, más salvaje, más rebelde que la de los Stones o los Beatles.

Un día, a los catorce años, me encontraba en casa de un amigo.

Pasábamos el tiempo escuchando música.

Su madre, gracias a algunos contactos, lograba conseguirle grabaciones de música pop occidental.

Ese día estábamos escuchando una compilación de canciones, desde *American Woman* hasta *Whiskey Drinkin' Woman*.

En un momento dado, me puse alerta: del grabador salía una pieza muy particular. Quizás era blues, pero rocoso y pesado.

El ritmo se alargaba, superaba el límite del gusto habitual.

La guitarra era distorsionada y sardónica, acompañada de una voz enferma, caprichosa, salvaje y fascinante.

Qué melodía inquietante perturbó mi alma de niño, hasta las profundidades.

No era la música triste habitual de los esclavos negros estadounidenses.

Era un nuevo blues: llevaba el espíritu de la libertad y el extremismo adolescente.

Por ejemplo, yo tenía que levantarme temprano todas las mañanas.

Ir a la escuela.

Por la tarde hacer los deberes.

Por la noche, ir a entrenar.

Así pasaban los días, los meses, los años.

Y solo escuchaba decirme los adultos:

“No se puede hacer esto. No se puede hacer aquello. Tienes un comportamiento terrible.”

Esos músicos, los de esa canción, lanzaban un desafío abierto al gusto del buen ciudadano.

Su obra mandaba al diablo a todos los enemigos del Pueblo Adolescente.

—¿Quiénes son esos? —le pregunté a mi amigo, señalando la grabadora.

—Son los Led Zeppelin —respondió él.

Creo que es inútil decir que desde ese día mi corazón pertenecía a los zepelines.

En aquella época, en la Unión Soviética, existía una revista mensual para adolescentes llamada *Rovesnik*, que significa *El Coetáneo*.

Había una página dedicada a la música, y de vez en cuando podíamos leer algo sobre nuestros ídolos del rock occidental.

En un número encontramos una sorpresa: un artículo dedicado a Led Zeppelin.

Para mí fue impactante: era evidente que el autor del artículo amaba a LZ, mientras que los medios soviéticos solían criticar casi todo lo que venía de más allá del Telón de Acero.

El periodista contaba la historia del grupo británico, sus giras, y analizaba los primeros seis álbumes del cuarteto.

Según él, los Zeppelin habían hecho dos buenos discos: el segundo, *Led Zeppelin II*, y el quinto, *Houses of the Holy*.

Los otros cuatro no eran tan importantes.

En particular, el último —*Physical Graffiti*— fue condenado como un disco duro y decadente.

Memoricé todo lo que estaba escrito sobre mis dioses musicales, y en mí maduró un gran deseo:

Quería poseer el segundo, el quinto y el último álbum “decadente pero duro” de Led Zeppelin.

En aquella época, en la URSS, no se podía comprar un álbum así en las tiendas: simplemente no se vendían.

Existía el mercado negro, sí, pero era demasiado caro.

Sin embargo, había aficionados que tenían los medios para grabar y copiar música.

Por un precio razonable obtuve lo que deseaba.

Durante meses enteros escuché esos tres álbumes en mi grabadora.

Pero dentro de mí había algo que no me permitía estar totalmente satisfecho.

Sombras de duda anidaban en el alma.

Cierto, me gustaban mucho, pero —lo repito— sentía que algo no encajaba.

A veces, al escuchar en la radio o en la discoteca alguna canción de los Zeppelin, me daba cuenta de que esa pieza me gustaba mucho... pero no la tenía en mi colección.

Unos años después, un amigo me prestó un carrete con *Led Zeppelin IV* grabado. ¡Perbacco!

Esas canciones eran absolutamente de otra calidad: vivaces, rebeldes, geniales.

Las canciones de ese álbum pertenecen a la Serie A, sin duda.

Y no por casualidad, en los años 70, *Led Zeppelin IV* alcanzó el segundo lugar en ventas globales, solo superado por el verdaderamente eterno *The Dark Side of the Moon* de Pink Floyd.

En cambio, los tres álbumes que tenía en casa... eran de Serie B.

Sí, duros, resistentes, muy agradables... pero no eran el mismo fuego.

Los años pasaron.

La globalización soplabá en el aire postsoviético.

En los años 90, sin problemas, podía comprar todo lo que quería.

Ahora poseo los CD y DVD de los Zeppelin.

Vuelvo a escuchar mis canciones favoritas de la juventud.

Pero estas magníficas canciones no están sacadas de esos álbumes que hace veinte años eran considerados lo mejor.

Estas gemas musicales, creaciones de los magos que fueron, provienen de discos que entonces fueron etiquetados como insignificantes —tal como había escrito el periodista-crítico en las páginas de *Rovesnik*.

Y mientras escucho a Robert Plant cantar su incomparable:

“*Cariño... cariño... cariño, te voy a dejar...*”

...las lágrimas me nublan los ojos.

Nosotros, los seres humanos, vivimos inconscientemente.

Estamos acostumbrados a confiar en la opinión de alguna pseudoautoridad, basando nuestras convicciones en los juicios de los demás.

Aceptamos sin reflexionar nuestra ignorancia y el conformismo.

Imitamos a los demás solo porque la mayoría lo aprecia —o finge apreciarlo— y no tenemos el coraje de pensar realmente de forma independiente.

Slayer y el veneno de las etiquetas

Sobre el grupo musical Slayer, como sobre los Zeppelin, tengo una historia que contar.

Quizás leer revistas y libros sobre mi música favorita y creer todo lo que encontraba en ellos... fue mi maldición.

Aunque sospechaba que incluso una buena revista dedicada al heavy metal podía tener antipatías preconcebidas hacia ciertos artistas o grupos, no logré que esa duda entrara en mi cabeza.

Una tarde, después del entrenamiento de judo, en el vestuario charlaba con los chicos de mi club deportivo.

El tema fue: la música moderna.

Ellos entonces escuchaban Rammstein y Korn.

Hablando con esos cadetes, me di cuenta de que solo escuchaban lo que estaba “de moda”, sabiendo poco de todo el movimiento que proponía cosas mucho más interesantes.

Intenté contarles sobre colectivos de la misma estirpe musical, los menos conocidos pero más auténticos.

El entrenador, escuchando nuestras conversaciones, me preguntó:

—¿Cuál es el grupo musical que te gusta más de todos?

Sin pensarlo mucho, respondí:

—Los Slayer.

Luego empecé a reflexionar para mis adentros:

—Quizás no... ¿tal vez Pantera... o Machine Head?

No. Los Slayer son los mejores.

Sí. ¡Los mejores!

Slayer son rebeldes, duros e independientes.

Están en el underground de la música extrema.

Ni siquiera sueñan con convertirse en estrellas del mainstream.

Y estoy seguro de que, con el talento que tienen, podrían grabar un par de baladas pegajosas, unas cancioncillas para la radio, un videoclip pulido para MTV... y hacerse ricos.

Pero no.

Ellos no quieren hacer concesiones con su conciencia.

Prefieren servir al arte puro. Sin traiciones.

Dormir tranquilos.

No perder la cara.

Y nunca venderse a Mammona.

Los grandes creadores reciben reconocimiento solo después de que pasa el tiempo.

Pero quizás ya ahora podamos decir que Slayer, junto con Little Richard, Deep Purple y Nirvana, se encuentran entre los músicos de rock-metal más importantes de todos los tiempos.

Leyendo las revistas dedicadas al metal pesado, siempre estudiaba con atención los calendarios de conciertos en Italia y países vecinos.

Aunque en mi ciudad actual los shows de mi música favorita son rarísimos, todo lo bueno siempre termina en Milán.

Y sinceramente, no soy fan de viajar lejos para ver un concierto.

Quizás porque a veces, después de pagar la entrada cara, me he sentido decepcionado.

Como aquella vez en el concierto de Uriah Heep, ídolos de mi juventud, dulce nostalgia... bueno, esperaba algo diferente.

Con el paso de los años, dentro de mí empezó a crecer el deseo de ver a Slayer en vivo.

Aunque en mi cabeza dominaban las dudas, el miedo a decepcionarme una vez más.

Cada amante de la música tiene sus álbumes favoritos de un artista, y al estudiar las listas de canciones de Slayer, noté que muchas provenían de discos que no eran mis favoritos.

Ahora lo sé:

El problema a menudo reside en el sonido, en las frecuencias impuestas por los ingenieros-productores.

Tomemos el álbum histórico *Reign in Blood*, grabado en 1986.

Cuando llegó al ambiente underground, fue como una bomba.

Lo llamaban: más técnico, más rápido, más brutal.

Pero luego, en los años 90, bandas como Pantera y Sepultura propusieron un sonido más masivo, carnoso, agradablemente pesado.

Slayer, por su parte, cambiaron su sonido, bajaron la afinación de las guitarras y, como siempre, superaron a todos en la vanguardia musical.

Entonces, volvamos a mis dudas.

Tenía miedo de decepcionarme con Slayer en el escenario, de verlos como realmente eran, sin trucos de audio y video.

Echar más leña al fuego de mis paranoias también lo hacía una revista mensual que leía a menudo.

En los informes de conciertos, no criticaban abiertamente a Slayer, pero lanzaban preguntas retóricas:

—¿Qué salió mal con el sonido de Slayer en el concierto de Milán?

—Sí, algo no funcionó. Se sentía demasiado fuerte la batería de Dave Lombardo y la guitarra de Kerry King...

—¿Cuánto tiempo más piensan seguir así? ¿Viajar en gira, grabar álbumes? Ya no son niños.

Leía esas páginas y me preguntaba:

—¿De verdad están tan destrozados?

En sus artículos, cuando entrevistaban a los miembros del grupo, los periodistas nunca preguntaban cómo trabajaban, de dónde sacaban sus inspiraciones.

Siempre hacían una sola pregunta, cambiando las palabras:

—¿Cómo va la salud, chicos?

—¿Resistirán un año más en el escenario o no?

—Después de una carrera tan larga, ¿no sería hora de disfrutar de la merecida jubilación?

Slayer respondió alto y claro a todos los desafortunados:

Para alegría de los fans, lanzaron una de sus mejores obras, *World Painted Blood*, y partieron por el mundo para promocionar el álbum y tocar en vivo.

Pero el líder, bajista y cantante Tom Araya fue hospitalizado de repente por una lesión y operado.

La gira sufrió contratiempos, las fechas fueron pospuestas.

En el verano de 2011, Slayer aterrizó en Europa.

Cancelé cualquier duda y decidí:

O ahora o nunca.

Mi banda favorita daría un concierto en Milán como parte del Big Four, pero no se

entendía bien la fecha: quizás el 6, quizás el 7 de julio.

En Tolmino, Eslovenia, en cambio, el 14 se presentarían... y estaba cerca de mi casa. Allí, en medio de la espléndida naturaleza —colinas, lago, río— organizaban el Metalcamp, y mis favoritos serían los cabezas de cartel.

Cargué en el maletero un saco de dormir y la maleta:

Nos vamos de vacaciones, metaleros.

Al acercarme a Tolmino, me detuve para dejar pasar a la gente que cruzaba la calle. Eran muchos —una multitud gigantesca, una serpiente humana que salía a mi derecha de los bosques y los campos.

A la izquierda, el río humano desembocaba en el centro comercial, sacando toneladas de cerveza.

Del bar al borde de la carretera salía a borbotones —como del infierno— una canción de black metal.

La mayoría de los transeúntes eran chicos y chicas del norte de Europa.

Vestían camisetas negras o iban sin camisa; las chicas, con minifaldas y medias de red.

Tintineaban las cadenas, brillaban los tachones.

“Llegué al lugar correcto”, pensé, sacando mi camiseta negra con el logo de Slayer. Me la puse ahí mismo, sin dudar.

El Metalcamp tenía dos escenarios: A y B.

Ese día, en el escenario A, mis héroes cerrarían la jornada.

Hacia las tres de la tarde comenzaron a tocar los primeros grupos del underground del heavy metal.

Llegaron los primeros espectadores.

También me acerqué.

En mi cuerpo latía la onda del sonido denso y pesado.

Impresionante también el canto rugiente del vocalista, que me provocaba ganas de gruñir y lanzarme al mosh pit.

Finalmente llegó la noche.

En el escenario A tocaba un grupo finlandés; después de ellos, vendrían Slayer.

Los finlandeses eran brutales: una sección rítmica martilleante y potente, guitarristas con técnica y cohesión altísimas.

El vocalista era excelente, usaba con naturalidad las técnicas modernas del canto: gruñidos y gritos vomitados por una garganta inmensa.

Estaba fascinado.

Por un momento, un pensamiento fugaz cruzó mi mente:

—¿Cómo harán los Slayer para superar a estos monstruos del metal? Podrían incluso perder la cara...

Terminada la actuación, los finlandeses dejaron espacio a los técnicos.

Se desconectaban enchufes, se cambiaban instrumentos.

Al fondo, ya se iluminaba el logo de Slayer.

Finalmente, los últimos obreros liberaron el escenario.

El público se había duplicado.

Cantaba a pleno pulmón:

—¡¡¡Slayer!!! ¡¡¡Slayer!!! ¡¡¡Slayer!!!

Luego las voces se fueron apagando, la ola del llamado comenzó a desvanecerse.

De repente, las luces se apagaron.

Todo y todos sumergidos en la oscuridad absoluta.

Aún no lograba comprender lo que estaba sucediendo...

Cuando, en un instante, el escenario explotó: luz, sonido y presencia.

Slayer —el cuarteto californiano— estaba allí.

El surrealismo de lo que estaba pasando me apretó las entrañas.

Nunca habría imaginado que fuera posible presenciar algo así en la cotidianidad de nuestra realidad.

Si el espectáculo de Slayer fuera una tormenta que rompe y tritura todo a su paso... bueno, ni siquiera así podría describirlo.

A partir de ese momento comprendí a las chicas histéricas en los conciertos de Elvis o de los Beatles:

Ahora entendía su éxtasis.

El show duró una hora y media, pero pasó volando como un instante.

Luego, los reyes del metal dieron la espalda y se fueron —sin juegos con el público, sin bises.

Simplemente se dieron la vuelta y, con la cabeza en alto, desaparecieron en la oscuridad.

Si fuera creyente, pensaría que Slayer son dioses que descendieron a la Tierra, y su creatividad es divina.

Quizás algún periodista —que nunca ha tocado en un gran escenario, que nunca ha grabado un álbum decente— se divierta mientras escribe algo crítico sobre Slayer, Metallica o Marilyn Manson.

Quizás, mientras redacta su artículo, se siente él mismo un dios, capaz de moldear la opinión pública.

O quizás es el síndrome de Salieri el que alarga la mano, añadiendo veneno al vino.

¿Quién sabe?

¿Y nosotros, los consumidores?

A menudo somos demasiado perezosos para examinar por cuenta propia, demasiado superficiales y cobardes para tener una opinión libre.

La Madre, el Padre y el Niño

*Carguen nuestros fusiles y traigan a sus amigos.
Es divertido perder y fingir...
Estamos aquí para entretener.
Me siento estúpido y contagioso, estamos aquí para entretener.
Un mulato, un albino, un mosquito.
Mi lujuria, un desecho, un desecho.*

“Smells Like Teen Spirit” es una de las canciones más conocidas e importantes de la cultura occidental contemporánea.

Si el cuarto movimiento de la Novena de Beethoven encabeza la lista de los pasajes más solemnes, y *Yesterday* de Paul McCartney lidera los más dulces, *Smells Like...* de Kurt Cobain, sin duda, domina la lista de las canciones más angustiantes.

Kurt Cobain fue el fundador, compositor y alma del grupo Nirvana.

En 1991, Nirvana lanzó el álbum *Nevermind*, con *Smells Like Teen Spirit* como primera canción.

Su aparición en el mercado mundial sacudió por completo el mundo del rock.

Hoy, muchos años después, se puede decir que Nirvana dividió la historia de la música moderna en dos: antes y después de *Nevermind*, cuando el rock ya no pudo seguir siendo el mismo.

La vida y la muerte de Kurt Cobain son símbolos de todo lo que la humanidad tiene de valioso... y de podrido.

Nació y creció en el noroeste de Estados Unidos, donde el clima es frío, húmedo y los días soleados son escasos.

En esa época, los aserraderos de la industria maderera habían cerrado.

La depresión y el malestar social devastaban a los despedidos, que buscaban desesperadamente reinsertarse en el mundo laboral.

Desde niño, Kurt cantaba y dibujaba, aunque no tuvo la oportunidad de crecer en un entorno protegido.

Más bien, fue arrojado a una estepa seca y arenosa.

Sus padres —que en realidad aún eran niños irresponsables— no sabían cómo enfrentar el matrimonio y se divorciaron.

Después, el padre y la madre de Kurt encontraron nuevas “almas gemelas” y se volvieron a casar, aunque no habían madurado.

Y así, volvieron a separarse... y así sucesivamente.

¿Por qué la gente común no llega a pensar en los niños como nuestro futuro?

Los bebés no son vistos como el destino de la humanidad, ni de nuestro planeta.

No... A veces, nuestros hijos solo nos parecen una molestia que desorganiza nuestra vida privada.

Intenté desesperadamente tener un padre

Y en cambio tuve un papá.

Solo quiero que sepas que yo

Ya no te odio más.

No hay nada más que pueda decir.

El estrés crónico de una vida desordenada provocó, poco a poco, en el adolescente Kurt, una patología gastrointestinal.

Dolores de estómago, malestar general.

Y el futuro líder de Nirvana comenzó a drogarse, esperando que así pudiera escapar del sufrimiento existencial.

A pesar de su enorme talento artístico, Kurt se sentía marginado y profundamente inseguro.

Quizás por eso soñó con convertirse en una estrella de rock rica y famosa.

Y lo logró: se hizo rico y popular, cambió el rumbo de la música contemporánea...

Pero no pudo vencer su inseguridad ni su timidez.

Soy tan feo, pero está bien,

Porque tú también lo eres...

Estoy tan solo, pero está bien,

Porque me he rapado la cabeza.

La mayor parte del tiempo, el artista se deslizaba dolorosamente hacia el infierno.

Y en la cima de su carrera, a los veintisiete años, Cobain cargó el rifle y se quitó la vida.

Un día culparé a mi madre por el hecho de haberse convertido en mi madre.

Un día moriré.

Nunca más oraciones, solo limpien mi lápida y listo.

Un día moriré.

Para nuestra mente lineal es imposible entender por qué alguien guapo, rico y con fama mundial puede sentirse tan mal como para suicidarse.

¿Qué deseaba más que vivir? ¿Qué le faltaba?

A veces, cuando termina el día y la noche se apodera de la faz de la Tierra, vuelvo a ver el videoclip de *Smells Like Teen Spirit*.

Apago los pensamientos, y en el silencio interior dejo que el genio de Nirvana me lleve a la infinitud celestial.

Y siento lo que sintió Kurt Cobain en su terrible angustia.

Él logró percibir algo sagrado, algo que no se puede describir con nuestra sintaxis.

Kurt intuía algo que deseamos con sed ardiente, pero...

Carga nuestros fusiles y trae a tus amigos.

Es divertido perder y fingir.

Ozzy

Anteayer murió Ozzy Osbourne. Tenía 76 años.

En las redes sociales que sigo, muchos hablan de su muerte y lo recuerdan con buenas palabras.

En un video dedicado al mítico artista, mostraron fragmentos de su reality show de hace unos años.

Me llamó la atención una frase, una sentencia dicha por Ozzy con su legendario lenguaje soez:

“Cuando entiendas cómo mierda funcionan las cosas, ya te habrá llegado la hora de morir.”

Para mí, la muerte es uno de los conceptos más esclarecedores de la vida.

Cuando nacemos, la vieja con la guadaña ya está ahí, silenciosa.

Se manifiesta con la desaparición de algunas neuronas, aunque el niño siga creciendo.

La vida y la muerte son dos opuestos que sostienen la armonía del universo, porque en la muerte está el germen de la nueva vida.

Son misterios insondables —solo podemos intuirlos, olerlos de lejos.

Y sin embargo, la mayoría de nosotros, especialmente de jóvenes, vivimos como si fuéramos inmortales.

Se nos va la vida día tras día, sin darnos cuenta de que todos, tarde o temprano, nos enfrentaremos al mismo jodido final.

Ozzy, como figura pública, eligió la imagen del payaso.

Una estrella de rock medio fuera de sí.

Y es precisamente por eso que su frase me abofeteó:

“Cuando entiendas cómo mierda funcionan las cosas, ya te habrá llegado la hora de morir.”

Grezza, profunda, verdadera.

Hace años leí su libro *Yo soy Ozzy*.

Su padre, el Sr. Osbourne, le predijo dos caminos:

“O morirás en la cárcel, o te convertirás en alguien importante.”

Y mirando a Ozzy desde fuera, parecía destinado a confirmar lo peor:

En la escuela no aprendía nada, era disléxico.

Hacía el payaso para divertir a sus amigos.

Al final de la adolescencia se dedicó a robar bodegas.

Una vez también robó un televisor pesado.

Llevaba guantes para no dejar huellas —obviamente con un agujero en lugar del pulgar.

Cuando los policías fueron a registrar su apartamento, encontraron entre las cosas robadas precisamente ese guante.

Solo dijeron:

“Ahí está.”

En la cárcel, el joven Osbourne aprendió que era mejor ir a trabajar que robar.

Pero el trabajo en Birmingham era demasiado pesado o demasiado peligroso para él.

En un taller, Ozzy se sintió atraído por un barril lleno de desengrasante para motores.

Al pasar junto a él, siempre se detenía a respirar el vapor de ese “líquido mágico”.

Un día, los compañeros empezaron a preocuparse:

¿Dónde se metió el novato?

Lo encontraron desmayado sobre el barril.

En la fábrica donde su madre lo había colocado, trabajaba poco.

El ruido de la maquinaria lo aturdió.

Se atribuía el mérito de trabajos que no eran suyos, hasta que lo descubrieron y lo despidieron.

En el matadero duró un poco más... pero también de ahí lo corrieron.

Finalmente Ozzy decidió dedicarse a la música.

Publicó un anuncio:

“Cantante busca banda de rock.”

Poco después, se presentaron en su casa el guitarrista Tony Iommi y el bajista Geezer Butler (o tal vez el baterista Bill Ward —no recuerdo exactamente).

Así nacieron *Black Sabbath*.

La fama y el dinero llegaron a la velocidad de la luz.

Para gestionarlos, se necesitaba sabiduría, pero Ozzy tenía muy poca en esos años.

Se lanzó a los placeres: mujeres, drogas y cada maldita distracción que el exceso puede ofrecer.

Una vez se quedó en Los Ángeles en un hotel sin un centavo.

Los otros miembros del grupo habían regresado a casa, pero él no.

Un hombre de negocios del espectáculo llegó corriendo y le dejó 3,000 dólares: eran para Sharon, la hija del famoso productor Don Arden.

Ozzy no lo pensó dos veces.

Llamó a su camello y se gastó todo en cocaína.

Al día siguiente, cuando Sharon llegó y pidió el dinero, Ozzy respondió:

“¿Cuáles son esos dineros?”

Así conoció bien el carácter de su futura esposa.

Después de *Black Sabbath*, Ozzy emprendió su carrera en solitario, acompañado por su esposa y mánager, Sharon —su ángel de la guarda.

Nuestro Creador nos da conciencia, que debemos enriquecer durante nuestra existencia.

A Él no le importa lo que hagamos, solo le interesa que elevemos esa conciencia.

Esa es su comida.

La mayoría de nosotros tenemos trabajos que no soportamos.
Es raro hacer lo que realmente nos satisface.

Ozzy eligió el camino del corazón:
Hacía lo que mejor sabía hacer: entretener a la gente.
Alegraba nuestros gritos, los coros de las almas condenadas.

Pero detrás de los ojos de bufón había un hombre de gran sabiduría, que miraba al infinito.

Percibía algo trascendental y escurridizo.

Se rió de sí mismo y sentenció:

“Cuando entiendas cómo mierda funcionan las cosas, ya te habrá llegado la hora de morir.”

En lugar del epílogo

Mi madre odiaba las películas polacas. Las llamaba “estúpidas e insensatas”. Quizás eran demasiado extrañas, fuera de su radar. De vez en cuando pasaban alguna obra de teatro polaco en la televisión. Nunca entendí por qué le daba tanto asco ese arte.

Yo, en cambio, iba con gusto al cine: esas comedias polacas tenían encanto y una cierta elegancia descarada.

Me gustaba su teatro. No entendía mucho con la cabeza, pero el corazón lo masticaba muy bien.

Era 1991, ya tarde. La escena habitual en mi casa: la tele encendida, yo rebuscando en los cajones de la ropa, echando miradas distraídas a la pantalla.

Faltaban unas horas para las películas “estelares”, pero poco a poco me fui metiendo en esa película, aunque no la había visto desde el principio.

Había un chico gamberro, tendría unos veinte años, que vagaba por las calles de Varsovia.

Me hipnotizó una escena: él, en un paso elevado, clavado mirando hacia abajo.

Los coches pasaban por debajo. Sobre el parapeto colocó una piedra.

Estaba indeciso: ¿la tira o no?

Si lo hacía, provocaría un accidente. Alguien, casi seguro, se dejaría la piel.

Esa escena, con los encuadres sucios, verdosos, embarrados, congeló el tiempo.

Desde lo más profundo de mi ser, desde algún infierno donde vive la bestia, oía las voces murmurar:

También se puede empujar esa maldita piedra. ¿Por qué no? Veamos qué pasa. Vamos, empújala... empújala.

Por otro lado, una voz más lúcida se preguntaba:

¿Pero qué carajos está haciendo ese?

El antihéroe se sentía como un dios.

Podía decidir a quién matar y a quién dejar vivir: hombre, mujer, niño.

Así, por capricho. Por aburrimiento.

No tenía un carajo que hacer. Quería un espectáculo. Quería la fiesta.

Y al final, lo arrojó. Y provocó la desgracia.

Después de eso, el protagonista decidió matar a un taxista para robarle el vehículo.

Y así lo hizo.

El asesinato fue largo y laborioso, porque el taxista era fuerte y se aferraba a la vida.

El chico no logró matarlo estrangulándolo con una cuerda, y terminó rompiéndole la cabeza con una piedra.

Luego arrojó el cuerpo al río.
Tomó el coche y dio una vuelta con su novia.

El segundo protagonista era un joven abogado, contrario a la pena de muerte, que ofreció asistencia al asesino.

La película termina con una pregunta abierta, después de mostrar las meticulosas preparaciones del verdugo, el último encuentro entre el condenado y el abogado, y las detalladas escenas de la ejecución: ahorcamiento.

La película se llama *Breve film sobre el matar*, del director Krzysztof Kieślowski. Cuando decía antes, en el capítulo dedicado al cine, que Federico Fellini era inalcanzable, me refería a que hasta ahora nadie ha logrado superarlo. Pero Kieślowski y Emir Kusturica (de quien hablaré más adelante) son dignos de estar allá arriba, entre los mejores.

Conocí a asesinos, personalmente.
Cuando estuve dentro, entre nosotros hubo asesinatos.
Uno en particular me impresionó.

En la cárcel no hay secretos.
Ahí la privacidad no existe. Todo se divulga.
Te dan copias del expediente y cualquiera puede leerlo.

Entonces. Mi conocido, un hombre corpulento, de treinta años.
Él, como su víctima, vivía en un pueblo y trabajaba en la ciudad.
El pueblito estaba pegado a la periferia metropolitana.

Una tarde, mientras caminaba hacia casa, se encontró en la calle con un paisano que no soportaba.
Lo masacró a golpes, luego siguió su camino como si nada.
Más tarde, en un bar de los suburbios, fue detenido.

Un par de horas después, al salir del bar, vio de nuevo a su enemigo, que intentaba desesperadamente volver a casa.
Sin decir nada, lo golpeó otra vez y lo dejó ahí, tirado en la acera.

Al regresar al pueblo, visitó a unos amigos, bebió vodka casero y paseó por las callejuelas.
A la tercera vez, se encontró de nuevo con el antipático aldeano vivo.
Lo golpeó salvajemente por última vez y se fue a dormir.

En el pueblo se corrió la voz: uno de ellos estaba en el suelo, ensangrentado e inmóvil.
Los padres llegaron, llamaron a la ambulancia.
Después de unas horas, murió en el hospital.

Ese tipo que había hecho todo esto nunca quiso reconocer su maldad.
“Es culpa de esos malditos médicos del hospital, no saben tratar a los pacientes”, insistía él.

Cuando en la Federación Rusa todavía existía la pena de muerte, era desagradable ver a ciertos asesinos después de la condena definitiva.

El miedo a morir los transformaba: parecían pobres mártires, y casi daban lástima.

Pero luego, cuando el gobierno ruso impuso una moratoria a la pena de muerte, para algunos la ejecución por fusilamiento se convirtió en veinte años de prisión.

Los que ya habían sentido el aliento de la muerte en la cara, se enderezaron, levantaron la cabeza.

Volvieron la arrogancia, el desprecio por la humanidad.

Uno de ellos amenazaba a los jueces:

“Tengo tiempo. Cumpliré veinte años y las voy a destrozar a todas ustedes, perras...”

Estoy en contra de la pena de muerte.

No porque piense que “ojo por ojo” no sea justo.

Sino porque la justicia comete demasiados errores.

Los inocentes terminan en manos del verdugo.

Cuando la Unión Soviética aún existía, sin fronteras vigiladas ni aduanas entre las repúblicas, yo comerciaba con calzado, no solo en Rusia, sino también en otras autonomías.

Mi mejor amigo venía de una ciudad del sur, donde aún vivían sus padres y su hermano menor, Alek.

Llevé allá una carga enorme, distribuyendo zapatos entre comerciantes y vendedores ambulantes.

Alek, como su hermano, era culturista.

Propietario de una cadena de gimnasios.

Entre los equipos de mi ciudad y los suyos había hermandad.

Participábamos en torneos por toda Rusia y en el extranjero, nos reuníamos a menudo, viajábamos juntos.

Conocía a la mayoría de esos chicos —algunos eran verdaderos amigos.

Los culturistas, allá, eran respetados. Tenían autoridad.

Eran los verdaderos y duros “matones”.

Durante la perestroika, se dieron cuenta de que el acoso no llenaba los bolsillos.

Así que montaron el negocio ilegal.

En la ciudad, sin embargo, el chantaje ya existía, aunque todavía era débil:

Estaban los luchadores, con su mafia, y los criminales de larga data, con raíces que se remontaban a la época del zar.

Inútil decir que esos tres grupos, al crecer, empezaron a dispararse entre sí.

Cuando transportaba mercancía, solía necesitar uno o dos ayudantes.

Un verano llevé conmigo a un pariente, un chico de diecisiete años.

Todavía iba al bachillerato, estaba de vacaciones.

Se llamaba Mursilka.

Mursilka hizo amistad de inmediato con Alek y toda la pandilla.

Durante nuestro segundo viaje juntos, encontré armas de fuego dentro de las cajas de

calzado.

Lo miré fijamente y le pedí explicaciones:

—¿Qué chingados es esta historia de los fierros?

—Pero ya sabes, Sergej —me respondió el matón-traficante, tratando de convencerme—.

Tengo un acuerdo con Alek y los muchachos. Compran la mercancía a buen precio. De lo que gane, la mitad es tuya. ¿Va?

Al tercer viaje, Mursilka ya actuaba por su cuenta, junto con un amiguito de la escuela...

Ese verano, con mi novia, me fui de vacaciones al mar Negro, a Adler, casi en la frontera con Georgia.

En la plaza frente al aeropuerto, se nos acercó un hombre armenio.

Tendría unos 35 años, robusto, bien plantado.

Nos propuso ir a su casa, en un pueblo llamado Lisselidze, ya en Georgia, a pocos kilómetros de Adler.

Los precios de comida y hospedaje que ofrecía eran bastante convincentes.

Subimos a su coche y nos fuimos.

Se llamaba Nshan, y desde el primer día se volvió mi amigo.

Su casa, una villa de dos pisos con buen terreno, había sido transformada en un pequeño hotel.

Recibía turistas de toda la URSS. A pocos metros estaba la playa y el mar.

Lisselidze era famoso en el ámbito deportivo en toda la Unión Soviética: ahí entrenaban las selecciones nacionales de atletismo, fútbol y otras disciplinas.

Iba a entrenar a un gimnasio enorme, con equipos avanzados.

Cientos de personas podían entrenar al mismo tiempo, pero casi siempre sudaba solo o con dos o tres atletas más.

El pueblo era internacional.

En las puertas de las casas había placas con los apellidos de los dueños.

Caminando hacia la playa o por cualquier calle, leías: georgianos, armenios, rusos, ucranianos, estonios...

En las calles, los coches estaban estacionados con las ventanillas abajo, algunos incluso con las llaves puestas.

Le pregunté a Nshan:

—¿Por qué no se roban los coches aquí?

Me respondió:

—Para nosotros, los caucásicos, el coche es como un caballo.

Y a los ladrones de caballos los linchaban sin piedad... desde hace siglos.

A poca distancia del pueblo, también en la costa, estaba una ciudad espléndida llamada Gagry.

Durante siglos cultivaron ahí parques que eran verdaderos jardines botánicos.

En su clima subtropical crecían plantas con flores de belleza indescriptible.
En Gagry, en tiempos del imperio, la familia real y la aristocracia rusa construyeron palacios y villas.

Después de la Revolución de Octubre, todo fue nacionalizado y convertido en sanatorios públicos para obreros y empleados soviéticos.

Me enamoré de esa zona al grado de iniciar un negocio y empezar a considerar seriamente comprar una casa ahí.

Pero... una vez fui a Sujumi, que aún está en Georgia, más lejos de la frontera con Rusia...

y sentí que algo no andaba bien por esos rumbos.

Sujumi es la capital de Abjasia, una república autónoma dentro de Georgia.

Durante la perestroika, Abjasia quiso independizarse.

Por otro lado, el presidente georgiano lanzaba eslóganes como:

“¡Georgia para los georgianos!”

Caos. Confusión.

Cuando llegué a Sujumi, ya desde la estación de tren, algunas mujeres de edad incierta (quizás cincuentaños) nos recibieron con hostilidad:

—¿Qué vienen a hacer aquí? ¡Lárguense!

Así recibían a los turistas de raza europea.

Con los hombres del lugar no tenía problemas, pero con las mujeres sí...

En las plazas abarrotadas y en los bazares, había señoras vestidas de negro, con el velo cubriéndoles el cabello.

Incitaban a sus paisanos a echar a los forasteros.

Pasaban los meses, un año, dos...

Seguía trabajando con Nshan, moviéndome por la ruta Rusia–Georgia, pero sentía que la atmósfera se volvía peligrosamente tensa.

Una noche, mientras regresaba en taxi con mi novia de Adler a Lisselidze, fuimos víctimas de una emboscada en la zona fronteriza.

Era claro: ese grupo armado buscaba peces más grandes, y nosotros nos metimos en medio por error.

Tenían fusiles de asalto, una ametralladora, y chalecos antibalas tan largos como delantales.

Se presentaban como milicia georgiana.

Por suerte, salimos vivos y libres.

Nshan, por su parte, me contaba los horrores sufridos por los armenios en Bakú y en Karabaj.

Gente extremista entraba a las casas, abría los vientres de mujeres embarazadas.

Tiraban los fetos por la ventana. Detrás, también a las madres.

Antes de irme a Lisselidze, siempre acordaba las fechas con Nshan.

También esta vez le envié un telegrama. Silencio. Ninguna respuesta.

Seguí insistiendo con otros telegramas, llamé a la oficina de correos local, pedí una llamada directa con él.

Aún silencio.

La telefonista rusa, avergonzada, me explicó que las comunicaciones con Abjasia estaban interrumpidas.

Unos días después, llegaron las noticias al telediario:

Lisselidze y Gagry se habían convertido en epicentros de combates.

Se usaban cañones y apoyo aéreo.

Quienes no huían o no eran asesinados de inmediato, eran torturados hasta la muerte por las tropas enfermas.

Todo había sido masacrado y quemado.

Los sobrevivientes contaban cosas increíbles:

Los chacales se llevaban todo, incluso los pomos de las puertas de las casas saqueadas.

El símbolo de todo lo que ha sucedido, sucede y seguirá sucediendo en este planeta es la película de Emir Kusturica, *Underground*:

una ópera rock gitana, un estilo musical que narra sobre traficantes de armas, héroes nacionales y jefes de Estado.

Mantienen a su pueblo bajo tierra, mientras ellos disfrutan del sol al aire libre.

Lanzan mentiras a la superficie: propaganda.

Para no perderme a mí mismo en el torbellino de los asuntos absurdos —eso que llamamos “vida cotidiana”—

elegí dedicarme a las artes mágicas, como se describe en los libros de Carlos Castañeda.

Sentí con tremenda convicción que era ahora o nunca.

Porque en un mundo donde la Muerte es la cazadora, solo tienes una oportunidad: aferrarte a...

...ese misterioso pájaro mágico que suspende por un momento su vuelo con la intención de dar al hombre esperanza y propósito.

El guerrero vive bajo el ala del pájaro, y lo llama el pájaro de la sabiduría, el pájaro de la Libertad.